



Friedrich Schiller

Cábalas y amor. Drama de costumbres.

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Friedrich Schiller

Cábalas y amor. Drama de costumbres.

PERSONAS.

EL PRESIDENTE WALTER, principal funcionario de la corte de un Príncipe alemán.

FERNANDO, su hijo.

KALB, mariscal de la corte.

LADY MILFORD, la amiga del Príncipe.

WURM, secretario particular del Presidente.

MILLER, músico de la ciudad.

SU MUJER.

LUISA, hija de ambos.

SOFÍA, doncella de lady Milford.

UN AYUDA DE CÁMARA del Príncipe.

Personas que no hablan.

Acto I

Escena primera

Aposento en casa del músico.

MILLER, se levanta de una silla, y deja a un lado el violoncello.

SU MUJER, de trapillo, se sienta a la mesa a tomar café.

MILLER.- (Paseando por la sala a largos pasos). Digo una vez por todas, que esto se pone serio. Empiezan a murmurar de mi hija y del barón, y con esto será infamada mi casa... llegará a oídos del Presidente lo que ocurre y... en fin, que le prohíbo la entrada al muchacho.

SU MUJER.- Pero como tú no le has traído acá, ni fuiste a ponerle delante a la niña!

MILLER.- Verdad que no, pero vamos a ver, ¿quién lo tendrá en cuenta? Yo mando en mi casa y me tocaba vigilar a mi hija y tratar al Mayor con más formalidad. Lo que debía hacer era contárselo todo a Su Excelencia, su señor padre. A buen seguro que el baroncillo hubiera librado con una buena fraterna, mientras ahora recaerá todo sobre las espaldas del músico.

SU MUJER.- (Sorbiéndose el café.) Ca; todo eso es puro pasatiempo y charla. ¿Qué puede ocurrir? ¿Qué cargos pueden hacerte, vamos a ver? Ejerces simplemente tu profesión, y tomas tus discípulos donde ocurre.

MILLER.- Pero dime... oye... ¿qué puede resultar de esas relaciones? Él no ha de casarse con la niña... ni siquiera se trata de eso... y lo que es tomarla por... ¡Dios nos libre de ello! Pues esto es lo que pasa ¿estás? Cuando uno ha corrido mundo, y ha hecho mil diabluras, comprendo que le sea grato ir a beber en una corriente pura y tranquila. Fíjate en ello, créeme; por mucho que abras los ojos y espíes el menor latido de su corazón, ha de seducirla en tus barbas, darle el gran chasco y tocar después las de Villadiego. Y ya me tienes a la niña deshonorada por toda la vida, abandonada, o amancebada con él, si tanto le place. (Golpeándose la frente.) ¡Jesucristo!

SU MUJER.- Dios nos libre de ello.

MILLER.- Tratemos de librarnos de ello nosotros mismos. ¿Qué otra intención puede llevar ese caballere? La muchacha es linda... esbelta... breve el pie... Cuanto a sus cualidades morales, eso poco importa. No es seguramente lo que se codicia de vosotras las mujeres, cuando Dios cuidó de regalaros un buen palmito antes que todo... Si llega a descubrir ese capítulo, ya le tienes tan campante como a mi Rodney cuando huele un francés. Con velas desplegadas se lanzara a... Y en esto no lo censuro; el hombre es hombre, ¡qué diablo!... algo se me alcanza de estas cosas.

SU MUJER.- ¡Si leyeras qué cucos billetitos escribe a la niña! ¡Buen Dios! Allí se ve claro como el día, que sólo cura de su alma.

MILLER.- ¡Pues!... este es el modo. Por la peana se adora al santo. Por un beso de una linda boca, se empieza hablando mucho del corazón. ¿Cómo lo hacía yo? En cuanto se logra poner de acuerdo las almas, siguen como obedientes servidores los sentidos, sin que al fin de cuentas, haya hecho de tercero más que un rayo de luna.

SU MUJER.- Pero mira qué hermosos libros nos ha mandado el Mayor. Tu hija reza siempre con ellos.

MILLER.- (Silbando.) Sí; ¡para rezar! Veo que lo entiendes. Los simples bocados le parecen groseros al delicado estómago de Su Excelencia, y cuida antes de sazonzarlos con arte en la infernal cocina de las buenas palabras... ¡Al fuego esos papelotes! Quién sabe que extraordinarias necedades aprende en ellos nuestra hija, que le van enardecendo la sangre como cantáridas, y acabarán por hacerle perder la poca religión que su padre le dio con mucho trabajo. ¡Al fuego, repito! Va metiéndose en la cabeza todo un arsenal de diabluras, y a fuerza de soñar con tunantes, olvidará la casa, se avergonzará de tener por padre al músico Miller, y al fin puede que se niegue a dar la mano a un honrado y gallardo yerno que haya seguido con celo mis enseñanzas... No, no, ¡mal rayo me parta! (Levantándose con viveza.) Es fuerza empezar desde luego... Cuanto al Mayor... sí... ya verás cómo le planto de patitas en la calle. (Hace que se va.)

SU MUJER.- Miller, sé cortés. Mira que sus regalos valen buen dinero...

MILLER.- (Volviendo y colocándose delante de ella.) El precio de la deshonra de mi hija. Vete al diablo, alcahueta. Antes iría a mendigar con mi violón a cuestras, dando conciertos por un bocado de pan, o rompería el contrabajo y le rellenara de paja, que dejarme tentar por el dinero que había de arrebatarme mi hija y su ventura. Suprime el café y el tabaco, y el diablo me lleve si tienes ninguna necesidad de traficar con la cara de tu hija. Lo que es yo, siempre he comido y vestido como corresponde, antes que a ese malvado galán le diera por venir acá.

SU MUJER.- Mira no le des con la puerta en los hocicos, que va a armarse la gorda. Lo que digo es que no conviene echar así de buenas a primeras a ese caballero, porque es hijo del Presidente.

MILLER.- Ahí está el quid. Precisamente por esto y sólo por esto, hemos de acabar hoy mismo. Si es honrado, el mismo Presidente ha de agradecermelo. A ver, cepíllame el redingote de terciopelo rojo, que voy cuanto antes a ver a Su Excelencia, y a decirle: Su señor hijo de Vuecencia puso los ojos en mi hija. Mi hija es de oscura condición y no puede casarse con el hijo de Vuecencia, pero vale demasiado también, para ser la manceba del hijo de Vuecencia, y... basta. Me llamo Miller.

Escena II

El secretario WURM.- Dichos.

LA MUJER.- Buenos días, señor secretario; dichosos los ojos... que le ven a V.

WURM.- Y a V. la miran, señora. Amigo, cuando se reciben las bondades de un hidalgo, poco se repara en un plebeyo como yo.

LA MUJER.- ¡Qué está V. diciendo, señor secretario! Verdad que el caballero de Walter nos favorece de cuando en cuando con su visita, pero Dios me libre por eso, de despreciar a nadie.

MILLER.- (Contrariado.) Arrímale una silla, mujer... ¿Quiere V. dejar el sombrero?

WURM.- (Deja el sombrero y el bastón y se sienta.) ¿Y cómo está mi futura... o mejor mi pasada?... No creo que por eso... ¿No está visible la señorita Luisa?

LA MUJER.- Mil gracias por su atención, señor secretario. Crea V. que mi hija no es orgullosa.

MILLER.- (De mal humor dándole un codazo.) ¡Mujer!

LA MUJER.- Siento que no pueda ver a V., señor secretario; lo tendría a mucha honra. Ahora está en misa.

WURM.- Esto me gusta, esto me gusta; tendré con el tiempo mujer piadosa y buena cristiana.

LA MUJER.- (Con risa estúpida.) Sí... pero, señor secretario...

MILLER.- (Con visible enfado, la tira de la oreja.) ¡Mujer!

LA MUJER.- Por lo demás... esta casa es muy de usted y tendremos mucho gusto, señor secretario...

WURM.- (Mirando con recelo.) ¿Muy de V.?... Gracias... mil gracias... Hum... hum...

LA MUJER.- Pero como V. mismo comprenderá...

MILLER.- (Enojado le da un golpe por detrás.) ¡Mujer!

LA MUJER.- Bueno es lo bueno, y lo mejor, mejor; no es cosa, sin embargo, de poner obstáculos a la dicha de nuestra única hija. (Con grosera altivez.) Usted comprende, señor secretario.

WURM.- (Moviéndose en su asiento, se rasca la oreja y tira de los puños de la camisa.) Comprendo... digo, no... ¡Oh, sí!... ¿Qué decía V.?

LA MUJER.- Pues... que... creía... ¿está V.?... pienso... (Tose.) Pues que a Dios le place que mi hija sea toda una señora...

WURM.- (Levantándose.) ¿Qué dice V.?... ¿Qué?

MILLER.- Siéntese, siéntese, señor secretario. Mi mujer es una boba. ¿Por dónde había de llegar a ser señora? ¡Qué necia charla!

LA MUJER.- Regaña cuanto gustes, pero yo me sé lo que me sé, y lo que dijo el Mayor, dicho está.

MILLER.- (Fuera de sí, cogiendo el violón.) ¿Quieres callarte? ¿Quieres ver cómo te rompo la crisma con el violón? ¿Qué sabes tú, ni qué puede haber dicho él? No haga V. caso de su charla, señor yerno. ¡Anda!... ¡a la cocina! De seguro que me tendría usted por un animal, si alimentase semejantes propósitos por lo que dice a mi hija, y no será, señor secretario.

WURM.- Ni yo merezco tal de V., señor maestro. Siempre se ha portado V. conmigo como hombre de palabra, y mis pretensiones a la mano de Luisa me parecían ya tan aceptadas, como si tuviera en mi poder una escritura con la firma de V. Cuento con mi

empleo, bastante a mantener a un prójimo, y además con la benevolencia del Presidente; fuera de que si quiero encaramarme a mayor altura, no han de faltar las recomendaciones. V. ve que mis intenciones con respecto a la señorita Luisa son buenas, y si V. se deja embaucar por ese atolondrado caballero...

LA MUJER.- Ruego a V. que hable con más respeto, señor secretario Wurm.

MILLER.- Cállate, te digo. Está bien, señor mío; todo sigue como antes. Renuevo ahora la contestación que le di el otoño pasado. Yo no forzaré la voluntad de mi hija; ¿le conviene V.?... Perfectamente; ella puede ver si será feliz con V... ¿Dice que nones?... mejor que mejor... hágase la voluntad de Dios... quiero decir... que V. carga con las calabazas, y se bebe una botellita con el padre. Al fin y al cabo, es ella quien se casa con V. y no yo... ¿Por qué he de casarla, quieras que no quieras, con un hombre que no le guste? Porque luego el demonio venga a atormentarme en mi vejez, y a cada trago o a cada cucharada de sopa que me engulla, me esté gritando: Tú, tú fuiste el pícaro que labró la desgracia de tu hija!

LA MUJER.- Pues bien; clarito, yo no daré mi consentimiento. La chica ha nacido para algo superior, y si el padre se deja engaitar, yo acudiré a la justicia.

MILLER.- Quieres que te rompa los huesos, charlatana?

WURM.- (A MILLER.) Mucho puede el consejo de un padre. V. ya me conoce, señor Miller... digo, me parece.

MILLER.- Pero ¡con cien mil diablos! ¡Si es mi hija quien debe conocer a V.! A mí, viejo regañón, pueden complacerme muchas cosas que no sean precisamente del delicado gusto de una muchacha. Yo puedo decir a V., sin errar en un ápice, por ejemplo, si V. es apto para tocar en una orquesta; pero una niña casadera es más avisada que un maestro de capilla, y... en fin, si he de hablar con toda franqueza, señor mío, yo soy todo un alemán... V. no tendrá que quejarse de mis consejos... yo no aconsejaré a la chica que... pero tampoco la disuadiré de tal propósito, señor secretario... Déjeme V. que lo diga todo. Francamente, no me merece una gran opinión... permítame V..., el amante que necesita del auxilio del padre. Si algo vale, se avergonzará de emplear ese viejo expediente con su amada, y si no tiene valor para obrar de otro modo, es un gallina y no se ha hecho Luisa para él. Ahora, cortejar a la chica a espaldas de los padres, hacer de modo que ella desee mandar al padre y a la madre, al diablo antes que renunciar a V., o que venga a pedirles de rodillas, por todos los santos del cielo, que la dejen morir de tristeza o que le den por esposo al elegido de su alma, a esto yo llamo ser todo un hombre, a esto se llama amar. Quien no sepa abrirse paso de ese modo con las mujeres, ya puede montar a caballo en una pluma de ganso.

WURM.- (Coge el sombrero y el bastón y se va.) Muchas gracias... señor Miller.

MILLER.- (Siguiéndole lentamente.) ¿De qué?... No hay de qué, señor secretario. (Volviendo.) Pues señor; se larga sin oírme. Cuando tengo delante a ese zorro, me dan náuseas como si estuviera envenenado. ¡Qué raro y repugnante animal! ¡Si parece que se

introdujo en ese pícaro mundo de contrabando con sus maliciosos ojuelos de ratón, el pelo rojo, la barba saliente, como si la naturaleza, irritada de su mala obra, le hubiese asido por allí, para echarlo a un rincón... ¡Por vida! Antes que dar mi hija a un patán como ese, preferiría... ¡Dios me perdone!...

LA MUJER.- (Colérica.) ¡Perro!... Para ti se peina...

MILLER.- Y tú por otra parte, con tu apestoso caballero... me has sacado de mis casillas, porque nunca estás tan necia, como cuando debieras parecer más racional. ¿A qué viene toda esa charla sobre si tu hija ha de llegar a gran señora? Cabalmente es el hombre, a quien hay que contarle las cosas si quieres que mañana se repitan en la fuente del mercado, porque es de aquellos que van de aquí para allá hablando de la cocina y de la bodega, y si uno suelta delante de ellos una sola palabra... ¡mil bombas!... ya puede estar seguro que se ha echado encima el príncipe, y la querida, y el presidente y un terremoto.

Escena III

LUISA con un libro en la mano.- Dichos.

LUISA.- (Deja el libro, se dirige hacia MILLER y le estrecha la mano.) Buenos días, padre mío.

MILLER.- (Con calor.) ¡Bravo, Luisa mía!... Me alegro de que diviertas tu pensamiento hacia Dios. Sigue siempre así, y Él te sostendrá.

LUISA.- ¡Oh! soy una gran pecadora... padre mío. ¿Está él aquí, madre?

LA MUJER.- ¿Quién, hija mía?

LUISA.- ¡Ah!... Olvidaba que existen otros hombres fuera de él... Traigo la cabeza trastornada... ¿No ha venido Walter?

MILLER.- (Con tristeza y gravemente.) Pensé que hubieras dejado este nombre en la iglesia.

LUISA.- (Después de haberle mirado un momento de hito en hito.) Te comprendo, padre mío. Siento la puñalada que infieres a mi alma; es tarde. ¡Padre!... ya no tengo religión... el cielo y Fernando desgarran mi alma, y temo... temo... (Pausa.) ¡Ah! no, padre mío. ¿Verdad que no hay mayor elogio para el artista que el olvidarle por sus cuadros? Si aparto los ojos de Dios, henchida de júbilo, por contemplar su obra maestra, ¿no es verdad que debe alegrarse de ello?

MILLER.- (Echándose en una silla, descorazonado.) Vaya, ¡ya pareció el fruto de tus impías lecturas!

LUISA.- (Se adelanta con inquietud hacia la ventana.) ¿Dónde estará ahora? Las señoritas le ven... le oyen... yo soy una pobre muchacha olvidada. (Asustada de sus propias palabras, se echa en los brazos de su padre.) ¡Perdona! No deploro mi suerte; quiero tan sólo pensar un poco en él; esto no cuesta nada. Si pudiera hacer de mi pobre hálito de vida, soplo cariñoso y suave con que refrescar su aliento! ¡Ah, padre mío! Si la flor de mi juventud... como violeta, muriera humildemente a sus pies, hollada por él. Porque el insecto se alegre en un rayo de sol, ¿puede acaso castigarle el orgulloso astro del día?

MILLER.- (Conmovido, se apoya en el sillón y oculta el rostro.) Oye, Luisa; la poca vida que me resta daría yo por que no hubieses visto nunca al Mayor.

LUISA.- (Asustada.) ¿Qué dices?... ¿Cómo? No; te engañas, sin duda, padre mío. Tú ignoras que Fernando es mío, mío, presente de Dios para hacer mi ventura. (Después de un instante de reflexión.) La primera vez que le vi... (con más viveza) la sangre se agolpó a mis mejillas, el corazón me latía de júbilo, y cada latido me murmuraba: es él. Mi alma reconoció al que echaba de menos toda la vida, y dijo también: es él... Y esta palabra resonó alborozada en la creación entera. Entonces... ¡oh, entonces! apuntó la aurora en mi alma, y brotaron en mi corazón mil alegres pensamientos, como brotan las flores en primavera. Para mí el mundo ya no existía, y sin embargo, nunca me había parecido tan bello; no me acordaba de Dios, y sin embargo, nunca le había amado tanto.

MILLER.- (Corre a ella y la estrecha contra su corazón.) ¡Luisa! ¡Hija mía! Toma mi cabeza, si quieres... tómalo todo, todo... pero lo que es el Mayor... Dios es testigo que no puedo hacer que sea tuyo. (Se va.)

LUISA.- Ni lo quiero ahora, padre. La pobre gota de rocío, que llaman tiempo, se evapora deliciosa soñando con Fernando. Renuncio a él por toda la vida... luego, madre mía, luego, cuando caigan las barreras que nos separan, y soltemos la triste librea de las categorías. Los hombres no son más que hombres. Yo sólo guardaré conmigo mi inocencia. ¿Pues no me dijo mil veces mi padre, que la pompa y los títulos nada valdrán en la presencia de Dios, y que sólo apreciará los corazones? Entonces seré yo rica, mis lágrimas otros tantos tesoros, y mis buenos pensamientos me valdrán lo que un alta alcurnia. Entonces, madre mía, seré una persona de distinción... ¿A quién sino a mí preferirá entonces?

LA MUJER.- (Soltando un grito.) ¡Luisa!... ¡el Mayor!... Ya está aquí. ¿Dónde me escondo?

LUISA.- (Empieza a temblar.) Aguarda, mamá.

LA MUJER.- ¡Dios mío!... ¡Si estoy hecha una bruja! Me da pena. No me atrevo a presentarme así delante de ese caballero.

Escena IV

FERNANDO DE WALTER.- LUISA.

(FERNANDO corriendo hacia ella que se echa en una silla, pálida y descolorida. Él, de pie delante de ella. Se miran largo tiempo en silencio.)

FERNANDO.- Estás pálida, Luisa.

LUISA.- (Echándose en sus brazos.) No es nada, no es nada... En teniéndote aquí, se me pasa.

FERNANDO.- (Le coge la mano y la besa.) ¿Me amas todavía? Mi corazón es el mismo que ayer, y ¿el tuyo? He venido volando por ver si estabas más tranquila, más alegre, y alegrarme también yo contigo... y no lo estás.

LUISA.- Sí, sí, dueño mío.

FERNANDO.- Dilo con franqueza; no lo estás. Leo a través de tu alma, como a través de las transparentes aguas de ese diamante. (El anillo.) Ni puede deslizarse por él una sombra sin que la vea, ni un solo pensamiento por tu frente sin que lo note. ¿Qué tienes? Habla. A mí me basta ver claro ese espejo, para que el mundo entero me parezca sin nubes. ¿Qué pesar te aflige?

LUISA.- (Le mira un instante en silencio, y luego le dice con melancolía.) ¡Fernando! ¡Fernando! ¡Si supieras qué efecto causan tales palabras en el corazón de una pobre menestrala!

FERNANDO.- ¿Qué quieres decirme? (Con sorpresa.) Oye, ¿cómo se te ocurre esta idea? Tú eres mi Luisa, ¿quién te dijo que debías ser otra cosa? Ves ¡qué mala eres! ¡qué fría! Si me amaras de veras no podrías establecer comparaciones. Junto a ti, toda mi inteligencia se abisma en tu mirada, y lejos de ti, en un sueño. Y tú, tú en cambio, guardas aún cierta prudencia en el amor... ¡Ah! debieras avergonzarte de ello. Los instantes que empleaste en esa pena, me los robas a mí.

LUISA.- (Le coge la mano y mueve la cabeza.) Quieres adormecerme, Fernando, y alejar mi mirada de ese abismo, donde caeré sin duda. Yo no pierdo de vista... ni la fama... ni tus proyectos... ni tu padre... ni mi nulidad. (Suelta la mano como asustada.) Fernando, van a herir nuestros corazones; nos separan.

FERNANDO.- Nos separan. (Levantándose.) ¿Qué sugiere este presentimiento, Luisa? ¡Nos separan!... ¿Quién puede romper el lazo de dos corazones o separar los tonos de un mismo acorde!... ¡Que soy noble! ¿Por ventura mis títulos de nobleza son más antiguos que la ley impuesta al universo, y mi escudo, más poderoso que el decreto del cielo, escrito en la mirada de mi Luisa: esta mujer pertenece a este hombre? ¡Que soy hijo del Presidente! Sea. Sólo el amor puede endulzar las maldiciones que la conducta de mi padre atrae sobre mí.

LUISA.- ¡Si supieras cuánto le temo a tu padre!

FERNANDO.- Pues yo no temo nada sino la falta de tu amor. Ya pueden amontonarse obstáculos entre ambos; me servirán de peldaños para volar a los brazos de mi Luisa. El rigor de la contraria suerte sólo será parte a inflamar mi afecto, y los peligros te harán a mis ojos más hechicera. No temas, pues, amor mío. Yo mismo velar por ti, como el dragón encantado los subterráneos tesoros. Fía en mí; no necesitas otro ángel custodio. Yo te escudaré contra el destino, recibiré por ti los golpes, recogeré por ti cada gota de júbilo en el vaso del amor, para deponerlo en tus manos. (La abraza tiernamente.) Apoyada en mi brazo, Luisa cruzará alborozada la senda de la vida. Has de volver al cielo más bella de cuando lo dejaste, y confesará admirado que sólo el amor da la última mano a las almas.

LUISA.- (Alejándose de él, vivamente agitada.) Basta; te lo ruego, calla. ¡Si supieras!... Déjame. No sabes que tus esperanzas se convierten en ponzoña en mi corazón. (Hace que se va.)

FERNANDO.- (Deteniéndola.) ¡Luisa!... ¡Cómo!... Qué... ¡Qué mudanza!...

LUISA.- Olvidé este sueño y era feliz, y desde ahora, desde este día, he perdido todo reposo. ¡Oh impetuosos deseos!... Ya sé que van a agitar mi alma. Véte, ¡Dios te perdone! Arrojaste la tea inflamada en mi joven corazón, en mi corazón tranquilo, y no ha de apagarse jamás. (Vase corriendo; él la sigue en silencio.)

Escena V

Salón en casa del PRESIDENTE.

EL PRESIDENTE, lleva colgada al cuello una condecoración y una estrella al pecho. El secretario WURM; salen juntos.

EL PRESIDENTE.- ¡Mi hijo enamorado seriamente! Amigo Wurm, no me persuadirá V. a creerlo.

WURM.- Si Vucencia tiene la bondad de pedirme la prueba...

EL PRESIDENTE.- No digo que no sea posible, y me parece perdonable que corteje a alguna mocosuela de la burguesía, y se entretenga en requebrarla, y hasta en hablarla de amor y de... pero ¿dice V. que es hija de un músico?

WURM.- La hija del maestro de música, Miller.

EL PRESIDENTE.- Linda, por supuesto.

WURM.- (Vivamente.) El mejor dechado de rubias que pudiera figurar sin exageración, al lado de las primeras bellezas de la corte.

EL PRESIDENTE.- (Sonriendo.) Y dice V. que pretende a esa niña. Lo comprendo. Ve V.; si así gusta de las mujeres me da a esperar que las damas no han de aborrecerle; con esto hará carrera en la corte. Que la niña es guapa..., me alegro; esto prueba que es hombre de gusto. Que la engaña con formales promesas... mejor que mejor; esto prueba que es bastante listo para saber mentir cuando conviene, y entonces no me cabe duda que llegará a presidente. Que alcanza su objeto... mejor que mejor todavía; esto prueba que es hombre de suerte. Y si por fin de fiesta me regala un rollizo nietezuelo, digo que mi ventura será completa. Beberé entonces una botella de Málaga en celebridad de este pronóstico de la propagación de mi raza, y pagaré la multa impuesta por la deshonra de la niña.

WURM.- Deseo que no llegue el caso de que Vucencia deba beberse esa botella para distraer el mal humor.

EL PRESIDENTE.- (Muy serio.) Recuerde V., Wurm, que cuando una vez me da por creer una cosa, la creo con obstinación, y si llego a amostazarme, me pongo furioso. V. se empeña en que me enfade, y yo en tomarlo a chanza. Comprendo que ansíe V. deshacerse de un rival; que no le sea fácil arrebatar la niña a mi hijo; que quiera convertir en una infamia esa entretenida historia; todo esto está muy bien; pero cuidado con mofarse de mí, querido Wurm. V. sabe que no llevará la calaverada hasta el extremo de faltar a mis principios.

WURM.- Perdóneme Vucencia. Si realmente intervinieran por algo los celos, como supone, Vucencia hubiera podido verlo, pero yo no lo hubiera dicho.

EL PRESIDENTE.- Por mi parte, opino que es menester echarlos en olvido. ¡Imbécil! ¿Qué le importa a V. recibir un escudo directamente o de manos del banquero? Consuélese V. con nuestra nobleza. Sépase o no, cuando se hace una boda entre nosotros, raro es el caso en que media docena de convidados... o de lacayos... no estén enterados de lo que se lleva el marido.

WURM.- (Inclinándose.) En esto, de buena gana seguiré siendo plebeyo.

EL PRESIDENTE.- Por lo demás, pronto podrá V. tomar lindamente el desquite de esta chanza. Precisamente hoy se decidió en consejo, que a la llegada de la nueva duquesa, se fingiría que se iba a despedir a lady Milford, y para que las apariencias sean completas, contratará un enlace. V. sabe, Wurm, que todo mi poderío descansa en la influencia de Milady, y que las pasiones del Príncipe son mi más poderoso recurso. El Duque busca un partido para la Milford; puede presentarse otro, negociar este asunto, apoderarse de la confianza del Príncipe y hacerse el indispensable... Para que el Príncipe siga atado a nuestra familia, es necesario que Fernando se case con la Milford. ¿Lo quiere V. más claro?

WURM.- Salta a la vista. Me convengo de que el padre no es más que un aprendiz, al lado del Presidente. Si el Mayor corresponde como hijo sumiso a la ternura de Vucencia, no faltará quien proteste.

EL PRESIDENTE.- Por dicha, nunca sentí la menor inquietud en la ejecución de un proyecto, desde el momento en que me he dicho a mí mismo: esto ha de ser. Pero esto me lleva, amigo Wurm, al punto de partida. Hoy mismo anunciaré a mi hijo su matrimonio, y la cara que ponga entonces, justificará o desvanecerá las sospechas de V.

WURM.- Vuelvo a pedir perdón a Vucencia. El descontento que muestre, así puede provenir de que no guste de la mujer que se le ofrece, como de que sienta perder a la otra. Ruego a Vucencia que acuda a una prueba más decisiva. Elíjasele el mejor partido de la comarca, y si dice que sí, me dejo cortar la cabeza.

EL PRESIDENTE.- (Mordiéndose los labios). ¡Diablo!

WURM.- No hay más... La madre, que es la necesidad en persona, hartó me ha dicho sobre esto, sencillita como es.

EL PRESIDENTE.- (Se pasea por el salón, y reprime su enojo.) Bien; esta mañana...

WURM.- Sólo ruego a Vucencia que no olvide que ese caballero es hijo de mi señor.

EL PRESIDENTE.- Descuida, Wurm.

WURM.- Y que conforme he libertado a Vucencia de una nuera mal parecida...

EL PRESIDENTE.- Merece V. que le procure una esposa. Acordado, Wurm.

WURM.- (Se inclina satisfecho.) Mi gratitud será eterna, señor. (Hace que se va.)

EL PRESIDENTE.- (Amenazándole.) Cuidado con repetir lo que he confiado a V. hace poco.

WURM.- (Sonriendo.) Entonces puede Vucencia mostrar mis falsificaciones. (Se va.)

EL PRESIDENTE.- Verdad; te tengo cogido por tus propias bribonadas, como al abejorro con un hilo.

SALE UN CRIADO.- El Mariscal de Kalb.

EL PRESIDENTE.- A buen tiempo llega: bien venido. (El criado se va.)

Escena VI

EL PRESIDENTE.- EL MARISCAL de KALB, con traje de corte, suntuoso, pero sin buen gusto, con la llave de chambelán, dos relojes, y espada; sombrero bajo, peluca rizada. Se adelanta con mucha bulla hacia EL PRESIDENTE, y esparce un fuerte olor a ámbar.

EL MARISCAL.- (Abrazándole.) Muy buenos días, amigo mío. ¿Qué tal ha descansado V.?... ¿Cómo se ha dormido? V. me perdona, verdad, si hasta ahora no he tenido el placer... negocios urgentes, el preparar la comida, las tarjetas, los trineos para la gira de hoy... ¡Ah! y además ha sido menester que fuera a anunciar a Su Alteza serenísima el tiempo que hacía.

EL PRESIDENTE.- Realmente, no podía V. excusarse de ello.

EL MARISCAL.- Luego, ese bribón de sastre que me ha detenido.

EL PRESIDENTE.- Y sin embargo, siempre exacto y pronto.

EL MARISCAL.- Y no fue esto todo. Las desgracias siempre vienen en tropel. Oiga V.

EL PRESIDENTE.- (Distraído.) ¿Es posible?

EL MARISCAL.- Oiga V. Apenas me había apeado del coche, cuando los caballos se asustaron, empezaron a encabritarse y a piafar, y quedé salpicado de barro. Ya ve V. ¿qué podía hacer? Póngase V. en mi lugar, barón. Allí me tenía V. plantado... tan tarde... Volver a casa, era emprender un viaje... comparecer ante Su Alteza perjeñado de aquel modo... ¡Dios de bondad!... En esto ¿qué hago? finjo desmayarme, me llevan en brazos al coche, vuelo a casa, mudo de ropa, vuelvo... ¿qué tal?... y aún llego el primero a la antesala... ¿qué le parece a V.?

EL PRESIDENTE.- ¡Donosa salida del ingenio humano!... Pero dejemos esto, amigo Kalb. ¿Ha hablado V. al Duque?

EL MARISCAL.- (Dándose importancia.) Unos veinte minutos y medio.

EL PRESIDENTE.- Confieso que... ¿Y sabe V. algo importante?

EL MARISCAL.- (Con seriedad, después de una pausa.) Su Alteza vestía hoy su traje de castor verde y pajizo.

EL PRESIDENTE.- ¡Vaya!... Pues bien, Mariscal; mejor es la noticia que debo comunicar a V. Lady Milford casa con el mayor de Walter. Me parece que le vendrá a V. de nuevo.

EL MARISCAL.- ¿V. cree?... ¿Y está ya decidido?

EL PRESIDENTE.- Y firmado, Mariscal. Mucho agradeceré a V. que sin tardar, anuncie a esta señora la visita de mi hijo, y a toda la corte su resolución.

EL MARISCAL.- (Entusiasmado.) ¡Con el mayor gusto!... Nada puede serme tan grato... Voy al instante. (Le abraza.) ¡Con Dios! Dentro media hora lo sabrá la ciudad entera. (Se va saltando.)

EL PRESIDENTE.- (Riéndose y siguiéndole con la vista.) Y dirán todavía que los hombres de este jaez no sirven para nada. Ahora fuerza será que Fernando lo quiera; de lo contrario la corte habrá mentido. (Llama.) (Sale WURM.) Diga V. a mi hijo que pase. (Se va WURM.) (EL PRESIDENTE se pasea pensativo a lo largo del salón.)

Escena VII

FERNANDO.- EL PRESIDENTE.- WURM, que se va luego.

FERNANDO.- Has ordenado, padre...

EL PRESIDENTE.- Por desgracia mandar debo, cuando quiero tener el gusto de ver a mi hijo... Déjenos V. solos, Wurm. Fernando, mucho tiempo ha que te observo, y no reconozco en ti al franco y alegre muchacho que tanto me encantaba. Te veo pesaroso, huyes de mí y de tus habituales compañías. A tu edad suele perdonársele más fácilmente diez extravagancias, que una sola manía. Abandona ésta, hijo mío. Deja que cuide de tu felicidad, y no te ocupes más que en prestarte complaciente a mis proyectos... Ven; abrázame, Fernando.

FERNANDO.- Muy bondadoso estás hoy conmigo, papa.

EL PRESIDENTE.- ¡Ah! pícaro... ¿conque sólo hoy? y todavía lo dices haciendo una mueca. (Con gravedad.) Fernando, ¿por amor de quién me abrí camino, erizado por cierto de peligros, hasta el corazón del Príncipe? ¿Por amor de quién rompí para siempre con mi conciencia y con el cielo? Óyeme, Fernando. Hablo ahora a mi hijo. ¿A quién hice lugar, quitando de en medio a mi predecesor?... Historia que por cierto me destroza todavía el alma, cuanto más me empeño en ocultar el puñal a los ojos del mundo. Oye, dime, Fernando. ¿Por quién hice todo esto?

FERNANDO.- (Retrocede con espanto.) No ciertamente por mí, padre mío; no debe recaer sobre mí este sangriento crimen. Por Cristo, que vale más no haber nacido, que servir de pretexto a semejantes acciones.

EL PRESIDENTE.- ¿Qué significa esto? ¿Cómo? pero... en fin, perdono a tu romancesca imaginación esta salida. No quiero enojarme. ¡Atolondrado!... ¡Así me recompensas mis vigiliyas, mis incesantes solicitudes, los tormentos de mi conciencia!... Cae sobre mí todo el peso de la responsabilidad, la maldición, el rayo de la justicia. Tú recibes la dicha de segunda mano; la culpa no se hereda.

FERNANDO.- (Alzando las manos al cielo.) ¡Oh! renuncio solemnemente a una herencia que sólo puede darme un horrible recuerdo de mi padre.

EL PRESIDENTE.- Oye, muchacho; mira, no me enfades. Si todo fuera según tu capricho, te arrastraras en el polvo el resto de tu vida.

FERNANDO.- Lo cual es mejor que arrastrarse por las gradas del trono.

EL PRESIDENTE.- (Reprimiendo su cólera.) ¡Hum! Entonces habrá que hacerte aceptar tu dicha por la fuerza. El término a que no pudieron llegar otros con sus esfuerzos, lo consigues tú, como quien dice, jugando. A los diez años eras alférez; a los veinte, mayor; ahora, acabo de obtener del Príncipe el favor de que dejes el uniforme para entrar en el ministerio; el Príncipe hablaba de hacerte consejero íntimo... o embajador... o concederte una gracia extraordinaria... Se abre a tus ojos un gran porvenir; se te allana el camino para acercarte al trono..., para sentarte en él, si el poder vale tanto como las apariencias. ¿Y esto no te entusiasma?

FERNANDO.- No pensamos exactamente lo mismo sobre la grandeza y la dicha, que para ti, padre, sólo se logra arruinando. La envidia, el temor, la maldición, estos son los espejos en que se mira el poderoso, y las lágrimas, la desesperación, los gemidos, el común alimento con que se nutren y embriagan los que se llaman felices, hasta que penetran en la eternidad y tiemblan y caen ante el trono de Dios. Mi ideal de ventura, padre, se encierra por el contrario en mí mismo; todos mis deseos están sepultados en mi corazón.

EL PRESIDENTE.- ¡Admirable!... ¡Inapreciable!... ¡Sublime!... Esta es la primera lección que recibo de treinta años acá. Lástima que con mis cincuenta, me haya vuelto rebelde a la instrucción. Mas por que no se entorpezca tan raro talento, pondré en mi lugar alguien en quien puedas ejercitar a tus anchas tan divertidas locuras... Fuerza es que te decidas hoy mismo a casarte.

FERNANDO.- (Retrocediendo sorprendido.) ¡Padre mío!

EL PRESIDENTE.- Sin cumplidos. Escribí una esquela en tu nombre a lady Milford, y me harás el obsequio de ir a verla sin tardar, y decirle que eres su esposo.

FERNANDO.- ¡Lady Milford, padre mío!

EL PRESIDENTE.- ¿La conoces?

FERNANDO.- (Fuera de sí.) ¿Pues no es la que en el ducado aparece como monumento de vergüenza?... Pero... ¡qué loco soy en tomar por lo serio esta chanza! ¿Querías ser el padre de un peñón que aceptara la mano de una meretriz privilegiada?

EL PRESIDENTE.- Ya lo creo. Yo mismo me casaría con ella, si no contara cincuenta años. ¿Te negarías tú a ser el hijo del perillán de tu padre?

FERNANDO.- Claro que sí. Tan cierto como hay Dios.

EL PRESIDENTE.- ¡Habría insolencia!... La perdono, porque no son frecuentes.

FERNANDO.- Te ruego, padre mío, que no me dejes por mucho tiempo en tal disposición de ánimo, que me es insoportable llamarme hijo tuyo.

EL PRESIDENTE.- ¿Estás loco, muchacho?... ¿Qué hombre razonable no envidiaría el honor de representar el mismo papel del soberano?

FERNANDO.- Eres para mí un enigma, padre. ¡A esto llamas un honor!... el honor de compartir con el Príncipe un puesto que a él mismo degrada. (EL PRESIDENTE se echa a reír.) Ríe cuanto gustes; yo continúo, padre. ¿Con qué cara me presento yo delante del más miserable obrero, que casa al menos con mujer sin mancha? ¿Con qué cara osaré presentarme en la sociedad, delante del Príncipe, delante de esta misma cortesana, que pretendiera borrar con mi vergüenza la marca de hierro candente impresa en su honor?

EL PRESIDENTE.- ¿Pero dónde aprendes tú tales cosas?

FERNANDO.- ¡Por todos los santos del cielo, padre, te conjuro a...! Esta abyección de tu hijo único no puede hacerte tan feliz, como a él le haría desgraciado. Mi propia vida te ofrezco, si ha de ser parte a que te encumbres más; de ti la he recibido, padre, y no vacilaría un instante en sacrificarla a tu grandeza, pero ¡arrebatarle el honor!... Entonces fue un acto de culpable ligereza darme la vida, y habré de maldecir al propio tiempo al padre y al medianero.

EL PRESIDENTE.- (Dándole golpecitos en el hombro.) ¡Bravo!... ¡querido hijo!... Ahora veo que eres un honrado muchacho, digno de la más noble mujer de este país. Será tuya. Esta misma tarde antes de las tres, serás el prometido de la condesa de Ostheim.

FERNANDO.- ¡Estará resuelto que muera aniquilado hoy!

EL PRESIDENTE.- (Dirigiéndole una mirada penetrante.) Espero que esta vez nada podrá objetar el honor.

FERNANDO.- No, padre mío. Federica de Ostheim podría colmar de ventura a otro hombre cualquiera. (Aparte, mostrando embarazo.) Lo que su maldad dejó intacto en mi corazón, lo desgarró su bondad.

EL PRESIDENTE.- (Sin perderle de vista.) Estoy aguardando las gracias, hijo mío.

FERNANDO.- (Le coge la mano y la besa con fuego.) ¡Padre! tu bondad me conmueve... mil gracias, padre mío, por tus tiernas intenciones. Tu elección es

irreprochable, pero no puedo... no me atrevo... ten compasión de mí... no puedo amar a la condesa.

EL PRESIDENTE.- (Retrocediendo un paso.) ¡Hola!... ya te cogí. ¿Conque has caído en el garlito? ¿Conque no era el honor quien te impedía casarte con lady Milford?... ¡Ah! no te repugna la elegida, no; lo que te repugna es el matrimonio. (FERNANDO queda como petrificado; luego hace un gesto e intenta irse.) ¿A dónde vas?... Aguarda. ¿Este es el respeto que me debes? (Vuelve el mayor.) He anunciado a Milady que irías a su casa, y he dado palabra al Príncipe; lo sabe ya la ciudad y la corte. ¿Cómo tú pretendas dejarme embustero a los ojos del Príncipe, de Milady, de la ciudad, de la corte...! Oye, muchacho; si empiezo a hablar de ciertas historias... Aguarda. ¿Por qué te sonrojas?

FERNANDO.- (Blanco como la nieve y temblando.) ¿Qué?... ¿Cómo?... No es nada, padre.

EL PRESIDENTE.- (Con terrible mirada.); ¿Y si hubiera algo?... ¿si yo te descubriera la causa de tu repulsa? ¡Ah! sólo el sospecharlo me enoja. ¡Vete en seguida!... Empieza la parada y quiero que te halles en casa Milady antes que den el santo y seña. A mi presencia tiembla el ducado; veremos si me dominará la obstinación de un hijo. (Se va y vuelve.) Te repito, Fernando, que irás, o ya puedes huir mi cólera. (Se va.)

FERNANDO.- (Como si saliera de un sueño penoso.) ¿Se fue?... ¿Era mi padre quien hablaba así?... Sí, iré a su casa... iré... he de decirle tales cosas... le pintaré un cuadro... ¡la infame! Y si entonces pides todavía mi mano... en faz de la nobleza congregada, de la tropa y del pueblo, ven, armada de todo el orgullo de Inglaterra... yo te rechazo, yo, hijo de Alemania. (Se va precipitadamente.)

Acto II

Sala en el palacio de LADY MILFORD; a la derecha un sofá, a la izquierda un piano.

Escena primera

MILADY vestida de trapillo, con gracioso descoco y sin peinar; se halla sentada al piano, tecleando.- SOFÍA, su camarera, se acerca a la ventana.

SOFÍA.- Los oficiales desfilan; se acabó la parada, pero no veo a Walter.

MILADY.- (Inquieta, se levanta y se pasea por la sala.) No sé qué me pasa hoy, Sofía; nunca había sentido lo que hoy... ¿No le ves?... Ya lo creo... No se dará mucha prisa... Pesa como un crimen sobre mi conciencia... Ve Sofía, y di que me traigan el caballo más fogoso que haya en las caballerizas. Necesito salir a tomar el aire, ver gente, el cielo; aliviare mi corazón galopando.

SOFÍA.- Si se siente V. indispuesta, mande que venga alguien aquí... ruegue V. al Duque que presida el juego en esta sala, y que coloquen la mesa delante del sofá. ¡Pues digo! Si tuviera yo a mis órdenes al Príncipe y a la corte entera, y me pasara un capricho por el magín...

MILADY.- (Se echa en el sofá.) Excúsame ese mal rato, te ruego. Te prometo un diamante por cada hora que me libertes de ellos. ¿Por qué quiero yo llenar mi salón con esos hombres... miserables y viles que parece se espantan cuando se me escapa una palabra generosa y abren tanto así la boca y las narices como si vieran un duende? ¡Esclavos de un muñeco que manejo a voluntad! ¿Qué he de hacer de esa gente acompañada como relojes? ¿Qué placer he de hallar en hacerles una pregunta, si conozco ya su respuesta, ni en conversar con ellos si no tienen el valor de tener otra opinión que la mía? ¡Afuera con ellos! ¿Hay cosa más pesada que montar un caballo que no tasque el freno? (Se acerca a la ventana.)

SOFÍA.- Pero V. exceptuará sin duda al Príncipe... el más bello y apasionado galán, el hombre más ingenioso de su ducado.

MILADY.- (Vuelve.) Por su ducado... Sólo un título de soberanía puede servir, a mis ojos, de excusa soportable. Dices que me envidian. ¡Pobre de mí!... cuando debieran compadecerme. De cuantos se aprovechan del poder, la amiga del Príncipe es la más desgraciada; sólo ella conoce la miseria del rico y poderoso señor. Verdad que puede, con el talismán de su grandeza, hacer que surja del suelo, cual palacio encantado, cuanto lisonjea mi capricho, traer a su mesa los frutos de las Indias o transformar en paraíso un desierto. En su mano está, si así le place, emplear en saltos de agua las de toda la comarca, convirtiendo los surtidores en arcos de triunfo, o quemar en fuegos de artificio los huesos de sus vasallos. ¿Mas puede ordenar a su corazón que lata con nobleza y ardor, por otro corazón también ardiente y noble? ¿Puede, con querer tan sólo, concebir siquiera un elevado propósito? Con hallarme rodeada de toda suerte de satisfacciones, mi alma está sedienta. ¿De qué me sirven mis más puros afectos, si vivo condenada a sofocar mis emociones?

SOFÍA.- (Observándola sorprendida.) ¿Cuánto hará que sirvo a V.?

MILADY.- Hoy empiezas a conocerme... verdad, cara Sofía... Vendí mi honor al Príncipe, pero he guardado mi corazón... es mi único bien, y tal vez, digno de un hombre; porque el hálito emponzoñado de la corte se deslizó por él, como por un espejo. Te aseguro que hace tiempo que hubiera abandonado al pobre Príncipe, conque pudiera forzar a mi ambición a que cediera ese puesto a otra mujer.

SOFÍA.- ¿Cómo el corazón se ha sometido gustoso a ella?

MILADY.- (Vivamente.) Harto se ha vengado... se venga ahora. ¡Ah, Sofía! (Dejando caer la mano en el hombro de ésta.) A las mujeres sólo nos fue dado elegir entre la

esclavitud o el poder, y éste poca satisfacción nos causa, si nos falta la que aun es mayor que ésta, la de ser esclavas del hombre que amamos.

SOFÍA.- La última persona a quien desearía oír hablar así, Milady, fuera a V.

MILADY.- ¿Y por qué, Sofía? Basta ver con qué infantil modo sostenemos el cetro, para convencerse de que sólo somos buenas a tener los andadores. ¿No has observado por ventura que mis caprichos, mi afán por divertirme, son tan sólo un medio de adormecer en mí deseos más ardientes todavía?

SOFÍA.- (Retrocede sorprendida.) ¡Milady!

MILADY.- (Con viveza.) ¡A ver!... trata de satisfacerlos... dame al hombre en quien pienso en este instante... a quien adoro... Fuerza es poseerle o morir, Sofía. (Con ternura.) Haz que oiga de sus labios que parecen más bellas las lágrimas del amor en los ojos, que los diamantes en la frente, (con calor) y verás cómo arrojó a los pies del Príncipe su corazón y su ducado, y huyó con este hombre, huyó... al más remoto desierto del mundo.

SOFÍA.- (Asustada.) ¡Oh cielos!... ¿Qué hace V.? ¿Qué tiene V., Milady?

MILADY.- (Absorta.) Palideces... Dije más de lo que convenía... Permite que cierre tus labios con una confidencia...; oye todavía... óyelo todo.

SOFÍA.- (Mira alrededor inquieta.) Temo... Milady... temo... No necesito saber más.

MILADY.- Este enlace con el mayor... crees sin duda como todos, que es el resultado de una cábala palaciega... Sofía... te sonrojas... no me condenes... es obra de mi amor.

SOFÍA.- ¡Por el cielo!... lo presentía.

MILADY.- Se han dejado engañar, Sofía, el débil Príncipe, el astuto cortesano Walter, el necio Mariscal... Cada uno de los tres se figura que esta boda es el medio infalible para que el Duque me conserve en su poder y sea nuestra unión más estable que nunca. Sí... y precisamente esta boda debe separarnos para siempre, y romper esta vergonzosa cadena. Los engañadores son engañados y burlados por una débil mujer... ¡Ah! vosotros mismos me traéis al que ama mi corazón; esto es lo que quería... En cuanto sea mío... adiós para siempre, poder abominable.

Escena II

El viejo AYUDA DE CÁMARA del Príncipe con un cofrecito.- Dichos.

EL AYUDA DE CÁMARA.- Su Alteza serenísima saluda a Milady y le envía estos diamantes como regalo de boda. Acaban de llegar de Venecia.

MILADY.- (Contempla el cofrecillo y retrocede espantada.) ¡Hombre! ¿Cuánto le han costado al Duque estas piedras?

EL AYUDA DE CÁMARA.- (Con sombrío rostro.) Ni un cuarto.

MILADY.- ¡Cómo! ¿Estás loco?... ¿Nada? (retrocediendo) y me miras entre tanto como si quisieras partirme el corazón. ¿Nada le cuestan estas piedras de inestimable valor?

EL AYUDA DE CÁMARA.- Ayer, siete mil hijos del país salieron para América. Con esto, se paga todo.

MILADY.- (Deja súbitamente el cofre, se pasea agitada por la sala y se dirige de nuevo hacia el criado.) ¿Qué tienes, buen hombre? Parece que lloras.

EL AYUDA DE CÁMARA.- (Se enjuga los ojos, y con acento desgarrador, dice tembloroso.) ¡Piedras preciosas como estas...! Dos hijos tengo ahí dentro.

MILADY.- (Asiéndole la mano.) Pero nadie se vio forzado a...

EL AYUDA DE CÁMARA.- (Con terrible risa.) ¡Oh Dios mío!... No... voluntariamente iban. Es verdad que algunos intentaron adelantarse de las filas y preguntar al coronel a qué precio vendía el Príncipe la libertad de los hombres... pero nuestro bondadoso Príncipe hizo que marcharan los regimientos hacia la plaza de la parada, y mandó fusilar a los chachareros. Nosotros oímos la descarga y vimos cómo les saltaban los sesos, mientras el ejército en masa gritaba: ¡Viva!... ¡A América!

MILADY.- (Cayendo espantada sobre el sofá.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y yo que nada oí... que nada observé!

EL AYUDA DE CÁMARA.- ¡Ah, noble dama!... ¿Cómo os ocurrió ir a cazar con el Príncipe, cuando se dio la señal de partir? No debíais privaros del soberbio espectáculo de que fuimos testigos, en el punto en que el redoble de tambores anunció llegada la hora. Allí había huérfanos de padres que vivían aún, y a quienes seguían llorando; madres furiosas que arrojaban los niños de pecho a las bayonetas de los soldados... A sablazos separaban a los mozos de sus novias, y los viejos, desesperados, echando las muletas, pedían que les embarcaran también para el Nuevo Mundo... y en esto, venga gritar y redoblar los tambores, por que no oyera nuestras plegarias Quien todo lo sabe.

MILADY.- (Levantándose profundamente conmovida.) Retirad de aquí estos diamantes, que reflejan en mi alma las llamas del infierno. (Con dulzura, al criado.) Cálmate, pobre vicio; ya volverán, ya verán de nuevo su patria.

EL AYUDA DE CÁMARA.- (Con viveza.) Dios lo sabe... claro que volverán... Llegados a las puertas de la ciudad, se volvieron diciendo a gritos: ¡Con Dios, hijos, con Dios, mujeres! ¡Viva el padre de nuestro país! Hasta el valle de Josafat.

MILADY.- (Yendo y viniendo a largos pasos.) ¡Qué horror! y me decían que había secado las lágrimas del país... cae la venda de mis ojos... ¡Esto es horrible... espantoso!... Ve y di a tu señor, que irá a darle las gracias yo misma. (El criado hace que se va, y ella le echa un bolsillo en el sombrero.) Toma esto por haberme dicho la verdad.

EL AYUDA DE CÁMARA.- (Lo echa con desdén sobre la mesa.) Juntadlo al resto. (Se va.)

MILADY.- (Mirándole con sorpresa.) Sofía, corre a él, y pídele su nombre; volverá a ver a sus hijos. (SOFÍA se va. MILADY se pasea. Pausa. A SOFÍA que vuelve.) ¿No se habló hace poco de un incendio que había reducido a la miseria a más de cuatrocientas familias, en un pueblo de la frontera? (Llama.)

SOFÍA.- ¿Y a qué ese recuerdo? Sí, el hecho es exacto. Muchos de aquellos infelices, la mayor parte, sirven ahora de esclavos a sus acreedores, o mueren en el fondo de las minas de plata que posee el Príncipe.

Sale UN CRIADO.- ¿Qué ordena Milady?

MILADY.- (Entregándole el cofrecillo.) Que lleven esto sin tardar al cantón incendiado, que hagan dinero con ello, y distribúyanlo entre las cuatrocientas familias arruinadas con el incendio.

SOFÍA.- Observe V. que esto es exponerse a la mayor desgracia.

MILADY.- (Con nobleza.) ¿Habrá de pesar sobre mi cabeza la maldición de sus Estados? (Hace una seña al criado; éste se va.) ¿O quieres que sucumba bajo el terrible peso de tantas lágrimas?... Ve, Sofía... mejor es llevar ornada la cabeza de diamantes falsos, que semejantes acciones en el corazón.

SOFÍA.- ¡Pero unas alhajas como estas!... ¿No podía V. por ventura entregar otras menos preciosas?... No, Milady, esto en realidad es imperdonable.

MILADY.- ¿Qué loca eres?... las lágrimas de gratitud que arranquen, serán para mí más bellas que todas las perlas y piedras preciosas de diez coronas.

EL CRIADO.- (Vuelve.) ¡El mayor de Walter!

SOFÍA.- (Corre hacia MILADY.) ¡Dios mío! ¡qué palidez!

MILADY.- El primer hombre que me dio miedo... Sofía..., Eduardo, decidle que estoy indispuesta... Aguardad. ¿Está de buen humor?... ¿Sonríe?... ¿Qué dice?... ¡Oh! Sofía... ¿estoy fea?

SOFÍA.- Milady..., ¡por Dios!...

EL CRIADO.- ¿Milady, ordena que le despida?

MILADY.- (Balbuceando.) Bien venido sea. (El criado se va.) Habla, Sofía; ¿qué le diré? ¿Cómo recibirle? Si callo, se mofará de mi flaqueza... él será... ¡Oh qué presentimiento!... Me abandonas, Sofía... Aguarda... Pero no; ve... sí... aguarda... (EL MAYOR atraviesa la antesala.)

SOFÍA.- ¡Serenidad! Ya está aquí.

Escena III

FERNANDO DE WALTER.- Dichos.

FERNANDO.- (Saludando ligeramente.) Sentiría, señora, interrumpir a V...

MILADY.- (Con visible agitación.) En nada que pueda importarme mucho, señor mayor.

FERNANDO.- Vengo aquí, por orden de mi padre.

MILADY.- Quedo muy obligada a ese favor.

FERNANDO.- Y debo anunciar a V. que nos casamos...; tal es el encargo de mi padre.

MILADY.- (Pálida y temblando.) ¿Y el corazón de V. no entra por nada en esto?

FERNANDO.- Los ministros y medianeros no acostumbran a tomar tales informes.

MILADY.- (Con sofocante angustia.) ¿Y V. no tiene nada que añadir a eso?

FERNANDO.- (Mirando a SOFÍA.) Mucho, señora.

MILADY.- (Hace seña a SOFÍA de que se vaya.) Le ruego que se siente en el sofá.

FERNANDO.- Seré breve, Milady.

MILADY.- Veamos.

FERNANDO.- Yo soy un hombre muy pundonoroso.

MILADY.- Que sé apreciar en lo que vale.

FERNANDO.- Gentilhombre.

MILADY.- No hay otro como V. en el ducado.

FERNANDO.- Y oficial.

MILADY.- (En tono lisonjero.) Prendas son esas que así le pertenecen a V. como a otros. ¿Por qué no citar otras que le sean peculiares?

FERNANDO.- (Fríamente.) Aquí es inútil.

MILADY.- (Con ansiedad siempre creciente.) ¿Qué debo pensar de estos preliminares?

FERNANDO.- (Lentamente y con intención.) Dígolo porque el honor se opone a este enlace, si V. pone empeño en forzarme a él.

MILADY.- (Se levanta.) ¿Qué significa esto, caballero?

FERNANDO.- (Con calma.) Esto me inspira mi corazón, mi cuna, mi grado.

MILADY.- Que debe V. precisamente al Príncipe.

FERNANDO.- Al Estado, por mediación del Príncipe. Mi corazón lo debo a Dios, y mis blasones cuentan ya cinco siglos.

MILADY.- El nombre del Duque...

FERNANDO.- (Con violencia.) ¿Puede el Duque, por ventura, derribar las leyes de la humanidad e imprimir en nuestras acciones su sello? El mismo no se halla por encima del honor, bien que pueda acallarle con un puñado de oro, y cubrir la vergüenza con manto de armiño. Pero le ruego, Milady, que dejemos esto. No se trata ahora de abortados proyectos, ni de mis abuelos, ni de mi espada, ni del qué dirán. Estoy pronto a dar de lado a todo, si V. me demuestra que el precio del sacrificio no es peor que este.

MILADY.- (Retirándose, con dolor.) Caballero, yo no he merecido estas palabras.

FERNANDO.- (Asiéndole la mano.) Perdone V. Hablamos aquí sin testigos; el motivo que nos reúne hoy a ambos, y que no se ofrecerá segunda vez, me autoriza, me fuerza a no ocultar a V. ninguno de mis más secretos sentimientos... No comprendo, Milady, que una dama dotada de tal hermosura e ingenio, de tantas cualidades como hubiera podido estimar un hombre, haya podido entregarse a un Príncipe que sólo admira en ella los dones de su sexo, y no se avergüence luego de ofrecer a otro su corazón.

MILADY.- (Le mira fijamente y con dignidad.) Acabe V.

FERNANDO.- Dice V. que es inglesa... permítame V.; no puedo creerlo. La libre hija del pueblo más libre de la tierra, asaz altivo para incensar ni aun las virtudes de los

extraños, no hubiera podido doblegarse nunca a sus vicios. No, no es posible que sea V. inglesa, o su corazón es tan mezquino, como altivo y grande el de los ingleses.

MILADY.- ¿Ha concluido V.?

FERNANDO.- Tal vez contestaría alguien, que esto es efecto de la vanidad femenina... de la pasión... del temperamento y el amor a los devaneos; que con frecuencia, la virtud sobrevivió al honor... que mujeres hubo, las cuales, después de haber salvado los límites del decoro, se reconciliaron con el mundo por medio de honradas acciones, y ennoblecieron su odioso oficio, haciendo noble uso del poder. Pero entonces ¿por qué el país se halla más agobiado que no lo fue jamás? Vaya esto en nombre del ducado... He dicho.

MILADY.- (Con dulzura y elevación.) Esta es la primera vez, Walter... que alguien se atreve a dirigirme tales palabras, y es V. el único hombre a quien quisiera contestar... Que rechace V. mi mano, lo estimo; que calumnie mi corazón, lo perdono; pero que lo haga V. seriamente, esto es lo que yo no creo. Quien osa ofender así a una mujer, a quien le bastaría una noche para perder a V., o está loco, o le atribuye un alma grande. Me achaca V. la ruina de la comarca. ¡Dios le perdone... Dios, que un día ha de colocarnos frente a frente, a V., a mí y al Príncipe... Mas puesto que ha provocado en mí a las inglesas, mi patria debe responder a semejantes reproches.

FERNANDO.- (Apoyado en su espada.) Siento curiosidad...

MILADY.- Oiga pues lo que jamás he confiado, ni confiaré a otro hombre más que a V. No soy, Walter, la aventurera que piensa ver en mí. Podría blasonar de pertenecer a una raza de príncipes, la desdichada raza de Tomás Norfolk que se sacrificó por María, reina de Escocia. A mi padre, primer chambelán del rey, se le acusó de mantener criminales relaciones con Francia, y fue condenado por el Parlamento, y luego decapitado. Todos nuestros bienes pasaron al fisco, y fuimos desterrados. Mi madre murió el día de la ejecución. Yo, que no tenía entonces más que catorce años, salí para Alemania con mi aya, un cofrecillo de joyas, y esta cruz de familia, que mi madre moribunda colgó de mi cuello con su postrer bendición. (FERNANDO se pone pensativo, y la mira con viveza. MILADY continúa con creciente emoción.) Enferma, sin nombre, sin apoyo, sin fortuna, huérfana, extranjera, me retiré a Hamburgo... No había aprendido más que un poco de francés... y otro poco de costura y a tocar el piano. Estaba habituada a comer en vajilla de oro, a dormir en cama de damasco, servida por diez criados, dóciles a mi voz, y rodeada de los obsequios de los grandes señores... Seis años transcurrieron llorando. Había vendido el último diamante, y acababa de morir el aya, cuando el destino trajo nuestro Duque a Hamburgo. Paseábame un día por las orillas del Elba y miraba correr el río, preguntándome si era más profundo que mis pesares... cuando el Duque me vio, siguióme, dio con mi casa, se echó a mis pies, jurando que me amaba... (Crece su agitación y continúa sollozando.) Todas las fascinadoras visiones de mi infancia se agolparon a mi mente... el porvenir se ofrecía sombrío, negro como la tumba y sin ningún consuelo... Mi corazón ardiente ansiaba otro... me abandoné al suyo. (Se retira.) Ahora, puede V. condenarme.

FERNANDO.- (Conmovido corre hacia ella y la detiene.) ¡Milady!... ¡Qué oigo, Dios mío!... Mis yerros son tales que no es posible el perdón.

MILADY.- (Vuelve e intenta serenarse.) Oiga V. más. El Príncipe, en verdad, había sorprendido mi indefensa juventud, pero la sangre de los Norfolk se reveló en mí: «¡Cómo, me decía, tú que has nacido princesa, te has convertido en concubina de un príncipe!» Luchaban en mi corazón la fatalidad y el orgullo, cuando el Príncipe me trajo aquí y ofrecióse a mis ojos terrible espectáculo. La sensualidad de los grandes, que como hiena insaciable persigue a sus víctimas con devorador apetito, había sido ya causa de terribles estragos en toda la comarca. Rompió los sagrados lazos del amor o de la fe conyugal, destruyó la tranquila dicha del hogar, emponzoñó más de un corazón inexperto. Muchachas hubo que maldijeron, en las convulsiones de su agonía, el nombre del seductor. En esto vine yo a interponerme entre el tigre y el cordero. En un momento de pasión, hice jurar al Príncipe que cesarían tales sacrificios humanos.

FERNANDO.- (Cruza la sala vivamente agitado.) Basta, Milady, basta.

MILADY.- A ese triste período, vimos suceder otro más triste todavía. Pululaba en la corte y el harem la escoria de Italia. Jugueteaban con el cetro ligeras parisienses, y el pueblo era la sangrienta víctima de sus caprichos. Cesó también su reinado; cayeron a mi presencia en el polvo; era yo más coqueta que todas ellas juntas. Con esto, cogí las riendas del gobierno de manos del voluptuoso tirano, adormecido con mis caricias. Entonces, por primera vez, fue gobernada humanamente tu patria, Walter, y se abandonó a mi poder confiadamente. (Pausa, durante la cual ella le contempla con ternura.) ¡Oh! ¿Por qué, el único hombre de quien no quisiera ser desconocida, me obliga a hacer mi propio elogio y a sacar a plaza mis ocultas virtudes? Walter, yo he abierto los calabozos y rasgado mil sentencias de muerte, y abreviado la espantosa perpetuidad de la pena de galeras. En incurables llagas destilé al menos unas gotas de refrigerante bálsamo. Cayeron a mi empuje poderosos criminales; más de una vez con una lágrima de cortesana gané la causa, ya perdida, de la inocencia. ¡Oh Walter!... ¡Cuán grato era para mí! ¡Con qué altivez mi corazón vencía los reproches de mi alcurnia! Y he aquí que ahora el hombre que debía recompensarme... el hombre que tal vez me concedía el destino, fatigado de sus crueles rigores, en compensación de mis pasados sufrimientos... este hombre, que en mis deseos ardientes acariciaba en sueños...

FERNANDO.- (Interrumpiéndola.) ¡Basta!... ¡Basta! Esto no entra en el pacto, Milady; debía V. justificarse de una acusación, y me convierte en un culpable... Excúseme V., le ruego, excuse V. a mi corazón que desgarran los remordimientos y la vergüenza.

MILADY.- (Asiéndole la mano.) ¡Ahora o nunca! Harto se mostró la heroína... fuerza es que ahora sientas el peso de sus lágrimas. (Con ternura.) Oye, Walter; si una desdichada, atraída por ti con irresistible y omnipotente fuerza, se te acercase con un corazón henchido de ardiente e inagotable amor... ¡y aun pronunciaste, Walter, la fría palabra de honor...! si esta miserable rendida al peso de su vergüenza..., fatigada del vicio..., redimida heroicamente por la voz de la virtud..., se arrojase en tus brazos (le abraza y le conjura solemnemente)... si tú debieras salvarla y devolverla al cielo, o si (volviendo el rostro y en tono amenazante) forzada a huir de ti, y obedeciendo a la voz terrible de la desesperación, debiese sumergirse con mayor afán en las profundidades del vicio...

FERNANDO.- (Desasiéndose y cortado.) No, ¡por Cristo!... no puedo soportar esto... Milady... fuerza es... el cielo y la tierra lo ordenan... fuerza es que haga a usted una confesión.

MILADY.- (Alejándose de él.) Pero no ahora... no ahora... por lo que hay más sagrado en el mundo... no, en este espantoso momento, en que mana sangre mi corazón, desgarrado por mil puñales. Ya sea la muerte, ya la vida, no me atrevo... no quiero oírlo.

FERNANDO.- Sin embargo, es preciso que me oiga V., querida Milady. Lo que voy a decir desvirtuará mi falta y me servirá de excusa por lo ocurrido. Confieso que me he equivocado con respecto a V., Milady... Creía... deseaba... hallarla a V. digna de mi desprecio. He venido aquí firmemente resuelto a ofenderla y a merecer su odio. ¡Cuánto mejor fuera para ambos, que hubiera sido así! (Calla un momento y continúa con timidez.) Amo... Milady... amo a una muchacha de pobre condición... Luisa Miller, la hija de un músico. (MILADY vuelve el rostro y palidece; él continúa hablando con mayor viveza.) No ignoro en qué abismo me precipito, pero si la prudencia impone silencio a la pasión, el deber habla más alto. Yo soy el culpable; yo, quien le he arrebatado la paz de la inocencia; yo, quien meciendo su alma con exageradas esperanzas, la entregué pérfidamente como víctima a impetuosas pasiones. Sin duda que me recordará V. mi condición, mi cuna, los principios de mi padre... pero amo... mi esperanza se alza con tanta mayor violencia, cuanto más bajo cayó la naturaleza bajo el peso de los respetos sociales... Mi resolución ha de combatirlos... Veremos quién triunfará de los dos, si la moda o la humanidad. (Durante este tiempo, MILADY se retira a un extremo del salón, ocultando el rostro entre las manos. Él la sigue.) ¿Desea V. decirme algo, Milady?

MILADY.- (Con profunda aflicción.) Nada, caballero, nada, sino que nos arrastra V. a un abismo, a V., a mí, y a una tercera persona.

FERNANDO.- ¡A una tercera persona!

MILADY.- Juntos, no podemos ser felices; seremos, por tanto, víctimas de la precipitación de su padre de V., porque yo no poseeré jamás el corazón de un hombre que me da su mano por fuerza.

FERNANDO.- Por fuerza, Milady... sí, la doy por fuerza, pero la doy. ¿Podrá V. exigir la mano sin el corazón?... ¿arrebatarse a una niña el hombre que es para ella el mundo entero, y a ese hombre una mujer que es para él el mundo entero? V., Milady, V... que era ha un instante aquella sublime inglesa... ¿podrá...

MILADY.- Debo hacerlo. (Con energía y gravedad.) Mi pasión, Walter, cede al cariño que le tengo; pero mi honor, no. Ya en toda la comarca no se habla de otra cosa que de nuestro enlace, y todos dirigen hacia mí sus miradas y sus burlas. Si un vasallo del Príncipe rehúsa mi mano, la afrenta que recibo es irreparable... Arréglese como pueda con su padre de V. para salir del apuro del modo que le parezca mejor... lo que es por mí, arda Troya.

(Se va. EL MAYOR se queda inmóvil y sin decir palabra; luego se va por el otro lado.)

Escena IV

La casa del músico.

MILLER.- Su MUJER.- LUISA.

MILLER.- (Muy agitado.) ¡Lo que dije!

LUISA.- (Con ansiedad.) ¿Qué, padre mío? ¿Qué?

MILLER.- (Corriendo como un loco, de aquí para allá.) ¡A ver!... la ropa de fiesta... pronto... necesario es que yo le prevenga... Mi camisa con puños... Ya me lo figuré desde un principio...

LUISA.- Por Dios, ¿qué?

LA MUJER.- ¿Qué pasa?... ¿Qué hay?

MILLER.- (Echando al suelo la peluca.) Aprisa... id por un peluquero... ¿Qué hay? (Corriendo al espejo.) Y no está poco crecida mi barba... ¿Qué hay? ¡Pues qué ha de haber, desollada! Que el diablo anda suelto y todo va a recaer sobre ti.

LA MUJER.- Vaya... ya estamos... yo pago siempre los platos rotos.

MILLER.- Y claro que sí, charlatana... ¿Pues quién ha de ser sino tú? Esta mañana con aquel endiablado caballero... ¿no te lo dije?... Wurm ha cantado.

LA MUJER.- ¿Conque esto es?... ¿y por dónde lo sabes tú?

MILLER.- ¿Por dónde?... A la puerta aguarda un tuno de casa el ministro que pregunta por el maestro.

LUISA.- ¡Yo muero!

MILLER.- Y tú con estos ojuelos de vellosilla. (Riendo con dolor.) Bien dice el proverbio: «Cuando pare el diablo en una casa, pare hembra...» verdad.

LA MUJER.- ¿Pero cómo sabes que se trata de Luisa? Tal vez alguien te ha recomendado al Duque, y te quiere para su orquesta.

MILLER.- (Coge el bastón.) Así lloviera sobre ti el azufre de Sodoma... ¡La orquesta!... Sí, alcahueta; tú chillarás las notas agudas y mi bastón las de bajo... (Se echa sobre una silla.) ¡Dios mío!

LUISA.- (Se sienta pálida como la muerte.) Padre, madre, ¡qué susto me da!

MILLER.- (Levantándose.) Te juro que si ese chupatintas se pone al alcance de mi mano, si acierta a pasarme por delante... en ese mundo o en el otro... le he de moler las costillas y el alma. Ya verás cómo le estampo en las espaldas los mandamientos de la ley de Dios, y el Padre nuestro, y todos los libros de Moisés, de modo que hasta el día de la Resurrección se vea la traza de...

LA MUJER.- ¡Así... así!... jura y alborota el cotarro... Así se espanta al diablo. ¡Dios mío, ayúdanos! ¡Cómo saldremos de este enredo!... ¿qué haremos?... ¿qué partido vamos a tomar?... Habla, di, Miller... (Corre de aquí para allá gimoteando.)

MILLER.- Yo me voy ahora a ver al ministro; yo mismo le hablaré y le diré... Tú sabías esto antes que yo, y hubieras podido advertirme. Entonces tal vez se hubiera convencido la muchacha... estábamos a tiempo todavía. Pero no; se dejó prender en las redes, y tú echaste leña al fuego. Ahora, cuidadito con la piel, y con tu pan te lo comas. Yo cargo con la niña y me la llevo a la frontera.

Escena V

FERNANDO, sale muy asustado y sin aliento.- Dichos.

FERNANDO.- ¿Ha venido mi padre?

(Los tres personajes siguientes intervienen a un tiempo.)

LUISA.- (Con espanto.) ¡Su padre!... ¡Dios poderoso!

LA MUJER.- (Juntando las manos.) ¡El Presidente! Estamos aviados.

MILLER.- (Riendo amargamente.) ¡Alabado sea Dios!... ¡Alabado sea Dios!... Ya empieza la danza.

FERNANDO.- (Corre hacia LUISA y la estrecha contra su corazón.) Eres mía, mas que le pese al cielo y al infierno.

LUISA.- Soy muerta... Habla; has pronunciado una palabra terrible. Tu padre...

FERNANDO.- Nada, nada, se acabó. Tú eres mía, y yo soy tuyo de nuevo. Déjame tomar aliento en tus brazos... ¡Oh qué terrible instante!

LUISA.- ¿Cuál?... me estás matando.

FERNANDO.- (Retrocede y la contempla con expresión.) Ha habido un momento en que una persona extraña se ha interpuesto entre ambos y en que mi amor palideció ante mi conciencia. Mi Luisa cesaba de serlo todo para su Fernando. (LUISA cae en una silla y oculta el rostro. FERNANDO corre hacia ella, la contempla sin decir palabra, y se aparta de repente.) No; nunca; imposible. Es harto pedir, Milady, que yo te sacrifique esta inocente niña. No; por Dios vivo; no puedo violar el juramento que hice, y que relampaguea en sus lánguidos ojos, como el rayo del Señor. Vedla, Milady, vedla, ¡oh padre cruel! ¿Habré de matar a ese ángel? ¿arrojaré al infierno a esta alma celestial? (Con firmeza.) Al cielo he de llevarla, y si mi amor es crimen júzguelo Dios. (La coge por la mano y la levanta.) ¡Valor, amada mía! venciste; vuelvo victorioso del más temible combate.

LUISA.- No, no; nada me ocultes; pronuncia la tremenda sentencia. Hablaste de tu padre y de Milady... Siento el calofrío de la muerte... Dicen que va a casarse...

FERNANDO.- (Cayendo a los pies de LUISA) Conmigo, desdichada.

LUISA.- (Pausa; con voz temblorosa y penosa calma.) ¡Sea!... ¿Por qué tiemblo? Harto me lo había dicho el buen viejo... y nunca quise creerle... (Pausa. Se echa sollozando en brazos de MILLER.) Padre, vuelvo a tus brazos... Perdóname, padre mío... ¿Qué culpa tengo yo de que este sueño fuera tan bello, y tan terrible el despertar?

MILLER.- ¡Luisa!... ¡Luisa! ¡Oh Dios! está fuera de sí... ¡Hija mía; pobre hija mía!... ¡Maldito sea el seductor!... ¡Maldita la mujer que hizo de tercera!

LA MUJER.- (Se echa gimiendo en brazos de LUISA.) Di, hija mía, si he merecido esta maldición. ¡Dios le perdone a V., caballero! ¿Qué le hizo a usted este cordero para estrangularle así?

FERNANDO.- (Lanzándose hacia ella con resolución.) Sí, quiero dar al traste con semejantes cábalas y romper las cadenas de la preocupación! Yo elegiré libremente como me acomode; han de temblar los viles ante la obra gigantesca de mi amor. (Hace que se va.)

LUISA.- (Le sigue.) Aguarda, aguarda. ¿A dónde quieres ir? Padre... madre mía... nos abandona en tales angustias.

LA MUJER.- (Corre hacia él y le detiene.) Vendrá el Presidente aquí y maltratará a nuestra hija y nos maltratará a nosotros, señor Walter... ¿y nos abandona V.?

MILLER. -(Riendo, enfurecido.) ¡Nos abandona!... ¿Por qué no?... Ella le sacrificó cuanto posee. (Coge al Mayor y a Luisa por las manos.) Paciencia, caballero. De mi casa no se sale, sino así... Aguarda a tu padre, si no eres un malvado, y cuéntale cómo te has insinuado en el corazón de mi hija, ¡traidor!... o vive Dios que (echándole a su hija con violencia) será necesario que aplastes antes a esa muchacha, deshonrada por amor a ti.

FERNANDO.- (Vuelve y se pasea pensativo.) Verdad que la autoridad del Presidente es grande... y el derecho del padre una gran palabra... hasta el crimen puede ocultarse en esa palabra...; él puede extremar las cosas... pero no hará más que llevar también al extremo mi

amor por ti... Ven, Luisa; dame la mano. (La coge con fuerza.) Tan cierto que no ha de abandonarme Dios en la hora de la muerte... el instante que separe estas manos, será el último de mi vida.

LUISA.- Me das miedo, no me mires; tiemblan tus labios, ¡qué terrible mirada!

FERNANDO.- No, Luisa, no tiembles. No habla por mi boca la locura, sino la firmeza, precioso don del cielo que en un momento decisivo liberta con inusitada fuerza al alma oprimida. Te amo, Luisa; serás mía, Luisa. Voy ahora en busca de mi padre. (Se va precipitadamente y se encuentra con éste.)

Escena VI

El PRESIDENTE con numeroso séquito de criados.- Dichos.

EL PRESIDENTE.- (Sale.) ¡Aquí está ya! (Estupor general.)

FERNANDO.- (Dando un paso atrás.) En la casa de la inocencia.

EL PRESIDENTE.- Donde aprende el hijo a desobedecer al padre.

FERNANDO.- Permítenos, no obstante...

EL PRESIDENTE.- (Interrumpiéndole.) (A MILLER.) ¿Es V. el padre?

MILLER.- Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE.- (A la mujer.) ¿Y V. la madre?

LA MUJER.- ¡Ay de mí!... Sí señor; la madre.

FERNANDO.- (A MILLER.) Llévese a V. a su hija; va a ponerse mala.

EL PRESIDENTE.- Es inútil, porque mandaré llamarla. (A LUISA.) ¿Cuánto tiempo hace que conoce V. al hijo del Presidente?

LUISA.- Nunca me informé de quién fuese su padre. De noviembre acá que Fernando de Walter me corteja.

FERNANDO.- Diga V. que la adoro.

EL PRESIDENTE.- ¿Le hizo a V. alguna promesa?

FERNANDO.- La más solemne de todas, hace un momento ante Dios.

EL PRESIDENTE.- (Colérico, a su hijo.) Ya te haremos confesar luego tu locura. (A LUISA.) Aguardo su respuesta.

LUISA.- Ha jurado amarme.

FERNANDO.- Y cumplirá su juramento.

EL PRESIDENTE.- ¡Que calles, te digo!... ¿Aceptó V. esa promesa?

LUISA.- (Con ternura.) Hice otra igual.

FERNANDO.- (Con entereza.) La alianza está firmada.

EL PRESIDENTE.- He de echar fuera el eco. (A LUISA con malignidad.) ¿Y siempre le pagó a V. al contado?

LUISA.- (Atenta.) No comprendo.

EL PRESIDENTE.- (Con despreciativa sonrisa.) Pues... quiero decir tan sólo... todo oficio se paga... supongo que V. no concederá gratuitamente sus favores...; tal vez sólo ha recibido V. alguna suma anticipada...

FERNANDO.- (Furioso.) ¡Mil rayos!... ¿Qué significa eso?

LUISA.- (Al MAYOR con dignidad.) Señor Walter, desde este momento es V. libre.

FERNANDO.- Padre, la virtud impone siempre respeto, aun bajo el vestido de la miseria.

EL PRESIDENTE.- (Soltando la carcajada.) Graciosa pretensión. ¡Obligar al padre a que respete a la manceba de su hijo!

LUISA.- (Cayendo al suelo.) ¡Oh cielos!

FERNANDO.- (Se dirige al PRESIDENTE, espada en mano, pero la inclina al suelo luego.) Padre, me diste la vida; estamos en paz. (Envaina la espada.) Se ha roto todo lazo entre ambos.

MILLER.- (Que hasta entonces ha permanecido retirado, se adelanta furioso, ora rechinando los dientes, ora temblando de ansiedad.) Excelencia... el hijo es obra del padre... hablando con el debido respeto... Quien llama a la hija perdida, le da un bofetón al padre... y aquí se devuelve bofetón por bofetón... este es el precio entre nosotros... hablando con el debido respeto...

LA MUJER.- ¡Socorrednos, Señor! Ahora se enoja ese. La borrasca va a caer sobre todos nosotros.

EL PRESIDENTE.- (Que sólo ha entendido a medias.) ¿Con que el tercero también echa su cuarto a espadas?... Sólo le diremos a V. una palabra, señor alcahuete.

MILLER.- Hablando con el debido respeto... me llamo Miller... Si Vuecencia desea oír un adagio... pero en galanteos no entro yo... Mientras la corte explote tal privilegio, ese tráfico no tendrá que ver con nosotros... hablando con el debido respeto.

LA MUJER.- ¡Por Dios! que estás perdiendo a tu mujer y a tu hija.

FERNANDO.- Estás haciendo un papel, padre mío, para el cual bien podías pasarte de testigos.

MILLER.- (Se acerca a él con más ánimo.) Esto es alemán inteligible... hablando con el debido respeto. Vuecencia gobierna y administra el ducado, pero esta es mi casa! Millones de gracias el día en que pida algo a Vuecencia, pero a un visitante mal criado, yo... le planto en la calle, hablando con el debido respeto.

EL PRESIDENTE.- (Pálido de cólera.) ¿Cómo?... ¿Qué dice V.? (Se acerca a él.)

MILLER.- (Se retira un poco.) Señor, esta es mi opinión... hablando con el debido respeto.

EL PRESIDENTE.- (Colérico.) ¡Ah tunante! Tu opinión te conducirá a la cárcel... Ea... que vayan por los alguaciles. (Algunos criados se van. EL PRESIDENTE se pasea enfurecido.) El padre a la cárcel, y la madre a la argolla con esa moza. La justicia armará mi cólera. He de tomar terrible satisfacción de esta ofensa... Pues no faltaba más sino que esta canalla destruyera mis planes e indispusiera al padre con el hijo!... ¡Ah, maldita gente!... He de cebar mi odio en vuestra ruina. Toda la raza, padre, madre, hija, será sacrificada a mi venganza.

FERNANDO.- (Adelantándose entre ellos, con calma.) Nada temáis, yo estoy aquí. (Al PRESIDENTE en tono de sumisión.) No te precipites, padre mío. Si algún afecto me tienes, no uses de la violencia. Hay un rincón en mi alma, donde no penetró todavía el nombre de padre... no te extiendas hasta él.

EL PRESIDENTE.- Cállate, y no aumentes mi cólera.

MILLER.- (Saliendo de profundo estupor.) Vela por tu hija, mujer... Corro en buscad el Duque... El sastre de la corte... Dios me ha inspirado esa idea, seguramente... el sastre de la corte aprende la flauta conmigo... No dejaré de llegar hasta el Duque. (Intenta irse.)

EL PRESIDENTE.- Hasta el Duque, dices. ¿Pero has olvidado que yo soy la puerta por donde se debe pasar, o romperse el alma? ¡Hasta el Duque, imbécil!... Inténtalo cuando estés enterrado vivo en un calabozo, oscuro como el infierno, donde no veas la luz ni

sientas el menor ruido. Podrás exclamar entonces, al son de tus cadenas: merecido me lo tengo.

Escena VII

Los ALGUACILES.- Dichos.

FERNANDO.- (Corre hacia LUISA que cae desmayada en sus brazos.) ¡Luisa! ¡socorredla! ¡salvadla!... El susto la mata. (MILLER coge el bastón, se cala el sombrero, y se dispone a defenderse. La mujer se echa a los pies del PRESIDENTE.)

EL PRESIDENTE.- (A los alguaciles, mostrándoles sus insignias.) Favor a la justicia, en nombre del Duque. Muchacho, deja a la niña. Esté o no desmayada, ya despertará a pedradas cuando se vea con la argolla al cuello.

LA MUJER.- ¡Misericordia, Excelencia, misericordia, misericordia!

MILLER.- (Alzando a su mujer.) De rodillas ante Dios, zorra, llorona..., y no delante de estos miserables; ¡de todos modos me han de prender!

EL PRESIDENTE.- (Mordiéndose los labios.) Mira no te engañes, perillán. Aún hay sitio vacante en la horca. (A los alguaciles.) ¿Habré de deciroslo de nuevo? (Los alguaciles se dirigen a LUISA.)

FERNANDO.- (Colocándose delante de ella, colérico.) A ver quién da un paso. (Tira de la espada y se defiende con la empuñadura.) Nadie se atreva a tocarla, si no se ha jugado la cabeza... (Al PRESIDENTE.) No pases adelante, padre, por consideración a ti mismo.

EL PRESIDENTE.- (En tono de amenaza, a los alguaciles.) Cobardes!... si algo os importa ganar vuestro pan... (Los alguaciles se acercan de nuevo a LUISA.)

FERNANDO.- Atrás, con cien mil diablos, repito. Ten compasión de ti mismo, padre; no me apures.

EL PRESIDENTE.- (Enfurecido.) ¡Así cumplís con vuestro deber, miserables! (Los alguaciles se adelantan con mayor ardor.)

FERNANDO.- Sea; ya que es fuerza... (Tira de la espada, e hiere algunos hombres.) Que la justicia me perdone.

EL PRESIDENTE.- (Lleno de cólera.) Veamos si me alcanza a mí tu espada. (Coge él mismo a LUISA y la confía a un sargento.)

FERNANDO.- Padre, padre..., ¡Horrible sarcasmo contra la Divinidad, que tan poco ha comprendido la naturaleza de sus criaturas, que hizo de un gran ayudante de verdugo, un mal ministro.

EL PRESIDENTE.- (A los suyos.) Lleváosla.

FERNANDO.- Padre; irá a la argolla, pero con el Mayor, el hijo del Presidente... ¿Persistes todavía?

EL PRESIDENTE.- Así será más chusco el espectáculo. ¡Afuera!

FERNANDO.- Coloco sobre esta niña mi espada de oficial. ¿Persistes todavía?

EL PRESIDENTE.- Un hombre que va a la argolla, no debe guardar su espada. En marcha; ya sabéis mi resolución.

FERNANDO.- (Arranca a LUISA de manos de los guardias y la amenaza con la espada.) Antes de permitir que deshonres a mi esposa, la mataré. ¿Persistes todavía?

EL PRESIDENTE.- Hazlo, si tan aguda es la espada.

FERNANDO.- (Deja a LUISA, y mira al cielo con terrible ademán.) ¡Dios poderoso! tú eres testigo de que empleé todos los medios humanos... voy a ensayar uno, realmente diabólico... Mientras la envías a la argolla (al oído del PRESIDENTE) contaré en la Embajada cierta historia que se titula: De cómo se llega a Presidente.

EL PRESIDENTE.- (Como herido del rayo.) ¿Qué? ¡Fernando!... ¡Soltadla! (Corre tras EL MAYOR.)

Acto III

Escena primera

Un salón en casa del PRESIDENTE.

EL PRESIDENTE.- El Secretario WURM.

EL PRESIDENTE.- Mal negocio es este, en verdad.

WURM.- Lo que yo temía, señor. La opresión irrita, sin convertirlas, a las naturalezas exaltadas.

EL PRESIDENTE.- ¡Cuánta confianza tenía en este proyecto! Me decía: cuando la niña esté deshonrada, él, en su calidad de oficial, se verá obligado a retirarse.

WURM.- Claro que sí, mas para esto era necesario primero deshonrarla.

EL PRESIDENTE.- Sin embargo, ahora que reflexiono serenamente sobre lo ocurrido, veo que no debía permitir que se me impusiera. Nunca pudo dirigirme en serio semejante amenaza.

WURM.- No lo crea Vucencia. La pasión irritada no retrocede ante ninguna locura. Vucencia mismo me habló de la falta de respeto del Mayor y de la resistencia que oponía a ser dirigido. Ya lo creo. Las ideas que ha mamado en la Academia no me complacen del todo ciertamente. Porque, vamos a ver, ¿qué valen estos fantásticos sueños de grandeza de alma y nobleza personal en una corte, entre gentes, cuya mayor sabiduría debe consistir sin duda en humillarse y engrandecerse hábilmente según las ocasiones? Es muy joven y arrebatado todavía para resignarse a subir por el camino lento y tortuoso de los amaños, y sólo despertará su ambición, cuanto le parezca aventurado y grande.

EL PRESIDENTE.- (Con enfado.) ¿Qué tienen que ver tales observaciones con nuestro asunto?

WURM.- Señalan la herida y tal vez el remedio. Nunca, en ningún caso era oportuno, permítame Vucencia que se lo diga, tomar por confidente a un hombre de ese carácter, o convertirle en enemigo. Mira con horror los medios de que se valió Vucencia para encumbrarse. La piedad filial ha detenido tal vez hasta ahora la lengua del traidor, pero dele Vucencia ocasión de soltarla... y veremos. Si Vucencia combate con mano fuerte sus pasiones, y le da lugar a creer que cesó de ser para él un padre tierno, triunfarán en su ánimo sus deberes de buen ciudadano. ¡Vaya que fue capricho ofrecer a la justicia víctima tal, bastante por sí sola para arrastrar a su pérdida a su mismo padre.

EL PRESIDENTE.- ¡Wurm! ¡Wurm!... V. me lleva al borde de un abismo.

WURM.- Yo sacaré a Vucencia de él. ¿Puedo hablar con libertad?

EL PRESIDENTE.- (Sentándose.) Como un condenado a su compañero de condena.

WURM.- Entonces, perdóneme Vucencia. ¿No debe Vucencia a la flexibilidad del cortesano la posición de presidente? pues ¿por qué no usar de la misma como padre? Recuerdo todavía con qué cordialidad invitó Vucencia a una partida de juego a su predecesor y a beber una botella de Borgoña, departiendo amigablemente, la misma noche en que debía volar la mina y saltar por los aires el buen hombre. ¿Por qué revelará Fernando el nombre del rival? Nunca debió saber que yo conocía sus amores. Bien pudo Vucencia dirigirse a la niña para ir destruyendo sordamente esa novela, y conservar al propio tiempo el afecto de Fernando. Con esto obraba como el general prudente que no ataca al enemigo en el corazón de su ejército, sino que siembra la discordia en las filas.

EL PRESIDENTE.- ¿Y cómo hacerlo?

WURM.- Del modo más sencillo. No se perdió la partida todavía. Reprima Vucencia por algún tiempo el afecto de padre, sin intentar medirse con una pasión, que no hará más que crecer con los obstáculos, y déjeme a mí el cuidado de empollar el gusano que ha de roerla.

EL PRESIDENTE.- Curioso estoy...

WURM.- O yo comprendo mal el barómetro del alma, o los celos de Fernando son tan terribles como su amor. Hagamos nacer las sospechas... verosímiles o no. Basta una miajita de levadura para que fermente y se destruya todo.

EL PRESIDENTE.- ¿Pero dónde hallaremos la levadura?

WURM.- Ya estamos. Ante todo, dígame, ¿qué riesgo corre como se prolongue la obstinación del Mayor? ¿qué importancia tiene para Vucencia que se termine esa novela con la muchacha, o se concluya el enlace con lady Milford?

EL PRESIDENTE.- ¿Y me lo preguntas, Wurm? Pierdo mi influencia si no se casa con Milady, y arriesgo mi vida si fuerzo la voluntad del Mayor.

WURM.- (Alegremente.) Entonces, hágame el favor de escucharme. Con el mayor emplearemos la astucia; con la niña, el poder. Le dictamos un billete amoroso dirigido a una tercera persona, y hacemos luego que caiga en manos del muchacho.

EL PRESIDENTE.- ¡Qué locura! ¡Como si ella pudiera resolverse tan pronto a firmar su sentencia de muerte!

WURM.- Lo hará, si puedo yo manejarme libremente. Conozco a fondo su excelente corazón, que tiene dos puntos vulnerables; por ellos asaltaremos su conciencia; el uno, el amor a su padre; el otro, el amor a Fernando. Damos de lado a éste, y obramos así con más osadía por lo que respeta al músico.

EL PRESIDENTE.- Veamos.

WURM.- Por lo que Vucencia me contó de lo ocurrido en la casa, nada tan fácil como amenazar al padre con una causa criminal. En cierto modo, la persona del privado y guardasellos es la representación del Príncipe; ofender a uno, es atentar a la majestad del otro. Por lo menos yo, con ese espantajo que me encargo de ajustar, hago pasar al pobre diablo por el ojo de una aguja.

EL PRESIDENTE.- Pero la causa no podría formalizarse.

WURM.- Ni mucho menos... sólo lo bastante para poner en apuros a la familia. Ponemos a la sombra al padre, y si a mano viene, para aumentar la inquietud, a la madre también; luego se amenaza con la acusación capital, el cadalso, la prisión perpetua, y

establecemos por condición única, para alcanzar la libertad, que la muchacha escriba la carta.

EL PRESIDENTE.- Bien, bien, comprendo.

WURM.- Ella ama a su padre con pasión, por decirlo así... Viéndole en peligro de perder la vida, o cuando menos la libertad...; atenta a los reproches de su conciencia...; en la imposibilidad de poseer al Mayor...; luego, perturbada, de lo cual me encargo... no falla; caerá en el garlito.

EL PRESIDENTE.- Pero mi hijo lo sabrá todo al instante, y se pondrá más furioso que nunca.

WURM.- Descuide Su Excelencia. No se pondrá en libertad ni al padre, ni a la madre, sin haber hecho jurar antes a toda la familia que guardarán el secreto y que confirmarán nuestra superchería.

EL PRESIDENTE.- ¡Un juramento! ¿Y qué podemos esperar de un juramento, imbécil?

WURM.- Nada, si se tratara de nosotros; todo, de esa ralea de gente... Vea Vucencia cómo de ese modo alcanzamos todos nuestro objeto. La niña pierde el amor de Fernando, y la reputación. El padre y la madre van resignándose poco a poco, subyugados por una aventura de esa especie, y al fin les parecerá en mí un acto de conmiseración el rehabilitar a su hija, ofreciéndole mi mano.

EL PRESIDENTE.- (Riendo y moviendo la cabeza.) ¡Ah pícaro!... Me confieso vencido... Ardido de una sutileza satánica, a fe mía... El discípulo sobrepuja al maestro. Sepamos ahora a quién debe dirigirse el billete. ¿Con quién haremos que sospechen que tiene tratos?

WURM.- Necesariamente con uno que deba ganarlo todo, o perderlo todo con la resolución de Fernando.

EL PRESIDENTE.- (Después de reflexionar un instante.) Sólo conozco al Mariscal, para el caso.

WURM.- (Encogiéndose de hombros.) No me enamoraría mucho que digamos, si fuera yo Luisa Miller.

EL PRESIDENTE.- ¿Y por qué no? Te admiro, a fe. Deslumbradores trajes... oliendo a almizcle y a esencias..., por cada necia palabra, un puñado de oro... ¿no basta eso para corromper la delicadeza de una muchacha de baja estofa? ¡Ay amigo!... Los celos no reparan en pelillos... Mando buscar al Mariscal. (Llama.)

WURM.- Mientras Vucencia le habla y enjaula al músico, voy a extender el billetito.

EL PRESIDENTE.- (Se acerca al pupitre.) Me lo traerás cuando esté concluido.
(WURM se va. EL PRESIDENTE se sienta a la mesa. Sale un criado. EL PRESIDENTE se levanta y le da un papel.) Inmediatamente, esta orden de prisión al tribunal, y vaya otro a decir al Mariscal que tenga la bondad de venir aquí.

EL CRIADO.- Su Excelencia se apea del coche en ese instante.

EL PRESIDENTE.- Mejor que mejor. Dirás que sean ejecutadas sus órdenes con precaución y sin hacer ruido.

EL CRIADO.- Está bien.

EL PRESIDENTE.- ¿Oyes?... sin ruido.

EL CRIADO.- Está bien.... (Se va.)

Escena II

EL PRESIDENTE.- EL MARISCAL de la corte.

EL MARISCAL.- (Con trazas de estar muy atareado.) En passant entré, caro amigo. ¿Cómo va?... ¿Qué tal?... Esta noche... la grande ópera Dido... fuegos artificiales magníficos... toda una ciudad incendiada... ¿V. irá a ver el incendio, verdad?

EL PRESIDENTE.- Bastantes fuegos artificiales tengo en casa, que amenazan arrojar por los aires mi poder... Llega V. en la mejor ocasión, Mariscal, para darme un consejo, y ayudarme en una empresa que puede llevarnos adelante a ambos o arruinarnos completamente. Siéntese V.

EL MARISCAL.- Me asusta V., mi buen amigo.

EL PRESIDENTE.- Pues, como decía..., llevarnos adelante o arruinarnos del todo. V. conoce mi proyecto de boda de Milady con el Mayor, y comprende V. que es indispensable para asegurar la fortuna de ambos... Pues todo va a llevárselo la trampa, Kalb; Fernando no quiere.

EL MARISCAL.- ¡Cómo que no quiere! ¡Cómo que no quiere!... Si he anunciado la boda a toda la corte... y no se habla de otra cosa.

EL PRESIDENTE.- Pues corre V. el riesgo de pasar a los ojos de todos por un atolondrado... Ama a otra.

EL MARISCAL.- Se burla V. ¿Y qué obstáculo es ese?

EL PRESIDENTE.- Para aquel testarudo un obstáculo invencible.

EL MARISCAL.- Pero ¿cómo?... ¿Será tan loco que así dé un puntapié a la fortuna?

EL PRESIDENTE.- Pregúnteselo V. y ya verá lo que contesta.

EL MARISCAL.- Pero, ¡mon Dieu! ¿qué puede contestar?

EL PRESIDENTE.- Que está resuelto a denunciar al mundo entero el crimen con el cual nos encubramos, exhibir nuestros falsos documentos, y entregarnos a los dos a la justicia...; esto puede contestar.

EL MARISCAL.- ¿Está V. loco?

EL PRESIDENTE.- Esto ha contestado, y estaba ya dispuesto a ejecutarlo. Con pena he logrado disuadirle, prometiéndole absoluta sumisión. ¿Qué dice V. a esto?

EL MARISCAL.- (Atontado.) Digo que no lo entiendo.

EL PRESIDENTE.- Pase esto; hay más. Mis espías acaban de anunciarme que el copero mayor, Bock, debe pedir la mano de Milady.

EL MARISCAL.- ¿Pero V. me vuelve loco? ¿Qué está V. diciendo? ¿Bock?... ¿qué está V. diciendo? ¿Sabe V. que somos mortales enemigos? ¿Sabe V. por qué?

EL PRESIDENTE.- Esta es la primera noticia.

EL MARISCAL.- Amigo, va V. a saberlo, y a buen seguro que se estremecerá V.: V. recordará el baile de la corte... hace de esto como veinte y un años... V. sabe... el baile aquel en que se danzó a la inglesa por primera vez, y el conde de Meerschaum se fue con el dominó hecho una lástima con las gotas de cera ardiendo que caían de las arañas... ¡si debe V. acordarse!...

EL PRESIDENTE.- ¿Quién puede olvidar tamañas cosas?

EL MARISCAL.- Ahora viene lo bueno. ¿Ve V?... Con la agitación de la danza, la princesa Amalia perdió la liga... Todos, como V. ya puede figurarse, nos pusimos en movimiento buscándola... Bock y yo, que éramos todavía gentil-hombres de cámara... recorrimos a gatas la sala entera buscando la liga... Al fin, la veo... Bock lo advierte... se echa sobre mí, me la arranca de las manos... ¿qué tal?... la presenta a la Princesa y me sopla las gracias... ¿qué tal, eh?

EL PRESIDENTE.- ¡Impertinente!

EL MARISCAL.- Y me sopla las gracias... Mire V., estuve a punto de enfermar. Nunca se vio maldad como esa. Por fin, me sereno, me acerco a Su Alteza, y le digo: Señora, Bock

ha sido bastante afortunado para presentar la liga a Vuestra Alteza Real, mas quien la encontró el primero, goza en silencio y se calla.

EL PRESIDENTE.- ¡Bravo, Mariscal, bravísimo!

EL MARISCAL.- Y se calla. Pero he de guardar odio eterno a Bock, hasta el día del juicio final... ¡Bajo y rastrero adulator!... Y no fue esto solo... Cabalmente cuando nos arrojamos al suelo en busca de la liga, Bock me echó encima los polvos del lado derecho de la peluca, y héteme confuso el resto del baile.

EL PRESIDENTE.- Y este será el hombre que casará con la Milford, y llegará a ser el primer personaje de la corte.

EL MARISCAL.- Me parte V. el corazón de una puñalada... Será... será... ¿Por qué? No veo qué necesidad haya de ello.

EL PRESIDENTE.- Porque mi Fernando no quiere, y no se presenta ningún otro.

EL MARISCAL.- ¿Pero no sabe V. modo de obligar al Mayor, por desesperado y extraño que sea? ¿Qué habrá desagradable en el mundo que no nos parezca excelente para echar a ese maldito Bock?

EL PRESIDENTE.- Sólo conozco un medio, y este depende de V.

EL MARISCAL.- ¿Depende de mí? y es...

EL PRESIDENTE.- Malquistar al Mayor con su amada.

EL MARISCAL.- ¿Malquistarle?... ¿Qué quiere V decir?... ¿Qué puedo hacer?

EL PRESIDENTE.- Todo se habrá salvado desde el momento en que le cieguen algunas sospechas con respecto a la niña.

EL MARISCAL.- Que sospeche que roba, por ejemplo.

EL PRESIDENTE.- ¡Ca... hombre!... ¡Cómo podría creerlo!... que mantiene relaciones con otro.

EL MARISCAL.- ¿Y este otro?

EL PRESIDENTE.- Sería V.

EL MARISCAL.- ¡Cómo!... ¿Yo?... ¿Es noble ella?

EL PRESIDENTE.- Esto poco importa. ¡Vaya una ocurrencia!... La hija de un músico.

EL MARISCAL.- Una niña del estado llano... Entonces, eso no puede ser... ¡Cómo!

EL PRESIDENTE.- ¡Cómo que no puede ser!... ¿Se burla V.? ¿A quién se le ocurre enterarse de la genealogía de una muchacha bonita?

EL MARISCAL.- Pero observe V... un hombre casado... ¿y mi reputación en la corte?

EL PRESIDENTE.- Esto es otra cosa. Perdone V. No sabía que fuera más importante para V. una reputación sin tacha, que tener influencia. Dobleemos la hoja.

EL MARISCAL.- Póngase V. en mi lugar, barón. No lo entendía así.

EL PRESIDENTE.- (Con frialdad.) No, no; le sobra a V. la razón. Fuera de que me siento fatigado y dejaré que ruede la bola. Mil parabienes al primer ministro Bock. Otros Estados hay en el mundo. Presentaré mi dimisión al Duque.

EL MARISCAL.- ¿Y yo? A V. fácil es hablar así... un sabio, pero yo... ¡mon Dieu! ¿qué soy, si Su Alteza me abandona?

EL PRESIDENTE.- Un dicho de ayer; la moda del año pasado.

EL MARISCAL.- ¡Oh caro! ¡oh queridísimo amigo! por Dios le ruego que abandone su propósito, y haré cuanto V. guste.

EL PRESIDENTE.- ¿Quiere V. prestar su nombre para un rendez-vous que dará a V. la Miller?

EL MARISCAL.- Juro a Dios que lo prestaré.

EL PRESIDENTE.- ¿Y dejará V. caer ese billete, en ocasión en que pueda verlo el Mayor?

EL MARISCAL.- En la parada, por ejemplo, donde podré soltarlo como por casualidad, sacándome el pañuelo del bolsillo.

EL PRESIDENTE.- Y se hará V. el enamorado delante del Mayor, ¿verdad?

EL MARISCAL.- ¡Mort de ma vie...! Ya verá V. cómo le caliento las orejas, y le enseño a ese caballerete el modo de birlarme la novia.

EL PRESIDENTE.- Eso marcha a maravilla. Hoy escribiremos el billete. Pásese V. por mi casa esa tarde a recogerlo, y a preparar el bromazo conmigo.

EL MARISCAL.- En cuanto haya hecho diez y seis visitas de mucha importancia. Perdone V. si me voy ahora. (Se va.)

EL PRESIDENTE.- (Llama.) ¡Mariscal!... Confío en su habilidad.

EL MARISCAL.- Ah! mon Dieu!... ya me conoce V.

Escena III

EL PRESIDENTE.- WURM.

WURM.- Ya están presos sin ruido el maestro y su mujer. ¿Vuecencia quiere leer la carta?

EL PRESIDENTE.- (Después de haberla leído.) Muy bien, muy bien, mi querido secretario... El Mariscal se tragó también el anzuelo. Veneno como ese, puede emponzoñar la misma salud. Ahora vete a disponer el ánimo del padre, y a calentarle los cascos a la niña. (Se van por diverso lado.)

Escena IV

Aposento en casa Miller.

LUISA.- FERNANDO.

LUISA.- Cesa, te ruego; ya no espero un solo día de felicidad; todas mis esperanzas han fallido.

FERNANDO.- Pues las mías han aumentado. Mi padre está furioso y va a dirigir contra nosotros todas sus baterías, con lo cual me forzaré a obrar como un hijo sin entrañas. ¿Qué me importa mi deber filial? La rabia y la desesperación me arrancarán el terrible secreto de su asesinato, y el hijo entregará al padre en manos del verdugo. El trance es extremo, como es, fuerza que sea, para decidir a mi amor a ese paso de gigante. ¡Oye, Luisa! Surge en mi ánimo un pensamiento grande, inmenso, como mi pasión. ¡Los dos unidos por el amor!... ¿No se halla en eso el cielo entero?... ¿Tienes necesidad de algo más?

LUISA.- Detente; ni una palabra más. Tiemblo de lo que vas a decir.

FERNANDO.- Si nada aguardamos del mundo, ¿a qué mendigar su sufragio? ¿por qué arriesgarse donde no hay nada que ganar, y mucho que perder? ¿No brillarán tus ojos con el mismo fulgor, reflejados en la corriente del Rhin, o del Elba, o del mar Báltico? Mi patria está para mí, donde mi Luisa me ame. La huella de tus pies en la arena del desierto, es de mayo precio para mí, que las catedrales de mi país. ¡Cómo echar de menos el esplendor de las ciudades! Donde quiera que vayamos, Luisa mía, hemos de ver salir y ponerse el sol; espectáculo ante el cual palidecen las maravillas del arte. No hemos de rogar a Dios en el templo, pero la noche extenderá en torno su religioso horror, y la mudable luna nos

exhortará a la penitencia, y una iglesia de estrellas rogará con nosotros. Serán interminables nuestros coloquios amorosos; sí, una sonrisa de mi amada puede dar asunto a ellos por un siglo. Hasta que sepa qué es de esta lágrima, durará el sueño de mi vida.

LUISA.- ¿Y no tienes otro deber que tu amor?

FERNANDO.- (Abrazándola.) El más sagrado consiste en alcanzar tu reposo.

LUISA.- (Con seriedad.) Entonces, cállate y déjame... Mi padre no posee más que a su hija única... mi padre, que mañana cumplirá sesenta años, y se ve perseguido por la venganza del tuyo.

FERNANDO.- (Con viveza.) Se vendrá con nosotros. Ya ves; no queda ya obstáculo alguno, querida Luisa. Corro a cambiar en oro, cuanto tengo de precioso, y tomaré al propio tiempo anticipada una cantidad de dinero de mi padre. Despojar al ladrón, es lícito; fuera de que ¿no son sus tesoros el precio de la sangre de la patria? Esta noche, a la una, vendrá un carruaje; os meto en él y huimos.

LUISA.- Seguidos de la maldición de tu padre... maldición esta, ¡insensato! que en los mismos labios del asesino es oída del cielo; maldición que ha de perseguirnos como sombra implacable, para echarnos de un mar a otro mar... No, amor mío. Si es fuerza cometer un crimen para que seas mío, me siento aún con fuerzas para perderte.

FERNANDO.- (Inmóvil, balbuceando con sombrío ademán.) ¿Verdad?

LUISA.- ¡Perderte!... ¡Qué horrible pensamiento!... Tan espantoso es que palideciera la misma dicha al concebirlo... ¡Fernando!... ¡Perderte!... Mas no se pierde sino lo que se ha poseído, y tú perteneces a tu condición. Mis pretensiones eran sacrílegas y las abandono temblando.

FERNANDO.- (Con el semblante demudado, y mordiéndose el labio inferior.) ¿Las abandonas?

LUISA.- No; mírame, querido Walter; no te muerdas el labio. Oye; deja que reanime con tu ejemplo tu espirante valor; deja que sea la heroína en esa crisis... y devuelva a los brazos de su padre al hijo extraviado, y renuncie a un enlace que hace imposible el estado de la sociedad, y que subvertiría el orden eterno, el orden general. Yo soy la culpable, yo, que concebí temerarios e insensatos deseos...; mi desgracia es mi castigo... Pero déjame la tierna y lisonjera ilusión de que soy yo quien hace un sacrificio. ¿Quieres enviarme esta dicha? (FERNANDO, distraído como está, coge colérico un violín, e intenta tocarlo. Luego rompe las cuerdas, echa al suelo el instrumento, y suelta una carcajada.) Walter... ¡Dios mío! ¿qué haces?... serénate... Ese instante reclama firmeza; es la hora de la separación... Eres hombre de corazón, querido Walter, lo conozco... Tu amor es ardiente como la vida; sin límites, como el infinito... Concédelo a noble y digna criatura... no tendrá que envidiar a las más felices. (Reprimiendo sus lágrimas.) No has de verme más... La pobre niña engañada en sus esperanzas, llorará su dolor entre cuatro paredes, sin que nadie cuide de sus lágrimas... Mi porvenir es vacío y muerte... pero de cuando en cuando, aspiraré todavía

las marchitas flores del pasado. (Vuelve el rostro y le tiende la mano temblorosa.) Adiós, señor Walter.

FERNANDO.- (Volviendo en sí.) Voy a fugarme, Luisa. ¿De veras no quieres seguirme?

LUISA.- (Se sienta en el fondo y oculta el rostro entre las manos.) Mi deber me ordena quedarme y sufrir.

FERNANDO.- Me engañas, sierpe; alguna otra razón te encadena aquí.

LUISA.- (Con profundo dolor.) Créalo V. al menos; esto le hará quizá menos desgraciado.

FERNANDO.- ¡El glacial deber junto al ardiente amor!... ¡No me dejo alucinar por ese cuento de niño! Un amante te encadena... ¡Ay de ti y ay de él, si se confirman mis sospechas! (Se va corriendo.)

Escena V

LUISA, sola. Permanece inmóvil y sin decir palabra, sentada en una silla; luego se levanta, y mira en torno suyo como asustada.

LUISA.- ¿Dónde estarán mis padres? Padre prometió volver a los pocos minutos, y hace ya cinco horas mortales que está fuera... Si le habrá ocurrido algo... ¡Ay qué emoción!... ¿Por qué me sentiré tan oprimida? (WURM entra en la sala, y se queda en el fondo sin que ella le vea.) Esto no es nada... fantasmas de mi imaginación, que engendró el insomnio. Una vez se apoderó del ánimo el espanto, los ojos se fingen espectros donde quiera.

Escena VI

LUISA y el secretario WURM.

WURM.- (Acercándose.) Buenas tardes señorita.

LUISA.- ¡Dios mío!... ¿Quién habla aquí? (Se vuelve, ve al secretario y retrocede asustada.) ¡Horror!... ¡Ciertos eran mis presentimientos! Van a realizarse fatalmente. (Al secretario mirándole con desprecio.) ¿Busca V. sin duda al Presidente? Ya no está aquí.

WURM.- No, señorita; venía por V.

LUISA.- Entonces me sorprende que no fuera V. a la plaza del mercado.

WURM.- ¿Por qué debía ir cabalmente allí?

LUISA.- A sacar a su novia de la picota.

WURM.- ¡Qué injusta sospecha, señorita Miller!

LUISA.- (Interrumpiéndole.) ¿En qué puedo servir a V.?

WURM.- Vengo con recado de su padre.

LUISA.- ¿De mi padre?... ¿Y dónde está ahora?

WURM.- Donde no quisiera.

LUISA.- Por Dios, hable V... ¡lo que presiento!... ¿Dónde está padre?

WURM.- En la cárcel, ya que desea V. saberlo.

LUISA.- (Alzando los ojos al cielo.) Esto más... esto más... ¿En la cárcel?... ¿Y por qué?

WURM.- Por orden del Duque.

LUISA.- ¡Del Duque!

WURM.- Por el desacato que cometió con Su Majestad, en la persona de su representante.

LUISA.- ¡Cómo! ¡Cómo!... ¡Dios poderoso!

WURM.- Ha resuelto castigar al culpable.

LUISA.- Esto me faltaba... Después de mi pasión por el Mayor, quedaba aún una emoción violenta para mi alma, y no se me había de excusar... ¡Un desacato! ¡Oh Providencia celeste!... salva, salva mi vacilante fe!... ¿y Fernando?

WURM.- Casará con lady Milford, o será maldecido y desheredado.

LUISA.- ¡Horrible alternativa!... Y sin embargo, él es más feliz que yo... no tiene padre que perder... Verdad que harto castigo es no tenerlo. ¡Mi padre culpable de lesa majestad!... mi amante, maldito, desheredado, forzado a casar con Milady... ¡magnífico! Una infamia perfecta, es también una perfección... No; falta algo todavía. ¿Dónde está mi madre?

WURM.- En la galera.

LUISA.- (Con sonrisa de dolor.) Así; obra completa... Ahora, soy libre... sin deber alguno... privada de toda dicha, y también de toda pena... abandonada por la Providencia... Ya no tengo necesidad de nada. (Pausa.) ¿Tiene V. que anunciarme algo más? Hable V.; estoy dispuesta a oírlo todo.

WURM.- Sabe V. cuanto ha ocurrido.

LUISA.- No; ¿qué puede ocurrir todavía? (Mira al secretario de arriba abajo.) ¡Pobre hombre!... ¡qué triste oficio estás haciendo!... Imposible es que te haga feliz... Terrible cosa es hacer la desgracia de los demás, pero más terrible todavía anunciársela, lanzar el canto siniestro del búho, y seguir plantado aquí mientras el corazón tembloroso mana sangre atravesado por el dardo de hierro de la necesidad, viendo cómo llega a dudar de Dios un cristiano... ¡Dios del cielo! Mas que te valiera cien mil escudos cada lágrima de angustia..., no quisiera hallarme en tu lugar... ¿Qué puede ocurrir todavía?

WURM.- No lo sé.

LUISA.- No quiere V. saberlo. Niéganse los labios a pronunciar el terrible mensaje; pero en la calma sepulcral de tu rostro, aparece a mis ojos el espectro. ¿Hay más? Dijo V. hace poco que el Duque pensaba castigar al culpable. ¿Quién es el culpable para V.?

WURM.- No quiera V. saberlo.

LUISA.- Óyeme; sin duda aprendiste con el verdugo; si no, ¿por dónde sabes tú el modo de aplicar el hierro a los fracturados miembros, y mantener suspendido sobre el corazón el golpe mortal? ¿Qué le espera a mi padre? Las palabras que tú pronuncias sonriendo, traen la muerte consigo. ¡Cómo descubrir lo que me ocultas! Habla; descarga sobre mí el peso que debe aplastarme. ¿Qué le espera a mi padre?

WURM.- Una causa criminal.

LUISA.- ¿Y qué es esto? yo no sé nada, soy muy simplona, y no comprendo vuestros terribles latinajos. ¿Qué es una causa criminal?

WURM.- Una causa en que se ventila la vida o la muerte.

LUISA.- (Con firmeza.) Gracias. (Se va corriendo hacia el cuarto contiguo.)

WURM.- (Perplejo, sin moverse.) ¿A dónde va V.?... ¿Intentará esa loca...? ¡Diablo!... No se atreverá... Corro tras ella... soy responsable de su vida. (En actitud de seguirla.)

LUISA.- (Vuelve a salir, con una manteleta.) Dispénsame V., señor secretario; voy a cerrar la puerta.

WURM.- ¿A dónde va V. con tanta prisa?

LUISA.- A casa el Duque.

WURM.- ¿Cómo?... ¿A dónde? (La detiene, asustado.)

LUISA.- A casa el Duque... ¿Lo oye V.?... A casa el Duque, que quiere que sentencien a mi padre. Digo mal, no lo quiere él, no; sino algunos infames. Él sólo intervendrá en ese proceso de lesa majestad, para poner su real firma.

WURM.- (Suelta una carcajada.) ¿A casa el Duque?

LUISA.- Ya me figuro de qué se ríe V. ¿Que no hallaré quien me compadezca, verdad? ¡Dios de misericordia! ¡que sólo seré oída con aversión! Ya me han dicho que los grandes no saben ni quieren saber lo que es la desgracia; mas yo se lo diré, yo les pintaré todas sus mortales angustias, con gemidos que les penetrarán hasta el tuétano. Y cuando vea erizarse sus cabellos, he de gritarles para terminar, que también llega para ellos el estertor de la agonía, y que el día del juicio final pasarán por la misma criba los reyes y los mendigos. (Hace que se va.)

WURM.- (Con fingido afecto y mala intención.) Sí; vaya V., vaya V.; es lo mejor que puede V. hacer. Yo le aconsejo que vaya, y aseguro a V. que el Duque la recibirá muy bien.

LUISA.- (Se detiene de súbito.) ¿Qué dice V.? ¿V. mismo me lo aconseja? (Vuelve.) ¡Hum! ¿qué resuelvo? Cuando éste me lo aconseja, malo será. ¿De dónde saca V. que el Príncipe me recibirá bien?

WURM.- ¡Toma!... No ha de hacerlo gratis.

LUISA.- ¿Gratis? ¿Y qué valor puede dar a un acto de humanidad?

WURM.- La linda pedigüeña es precio bastante...

LUISA.- (Estupefacta, lanzando un grito) ¡Justo Dios!

WURM.- Supongo que tratándose de la salvación de un padre, no le parecerá V. caro.

LUISA.- (Paseándose a largos pasos fuera de sí.) Sí, sí; es cierto. A vuestros nobles los propios vicios, como ejércitos de querubines, les mantienen separados de la verdad. ¡Dios venga en tu socorro, padre mío! Tu hija puede morir, pero no pecar por ti.

WURM.- Singular noticia para el pobre hombre abandonado... Pues mi Luisa me ha perdido, me decía, ella me salvará. Voy a llevarle la contestación de V., señorita. (Hace que se va.)

LUISA.- (Corre hacia él y le detiene.) Aguarde V. ¡Un poco de paciencia! Qué listo anda ese demonio, en cuanto se trata de desesperar a un hombre. Pues le perdí, debo salvarle. Hable V..., aconséjeme V. ¿Qué puedo hacer?

WURM.- No hay más que un medio.

LUISA.- Veamos este medio.

WURM.- Su padre de V. lo desea también.

LUISA.- ¡Mi padre!... el medio...

WURM.- Es fácil, me parece.

LUISA.- Nada me parece tan difícil como la deshonra.

WURM.- Si V. desea devolver la libertad al Mayor...

LUISA.- ¡Hacer que no me ame! Se chancea V. ¿Depende de mí, por ventura, cuando fui yo la solicitada?

WURM.- No quería decir esto, señorita. Es menester que el Mayor se retire espontánea y voluntariamente.

LUISA.- No lo hará.

WURM.- V. se lo figura. No se habría dirigido ciertamente a V., si no contara V. con eficaces recursos.

LUISA.- ¿Puedo forzarle a que me aborrezca?

WURM.- Probaremos. Siéntese V.

LUISA.- (Confusa.) ¿Que proyecto llevas?

WURM.- Siéntese V. y escriba. Aquí hay pluma, tintero y papel.

LUISA.- (Se sienta, hondamente perturbada.) ¿Qué he de escribir, y a quién?

WURM.- Al verdugo de su padre de V.

LUISA.- ¡Ah!... ¡Cómo sabes poner el alma en un potro! (Coge la pluma.)

WURM.- (Dictando.) «Señor.» (LUISA escribe con mano temblorosa.) «Tres insoportables días han transcurrido... han transcurrido.. sin que nos viéramos.»

LUISA.- (Sorprendida suelta la pluma.) ¿A quién se dirige la carta?

WURM.- Al verdugo de su padre de V.

LUISA.- ¡Oh Dios mío!

WURM.- «Culpe Vucencia al Mayor... al Mayor, que me cela como un Argos.»

LUISA.- (Levantándose.) ¡Infamia como ella! ¿A quién va dirigida la carta?

WURM.- Al verdugo de su padre de V.

LUISA.- (Juntando las manos.) ¡No, no, no; esto es una tiranía! ¡Oh Dios! ¡castiga al hombre que te ofende, conforme a su humana condición; mas no me estreches con semejantes terrores, no me columpies entre la muerte y la infamia, no me arrojes en brazos de este demonio, ávido de sangre... Haga V. lo que guste; no escribiré esto jamás.

WURM.- (Cogiendo el sombrero.) Como V. quiera, señorita; ni más ni menos de lo que a V. le plazca.

LUISA.- ¡Que como me plazca, dice V.! ¡Bárbaro! ve, suspende a un desgraciado sobre el abismo del infierno, exige de él cualquier cosa, blasfema de Dios, y pregúntale después si le place... ¡Oh! Harto sabes que los impulsos naturales encadenan el alma. Ya todo me es igual; dicte V... En nada pienso ya... cedo a las artimañas del infierno. (Se sienta por segunda vez.)

WURM.- «que... me cela constantemente como un Argos.» ¿Está?

LUISA.- Siga, siga.

WURM.- «Ayer el Presidente estuvo en casa. Había que ver al buen Fernando cómo forcejeaba para defender mi honor.»

LUISA.- ¡Bien!... ¡bien!... ¡Magnífico! Siga V.

WURM.- «Salí del paso, fingiendo un desmayo..., un desmayo porque no podía tener la risa.»

LUISA.- ¡Oh cielos!

WURM.- «Pero bien pronto se hará insoportable... insoportable esa máscara... Si pudiera escapar...»

LUISA.- (Se detiene, se levanta, va y vuelve con la cabeza inclinada al suelo, como si buscara algo. Luego se sienta de nuevo y escribe.) «...pudiera escapar!»

WURM.- «Mañana está de servicio. Aproveche Vucencia el instante en que me dejará sola, y acuda al sitio que sabe.» ¿Está? «al sitio que sabe.»

LUISA.- Está.

WURM.- «Al sitio que sabe, en busca de su tierna Luisa.»

LUISA.- Faltan las señas.

WURM.- «Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA.- ¡Oh Providencia! Nombre tan extraño a mi oído, como ajenas a mi corazón estas infames líneas. (Se levanta, contempla en silencio el papel, lo entrega al secretario, y dice, falta de aliento.) Tome V... mi nombre sin tacha, mi Fernando... toda la felicidad de mi vida, pongo en sus manos... Ya nada me queda.

WURM.- ¡Oh! no desespere V., querida Luisa... me intereso vivamente por V... Tal vez... ¡quién sabe!... pasaría por alto ciertas cosas... en verdad... Vaya... que me da V. compasión.

LUISA.- (Mirándole fijamente.) Basta, que va V. a manifestar un deseo horrible.

WURM.- (Asiéndole la mano y pretendiendo besarla.) Supongamos que fuera esta linda mano... ¿Qué le parece a V., señorita?

LUISA.- (Con grandeza y horror.) Había de estrangularte el día de la boda, y luego sufrir el tormento satisfecha. (Hace que se va y vuelve.) ¿Hemos concluido, señor mío? ¿Puede emprender el vuelo la paloma?

WURM.- Falta una pequeña formalidad, señorita. V. reconocerá conmigo, V. jurará que ha escrito la carta libremente, sin coacción de ningún género.

LUISA.- ¡Oh Dios mío!... Y será sellada con tu nombre esta obra del infierno. (WURM se va con ella.)

Acto IV

Escena primera

Sala en casa del PRESIDENTE.

FERNANDO trayendo una carta abierta en la mano, sale precipitadamente por una puerta, y UN CRIADO por otra.

FERNANDO.- ¿Ha venido el Mariscal?

EL CRIADO.- Señor Mayor, el señor Presidente ha preguntado por Vucencia.

FERNANDO.- ¡Mil rayos!... Pregunto si ha venido el Mariscal.

EL CRIADO.- Su Excelencia está arriba, jugando al faraón.

FERNANDO.- Su Excelencia debe bajar aquí con cien mil de a caballo. (El criado se va.)

Escena II

FERNANDO, solo.

(Lee de nuevo la carta, ora inmóvil de sorpresa, ora paseándose colérico.)

¡Es imposible!... ¡imposible!... que tan hermoso cuerpo encierre tan malvado corazón... Y no obstante, aunque descendieran todos los ángeles del cielo a garantizar su inocencia, y el cielo y la tierra y el mismo Creador la afirmaran... esta es su letra... ¡Oh monstruosa, inaudita traición, sin ejemplo en el mundo! Esta era la causa de que se obstinara en no huir... esta era... ¡Oh Dios mío!... Despierto al fin; todo se explica. He aquí por qué renunciaba con tal heroísmo a mi amor. Poco faltó para que me engañara con ese divino artificio. (Se pasea a largos pasos; luego, deteniéndose.) ¡Penetrar de tal modo en mi corazón! Corresponder a los más osados impulsos, a las secretas y tímidas emociones, a la ardorosa agitación... sorprender la más delicada e indefinible vibración de mi alma, y estimarme en lo que valía por mis lágrimas, y acompañarme hasta la escarpada cima de la pasión, y allí ir todavía a mi encuentro, al borde del abismo que da vértigo... ¡Oh Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿y todo esto no era más que una farsa? ¡Ah! si de tan halagüeños colores se reviste la mentira, ¿cómo no escaló todavía el cielo el demonio? ¡Con qué persuasiva perfidia palideció la falsa, cuando le indiqué los peligros de nuestro amor! ¡Con qué victoriosa dignidad anonadó el imprudente sarcasmo de un padre!... Y sin embargo, ella se sentía culpable en aquel momento. ¿Pues qué? ¿no resistió a la prueba de la verdad? ¡la hipócrita! ¿no se desmayó? ¿Qué lenguaje te resta, emoción del alma, si las coquetas saben fingir desmayos? ¿Cómo te justificarás ¡oh inocencia! si las rameras apelan también a ese recurso? Harto sabe ella qué hizo de mí; harto ha visto el fondo de mi alma, y con el rubor del primer beso leyó en mis ojos lo que pasaba en mi corazón. Y en tanto, ella no sentía nada que no fuera el triunfo de su arte. Mientras en mi feliz embriaguez, creía poseer en ella el cielo entero y enmudecían mis impetuosos deseos, fijo tan sólo mi pensamiento en ella y en la eternidad, ella ¡oh Dios mío!... ella no sentía nada, nada sino el orgullo del éxito, nada sino el homenaje rendido a sus hechizos, nada ¡oh rabia! sino que era engañado.

Escena III

EL MARISCAL.- FERNANDO.

EL MARISCAL.- (Andando de puntillas.) ¿Dicen que deseaba V. verme, querido?

FERNANDO.- (Aparte.) Lo que deseo es romperle la crisma a un tunante. (Alto.) Mariscal, esta carta habrá caído del bolsillo de V. en la parada. (Con amarga sonrisa.) He tenido la fortuna de hallarla.

EL MARISCAL.- ¿Usted?

FERNANDO.- Por feliz casualidad. Culpe V. de ello a la Providencia.

EL MARISCAL.- Me espanta... ya lo ve V.

FERNANDO.- Lea, lea. (Haciéndose a un lado.) Si no soy afortunado en el papel de amante, tal vez saldré más airoso del de medianero. (Mientras lee EL MARISCAL, FERNANDO descuelga un par de pistolas de la pared.)

EL MARISCAL.- (Echa la carta sobre una mesa e intenta escapar.) ¡Maldición!

FERNANDO.- (Asiéndole por un brazo y trayéndole de nuevo a la escena.) Despacio, Mariscal. El caso me parece divertido y quiero que se me recompense el hallazgo. (Le enseña las pistolas.)

EL MARISCAL.- (Retrocediendo asustado.) Por Dios, querido amigo, sea V. razonable.

FERNANDO.- (Gritando y con acento terrible.) Con esto sobra para mandar al otro mundo a un miserable como tú. (Le presenta una pistola y saca luego un pañuelo de bolsillo.) A ver; coja V. por una punta ese pañuelo que me dio cabalmente aquella perdida.

EL MARISCAL.- ¡Ese pañuelo!... Pero está V. loco... ¿qué quiere V. hacer?

FERNANDO.- Coge la punta de ese pañuelo, te digo, si no dispararías de medio lado, cobarde. Debieras dar gracias a Dios, cobarde, de que al fin entre algo en tu cerebro. (EL MARISCAL intenta escapar.) Quieto; no hay que largarse así. (Le detiene y corre el cerrojo.)

EL MARISCAL.- ¿En esta sala, Barón?

FERNANDO.- Como si valiera la pena de salir a dar un paseo por las murallas. Aquí va a resonar mejor el tiro. Será la primera vez que metas un poco de ruido en el mundo... Dispara.

EL MARISCAL.- (Enjugándose la frente.) ¡Y así expone V. su vida, presuntuoso mancebo!

FERNANDO.- Dispara, repito; nada tengo que hacer en el mundo.

EL MARISCAL.- Pues yo sí... y mucho, querido amigo.

FERNANDO.- ¿Tú, bribón?... ¡Cómo!... tú... Ah... sí; tú debes ser el eje aquí, donde no abundan ciertamente los hombres; tú debes estirarte y encogerte como la mariposa clavada con un alfiler, y llevar la cuenta de las veces que se viste tu amo, y trotar por ahí con su alma auestas, como un caballo de plaza. Perfectamente. Te llevaré conmigo como un animal raro; por allá parecerás un moro domesticado; has de danzar al son de los gemidos de los condenados, ir y venir, obedecer y divertir con tus muecas de palaciego, nuestra eterna desesperación.

EL MARISCAL.- Haré cuanto mande, caballero, y como guste... pero retire V. las pistolas.

FERNANDO.- ¡Ahí está, el hijo del dolor, que parece nacido para afrentar la creación, como si un falsificador de Tubinga hubiese intentado reproducir la obra del Todopoderoso. ¡Lástima de esa partícula de sesos en este cráneo ingrato!... Con ella hubiera bastante para hacer de un mono un hombre, mientras ahora sólo sirve para afrentar a la razón. Y pensar que ella compartió su corazón con ese... con ese... ¡hecho atroz e inexplicable! con ese ente nacido, más para disgustar del vicio que para arrastrar a él.

EL MARISCAL.- ¡Ay, gracias a Dios... que se entretiene en decir agudezas!

FERNANDO.- Mejor es dejarlo por lo que es y no hacerle caso... como a un insecto. Le vemos, nos encogemos de hombros, y admiramos tal vez la sabia economía del cielo que nutre con las inmundicias algunas criaturas y prepara un festín a los cuervos en la horca, y a los palaciegos en la corte real. Después de todo, admira en verdad la hábil dirección de la Providencia, atenta a mantener a los pillos y a las tarántulas para que cuiden de esparcir el veneno... (Con mayor rabia.) Mas que no se llegue el insecto rastreando a mis flores o... (cogiendo al MARISCAL y sacudiéndole bruscamente) así... y así... y vuelta... y dale... le aplasto.

EL MARISCAL.- (Aparte, intentando respirar.) ¡Oh Dios mío!... Quién me diera verme lejos de aquí, a cien leguas, en Bicêtre, cerca de París... con tal de no hallarme junto a ese hombre.

FERNANDO.- ¡Ah, miserable! Si empañaste su pureza ¡miserable! si buscaste el deleite donde hallé tan sólo motivo de adoración; si te has entregado a la licencia, cuando elevaba yo a Dios mi alma... (Pausa; luego, con voz terrible.) ¡Ah, miserable! más te valiera refugiarte en el infierno, que tropezar en el cielo con mi cólera. Dime ¿qué has conseguido de ella? Confiésalo.

EL MARISCAL.- Suélteme V. y lo descubriré todo.

FERNANDO.- ¡Oh! más dulce ha de ser galantear a esa muchacha, que gozar con otra de colmada ventura! Conque ella quisiera, destronara la dignidad y desnaturalizaría la virtud con el deleite. (Al MARISCAL, apuntándole una pistola al pecho.) ¿Qué has conseguido de ella? Dilo o disparo.

EL MARISCAL.- ¡Si no ha pasado nada!... nada... Tenga V. un momentito de paciencia... Le están a V. engañando.

FERNANDO.- ¡Y tú me la pagarás, infame!... ¿Qué has conseguido?... Despacha o te mato.

EL MARISCAL.- Mon Dieu! ¡Dios mío! si le digo a V... Su padre... su propio padre...

FERNANDO.- (Colérico.) Te ha vendido a su hija... ¿Y qué has conseguido? Habla o te mato.

EL MARISCAL.- Está V. loco... no me oye V... Ni la he visto nunca, ni la conozco, ni sé una palabra de ella.

FERNANDO.- (Retrocede.) ¡Que no la has visto, ni la conoces, ni sabes nada de ella!... Por tu causa la Miller está perdida, y ahora reniegas de ella tres veces... ¡Afuera, canalla! (Le echa del salón a culatazos con la pistola.) No se inventó la pólvora para ti.

Escena IV

FERNANDO. Larga pausa; con el rostro demudado y expresión terrible.

Estoy perdido... Sí, desgraciada; lo estoy y conmigo tú. Sí, ¡oh Dios mío! lo estoy y conmigo tú. No me la arrebatas, ¡oh Dios, juez del mundo! Es mía; por ella abandoné el mundo entero, y renuncié a todas las magnificencias de la creación. Déjame esa niña. Millones de almas suspiran por ti; vuelve a ellas tus ojos compasivos, y déjame sólo a ésta, juez del mundo (Juntando las manos.) ¡Cómo podrá rehusarme un alma, hoy la más infeliz, el rico, el poderoso Señor de todo! Es mía; fui para ella un dios, y heme convertido en su ángel malo. (Con extraviados ojos.) Atado con ella en la rueda de los condenados por toda la eternidad, mis ojos clavados en los suyos, mis cabellos erizados sobre mi frente confundiendo con los suyos, y mis lamentos con los suyos... yo le pediría de nuevo entonces su amor y repitiera mis juramentos... ¡Oh Dios mío!... ¡Espantoso enlace... pero eterno! (Hace que se va. Sale EL PRESIDENTE.)

Escena V

EL PRESIDENTE.- FERNANDO.

FERNANDO.- (Retrocediendo.) ¡Oh padre mío!

EL PRESIDENTE.- Bueno es que nos encontremos, querido hijo. He de darte una buena noticia, que sin duda te sorprenderá. Sentémonos.

FERNANDO.- (Mirándole fijamente.) ¡Padre mío! (Se dirige a él con viva emoción, y le coge la mano.) ¡Padre mío! (Cae de rodillas delante de él besándole la mano.) ¡Oh padre mío!

EL PRESIDENTE.- ¿Qué tienes, hijo mío? Alza; tu mano arde... tiemblas.

FERNANDO.- (Con ardiente emoción.) Perdón por mi ingratitud, padre mío. Soy un réprobo, pues desconocí tu bondad, la paternal solicitud con que velabas por mí... ¡Oh! fuiste profeta... Perdón, perdón, padre mío; reclamo tu bendición.

EL PRESIDENTE.- (Afectando ignorancia.) Alza, hijo mío; atiende a que me estás hablando por enigmas.

FERNANDO.- La Miller, padre... ¡oh qué bien conoces el corazón humano! Tu cólera era tan justa, tan generosa, tan paternal... Sólo que erró en el medio... La Miller...

EL PRESIDENTE.- No me tortures más, hijo mío; maldigo mi rigor, y venía cabalmente a que me perdonaras.

FERNANDO.- ¡A que yo te perdonara!... ¡Si merezco ser maldito! Si tu disgusto era prudencia, y celestial compasión tu rigor!... La Miller, padre...

EL PRESIDENTE.- Es buena y noble muchacha. Me retracto de mis precipitadas sospechas, pues ha sabido conquistarse mi estimación.

FERNANDO.- (Se levanta agitado.) ¡Cómo!... ¿Tú también, padre mío? ¿Es pura como la inocencia, verdad? ¿verdad que el amarla, es la cosa más natural del mundo?

EL PRESIDENTE.- Sin duda alguna, y crimen fuera no amarla.

FERNANDO.- ¡Caso inaudito..., monstruoso! Y no obstante, sabes leer en los corazones, y la contemplabas con odio. ¡Hipocresía sin ejemplo!... La Miller, padre...

EL PRESIDENTE.- Es digna de ser mi hija. Su virtud equivale a los blasones, y su hermosura a la riqueza. Ceden mis principios ante tu amor. Tuya es.

FERNANDO.- (Yéndose precipitadamente.) ¡Esto me faltaba!... Adiós, padre mío. (Se va.)

EL PRESIDENTE.- (Tras él.) Aguarda, aguarda. ¿A dónde vas? (Se va.)

Escena VI

Rico salón en casa Milady.

Salen MILADY y SOFÍA.

MILADY.- Conque ¿la viste y vendrá?

SOFÍA.- Al instante. Fue a vestirse a toda prisa.

MILADY.- Nada me digas de ella... calla... tiemblo como un reo, con sólo figurarme que voy a ver esa feliz muchacha, cuyo corazón se acuerda con el mío de tan cruel modo... ¿Qué le pareció mi invitación?

SOFÍA.- Pareció que la sorprendía, mas luego se puso a reflexionar y me miraba con unos ojazos..., sin decir palabra. Me disponía a recibir sus excusas, cuando dándome una mirada que me sorprendió, me ha dicho: Su señora me ordena hoy, lo que yo pensaba pedirle mañana.

MILADY.- (Inquieta.) Déjame, Sofía, compadéceme. Si es una mujer vulgar, me avergonzaré de este paso, y si es algo más, causará mi desesperación.

SOFÍA.- Pero, Milady... no parece esta la mejor disposición de ánimo para recibir a una rival. Acuérdate V. de lo que es, y apele a su alcurnia, a su calidad, a su poderío. Fuerza es que aquí en la propia casa, añada la altivez nuevos esplendores a tan soberbio porte.

MILADY.- (Distraída.) ¿Qué dice esa loca?

SOFÍA.- (Maliciosamente.) ¿Es pura casualidad que le adornen a V. hoy los más preciosos diamantes y ricos vestidos, mientras pululan en la antesala pajes y duques?... ¿Es pura casualidad que reciba V. a la pobre muchacha en el más suntuoso salón de palacio?

MILADY.- (Paseándose con amargura.) ¡Esto es odioso, insoportable! ¡Qué lince son las mujeres para descubrir las flaquezas de las mujeres! ¡Y cuán profunda... pero cuán profunda... ha de ser mi caída, para que me comprenda semejante criatura!

Sale UN LACAYO.- La señorita Miller.

MILADY.- (A SOFÍA.) Anda, retírate. (En tono de amenaza, viendo que SOFÍA titubea.) Ve; te lo mando. (SOFÍA se va. MILADY da una vuelta por la sala.) Perfectamente; esta agitación me sienta a las mil maravillas; así deseaba hallarme. (Al criado.) A esta señorita, que pase. (Se va el criado. Se echa en un sofá con cierta nobleza y descuido.)

Escena VII

LUISA MILLER, se adelanta con timidez, y se queda a gran distancia de MILADY.- MILADY, vuelta de espaldas a ella, examina atentamente a LUISA en un espejo colocado enfrente. Pausa.

LUISA.- Señora, ¿qué gusta V. mandarme?

MILADY.- (Se vuelve hacia LUISA y la saluda con leve inclinación de cabeza, con frialdad y altanería.) ¡Ah!... ya por aquí... Sin duda, señorita..., cierta... ¿Cómo se llama V.?

LUISA.- (Algo picada.) Mi padre, Miller; la señora mandó llamar a su hija.

MILADY.- Sí, sí; ya recuerdo; la pobre hija del músico de que se trató últimamente. (Pausa. Aparte.) Figura interesante, pero no es una beldad. (Alto, a LUISA.) Acércate, hija mía. (Aparte.) ¡Cómo dicen sus ojos que están avezados a llorar! ¡Y lo que me gustan a mí tales ojos! (Alto.) Acércate más aún, hija mía. Parece que me temes.

LUISA.- (Con altivez, y en tono resuelto.) No, Milady; desprecio el juicio del vulgo.

MILADY.- (Aparte.) ¡Lo que son las cosas!... Esas bravatas las aprendió de él. (Alto.) Me ha sido V. recomendada, señorita; dícneme que tiene V. alguna instrucción y trato de mundo, y por mi parte quiero creerlo. Por nada quisiera tachar de embustero a tan celoso protector.

LUISA.- A nadie conozco, que haya podido tomarse la molestia de buscarme una protectora.

MILADY.- (Confusa.) ¿Y por quién se tomaría esta molestia? ¿Por la protectora o por la protegida?

LUISA.- No alcanzo qué quiere V. decir.

MILADY.- Es más maliciosa de lo que se diría viéndola con esa cara tan franca. ¿Decía V. que se llamaba Luisa? ¿Y qué edad tiene V., si no le parece indiscreción?

LUISA.- Diez y seis años.

MILADY.- (Levantándose con viveza.) ¡La gran palabra!... ¡Diez y seis años!... el primer latido de la pasión... la primera y argentina nota de un piano nuevo... No hay nada tan seductor como eso... Siéntate... ¿sabes que te quiero bien, hija mía?... ¡Y él por su parte ama también por primera vez!... ¿Es milagro que los rayos de la aurora se confundan? (Asiéndole la mano con cariño.) Queda acordado pues, que tu fortuna corre de mi cuenta... ¡Nada como las primeras ilusiones! (Acariciándole la mejilla.) Sofía se casa y tú ocuparás su lugar... ¡Diez y seis años!... Esto no puede ser de larga duración.

LUISA.- (Besándole la mano con respeto.) Doy a V. mil gracias, señora, por su ofrecimiento, como si lo aceptara.

MILADY.- (Colérica.) ¿Cómo se entiende?... Habrase visto.... ¡la gran señora! Ordinariamente las niñas de la clase de V. se consideran muy felices con hallar una colocación. Pues ¿a dónde quiere ir la preciosilla? ¡Si se figurará que sus manos son demasiado lindas para la costura!... ¿Si estará tan orgullosa de su palmito?

LUISA.- Mi figura, como mi condición, no es obra mía, señora.

MILADY.- ¿Le parece a V. que esto durará siempre? ¡Pobre criatura! Quien te metió esa idea en la cabeza, sea quien fuese, se ha burlado de ti y de sí mismo. Tus mejillas no han sido doradas al fuego, que yo sepa. Lo que el espejo te presenta como eterno y vigoroso, es sólo vano oropel que más o menos tarde se marchitará en manos de tu adorador... ¿Y que harás entonces?

LUISA.- He de compadecer al adorador, que compró un diamante porque le pareció engarzado en oro.

MILADY.- (Sin atenderla.) A la edad de V., las doncellas suelen mirarse en dos espejos, el de verdad y su admirador; éste con sus complacientes amaños corrige la ruda franqueza del otro. Que el uno muestra alguna mancha de viruelas... ¡oh, qué hoyuelos tan graciosos! dice el otro: Y vosotras, incautas, sólo creéis al adulador, y pasáis de éste a aquel hasta confundir ambos testimonios... ¿Por qué me mira V. así?

LUISA.- Perdone V., señora; iba a compadecer estos chispeantes rubíes, que no sospechan ciertamente el celo con que su dueña condena la vanidad.

MILADY.- (Ruborizándose.) Basta de digresiones... ¿eh? Si no es porque confía V. en su nobleza, ¿qué motivo tiene V. para renunciar a una posición como la que le ofrezco? Convéznase V. de que es la única que puede enseñarla a conocer el mundo y los buenos modales, y a soltar las preocupaciones de su clase.

LUISA.- Y con ellas la inocencia, Milady.

MILADY.- ¡Qué necesidad! Ni el más descarado tronera se atreve con una mujer, si no se le da pie para ello. Pórtese como quien es, digna y honradamente, y yo le fío que vivirá V. segura.

LUISA.- Perdóneme V., señora, que lo dude. Los palacios de ciertas damas suelen ser teatro de la más desenfrenada licencia. ¿Quién ha de sospechar en la hija de un pobre maestro, heroísmo bastante, sí..., heroísmo..., para arrojarse en medio de la peste, prevenida contra el contagio? ¿Quién supondrá que Milady mantiene a sus costas el gusano roedor de su conciencia, y prodiga considerables sumas por sólo el gusto de morir de vergüenza a cada instante? Hablo con franqueza, señora. ¿Le agradecerá a V. mucho verme, cuando salga

de casa para ir a divertirse? ¿No le parecere a V. insoportable a la vuelta?... ¡Oh! mejor es, mucho mejor que vivamos separadas y a mucha distancia, y vayan por medio mares si es posible. Porque..., ve V..., puede llegar un momento de reflexión, de cansancio, de remordimiento, y entonces ¡qué martirio no será para V., señora, contemplar en el rostro de la doncella de V. aquella serena paz, premio de la inocencia y la pureza! (Retrocediendo.) Repito, señora, mil perdones.

MILADY.- (Vivamente agitada.) Esto es insoportable. ¡Que me diga esto a mí! Lo más insoportable es que tenga razón. (Va hacia LUISA y clava en ella la mirada.) Hija mía, tú no me engañas: no se habla con tanto calor por simple convicción. A través de estas máximas veo el empeño de alguna pasión que hace horrible para ti la idea de estar a mi servicio, e inflama tus palabras... (Amenazante.) Yo la descubriré.

LUISA.- (Con nobleza y confiadamente.) Y más que así fuere; aun cuando con la punta del pie saque de su modorra al pobre gusano, que tiene también su agujijón, señora, para defenderse de las injurias... declaro a V. que no temo su venganza. Hundiérase el mundo, y había de verlo sonriendo el infeliz reo sentado en el cadalso... Así yo, señora; tan grande es mi desgracia, que mi propia franqueza ningún perjuicio puede acarrear. (Pausa. Gravemente.) Quiere V. sacarme del polvo en que nací; está bien; no he de examinar este acto de bondad, bastante sospechoso por cierto; pero sí preguntaré, señora, qué pudo llevarla a creer que me avergüence de mi estado, y quién le dio a V. el derecho de ofrecerme una colocación, antes de averiguar si quería recibirla de sus manos. A todos los goces del mundo había renunciado... perdoné ya a la dicha su paso fugaz; ¿por qué recordármela de nuevo? Si el mismo Dios vela sus esplendores a los ojos de las criaturas, temeroso de que le ofendan luego sus propias tinieblas, ¿por qué en los hombres ese empeño cruel de mostrarse compasivos? ¿Qué motivo tiene V., rodeada de dichas que tanto ponderan, para solicitar la envidia y la admiración de la desgracia? ¿Será que necesita distraerse con mi desesperación? ¡Oh! señora; mejor es dejarme en mi ceguera, la única que me reconcilia con mi bárbara suerte. En una gota de agua vive feliz el insecto como si fuera un mundo, contento y satisfecho hasta el día en que le dan a conocer el Océano, con sus naves y sus ballenas... ¿Pero V. se empeña en verme feliz? (Pausa. Se acerca a MILADY y le dice interrumpiéndola de súbito.) Y V. ¿lo es? (Ésta sorprendida se aparta. LUISA la sigue poniéndole la mano en el corazón.) ¿Goza de la alegría que promete la situación en que V. se halla? Si pudiéramos ahora trocar nuestros corazones y nuestra suerte; si en mi inocencia me dirigiera a la conciencia de V., hablándola como una madre... dígame V. ¿querría V. cambiar?

MILADY.- (Se echa en el sofá, vivamente conmovida.) ¡Esto es increíble!... ¡inusitado!... Oh no, hija mía, no; esta grandeza de alma no la debes a tu cuna, ni a tu padre tampoco... es demasiado ingenua. No mientas; estoy oyendo la lección que te dio otro dueño.

LUISA.- (Mirándola fijamente.) Me sorprende en verdad, que hasta ahora no se le haya a V. ocurrido que tenía otro dueño... y sin embargo, V. me había hallado ya otra colocación.

MILADY.- (Levantándose de súbito.) ¡Esto no se puede aguantar!... Sí; nada quiero ocultarte... sí, le conozco... Lo sé todo... más de lo que quisiera. (Se detiene de súbito, luego

prosigue con viveza que crece por grados hasta el delirio.) Pero atrévete a amarle aún, desgraciada, y a ser amada de él... ¡qué digo!... atrévete sólo a pensar en él, y a ser uno de sus pensamientos. Soy poderosa; soy desgraciada... soy terrible... Juro a Dios que estás perdida...

LUISA.- (Con firmeza.) Sin remedio, Milady, el día en que V. le fuerce a amar a V.

MILADY.- Te comprendo... Pero no me amaré. Quiero vencer esta pasión vergonzosa, dominar mi corazón... y aplastar el tuyo. Arrojaré entre vosotros montes y peñascos... como furia entraré en vuestro cielo... Mi nombre, cual fantasma amenazador, os alejará al uno del otro y os arrebatará los besos de los labios... Tu floreciente juventud ha de marchitarse en sus brazos, hasta que quedés convertida en momia. Yo no puedo ser feliz con él, pero tampoco lo serás tú; ¿oyes, miserable? Hay dicha también en acabar con la ajena.

LUISA.- Dicha, Milady, que también le arrebataron a V. ¡Ah!... No se calumnie V. a sí misma. V. no es capaz de cumplir tales amenazas; V. no es capaz de atormentar a una pobre criatura que no le hizo a V. ningún mal, sino el de sentir lo mismo que V. Por este solo arrebato ya amo a V...

MILADY.- (Después de serenarse.) ¿Dónde estoy? ¿Dónde estaba? ¿Qué dejé entrever y a quién?... ¡Oh Luisa! alma noble, grande, divina... perdona mi arrebato. No he de ofenderte en lo más mínimo, hija mía. Dime qué deseas; exige; quiero llevarte en brazos; quiero ser tu amiga, tu hermana... Eres pobre... ¿ves? (Coge algunos brillantes.) Voy a vender mi aderezo, mis trajes, mis caballos, mis coches... Todo será tuyo... ¿oyes?... pero renuncia a él.

LUISA.- (Retrocede, sorprendida.) ¿Se, está burlando de mi desesperación, o será que no intervino para nada en aquella infamia? ¡Oh! Pudiera aún aparentar, heroísmo y convertir en virtud mi impotencia. (Se detiene pensativa, luego se acerca a MILADY, asiéndole la mano, y la mira fijamente con atención.) Tómelo V., Milady. Cedo voluntariamente el amor de un hombre, que me arrancaron del corazón desgarrado con las tenazas del infierno. Quizá V. misma lo ignora, pero V. arrebató el cielo a dos amantes, V. separó dos corazones unidos por Dios, V. aplasta a una pobre criatura que aspiraba a él... como V.; que había creado él para su felicidad... como V.; que, como V., le glorificaba, y que no ha de celebrarle... nunca más, Milady. Aun a la postrera lucha del gusano que muere aplastado, atiende el Omnipotente, ¡cómo ha de ver con indiferencia que se ahoguen los seres cuya vida tiene en sus manos! Suyo es desde ahora, Milady, tómelo V.; vuela a sus brazos, condúzcale al altar, pero no olvide V. que al deponer el primer beso, surgirá entre ambos el espectro de una suicida... ¡Dios tendrá misericordia de mí!... ¡no cuento ya con otro apoyo! (Se va corriendo.)

Escena VIII

MILADY, sola, temblorosa y fuera de sí, mirando hacia la puerta por donde se fue LUISA, hasta que sale de su estupor.

¿Qué es?... ¿qué ha pasado?... ¿qué decía la infeliz? ¡Oh Dios mío! Aún resuenan en mis oídos aquellas palabras terribles, desgarradoras... palabras de maldición: Tómele V. ¿Y qué, desgraciada? ¡El presente de tu mortal agonía! ¡el horrible legado de tu desesperación! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿A tal bajeza llegué, con tal precipitación fui derribada del trono de mi orgullo, que aguarde hambrienta lo que me arroja una mendiga en la agonía? Tómelo V... ¡En qué tono lo dijo... con qué mirada! ¡Ah Emilia!... ¿Para eso te elevaste por encima de tu sexo? Porque se hundiera un día el espléndido edificio de tu honor, ante la virtud de una plebeya, ¿ansiaste el título de gran señora inglesa?... Ah, no... altiva infortunada... no... Emilia Milford puede sonrojarse, pero nunca se dejará envilecer... También yo me siento con fuerzas para renunciar... (Recorre la sala con majestuoso paso.) Cesa de mostrarte débil y dolorida... ¡Adiós para siempre, tiernas y sonrientes imágenes del amor!... Sea mi guía desde ahora la grandeza de alma. Están perdidos si la Milford no ahoga sus propios deseos, y no renuncia al corazón del Príncipe. (Pausa.) Esto es hecho; el terrible obstáculo está vencido; se han roto ya todos los lazos entre el Duque y yo, y arranqué de mi corazón este ardiente amor... Me arrojo en tus brazos ¡oh virtud! recibe arrepentida a tu hija... ¡Qué bien me siento! Me siento como ennoblecida y aligerada de grave peso. Hoy mismo quiero descender de la cumbre de mi grandeza, con la majestad del sol que se pone. Acabe mi poder al propio tiempo que mi amor, y acompáñeme tan sólo el corazón en mi orgulloso destierro. (Se dirige a una mesa con ademán resuelto.) Ahora va a terminar todo... ahora mismo, antes que el atractivo de mi amado renueve la terrible lucha en mi corazón. (Se sienta y escribe.)

Escena IX

MILADY, el AYUDA DE CÁMARA, SOFÍA.- Luego el MARISCAL. Algunos criados.

EL AYUDA DE CÁMARA.- El señor Mariscal de Kalb aguarda en la antesala; trae una comisión del Duque.

MILADY.- (Animada con lo que está escribiendo.) ¡Cómo brincará el serenísimo muñeco!... Verdad que la idea es chusca, y hay para volverle loco a Su Alteza. ¡Qué vuelta va a dar la corte, y qué revolución en el país!

EL AYUDA DE CÁMARA Y SOFÍA.- El Mariscal, Milady.

MILADY.- (Volviéndose.) ¿Quién? ¿Cómo?... ¡Ah! tanto mejor... Hombres así sólo han nacido para cargar con el muerto. Bien venido. (Vase el AYUDA DE CÁMARA.)

SOFÍA.- (Acercándose con alguna inquietud.) Si no temiera, Milady... y no fuese indiscreción... (MILADY continúa escribiendo.) La Miller se ha precipitado fuera de la

antesala... V. está encendida y da voces... (MILADY continúa escribiendo.) Temo... ¿qué va a pasar aquí?

EL MARISCAL.- (Sale haciendo mil reverencias a MILADY, vuelta de espaldas. Cuando ésta le ve, se acerca, se coloca detrás de la silla, cuida de coger el borde del vestido, y lo besa respetuosamente.) Su Alteza serenísima...

MILADY.- (Echa arenilla en la carta, y vuelve a leerla.) Me acusará de negra ingratitud... Abandonada de todos, me sacó de la miseria... de la miseria... ¡Espantoso cambio!... Rasga la cuenta, seductor, que mi vergüenza eterna la paga con usura.

EL MARISCAL.- (Después de haber dado en vano varias vueltas en torno de MILADY.) Milady, me parece un poco distraída... Me atreveré, pues, a cometer la osadía de permitirme... (En voz muy alta.) Su Alteza serenísima me envía a preguntar a Milady, si habrá esta noche Vauxhall o comedia alemana.

MILADY.- (Se levanta sonriendo.) Una de dos, ángel mío. Mientras, entregue V. esa carta al Duque para postres. (A SOFÍA.) Tú, Sofía, manda que enganchen y que me aguarden todos mis sirvientes en esta sala.

SOFÍA.- ¡Oh Dios mío! ¡Lo que presiento! ¿Qué va a pasar aquí?

EL MARISCAL.- Señora, está V. muy animada.

MILADY.- Así se mentirá menos... ¡Viva!... Señor Mariscal, ahí tiene V. una plaza vacante. Buena ocasión para los mediadores. (EL MARISCAL da una ojeada a la carta, dudoso.) Lea V., lea V. No quiero que el contenido de esta carta quede entre nosotros.

EL MARISCAL.- (Lee. En esto los criados se reúnen en el fondo de la sala.) «Señor: pacto que rompéis con tal facilidad, no puede seguir obligándome. La dicha de vuestros Estados era la primera condición de mi amor. El error ha durado tres años; cae la venda de mis ojos, y ya sólo me inspiran horror las muestras de afecto, y los favores rociados con lágrimas de vuestros vasallos. Amad a vuestra nación condolida, en vez de amarme a mí, que ya no puedo corresponderos, y tomad ejemplo de una princesa inglesa, para compadecer los infortunios de vuestro pueblo alemán. Dentro una hora habré pasado la frontera. Juana Norfolk.»

LOS CRIADOS.- (Murmuran por lo bajo, sorprendidos.) ¡Pasar la frontera!

EL MARISCAL.- (Dejando la carta encima de la mesa, con espanto.) ¡Dios me libre de ello, señora mía! El portador de esta carta arriesga en ello la cabeza, ni más ni menos que quien la ha escrito.

MILADY.- En eso consiste tu inquietud, ¡oh excelente varón! Harto sé, ¡ay de mí! que a ti y a tus semejantes, relatos de esta naturaleza se les atragantan. Así, soy de parecer que metan la esquila dentro de un pastel para que Su Alteza se la encuentre en el plato.

EL MARISCAL.- ¡Ciel!... ¿qué osadía? ¿A tanto se atreverá V.?... ¿Pero no ha pensado V. en la desgracia que la espera?

MILADY.- (Se vuelve a los suyos, y dice con profunda emoción.) Sin duda os embarga la sorpresa, amigos míos, y aguardáis con ansiedad la solución de este enigma. Acercaos. Me habéis servido honradamente y con celo, atendiendo antes a mis deseos que a mis dádivas. Obedecerme fue vuestra pasión, y os enorgullecían mis bondades. El recuerdo de mi envilecimiento irá unido al de vuestra fidelidad, porque el triste destino convirtió en días de ventura para vosotros, los más sombríos de mi vida. (Con lágrimas en los ojos.) Os dejo, amigos míos... Lady Milford ha muerto, y Juana de Norfolk es harto pobre para pagar lo que os debe... Mi tesoro repartirá entre vosotros lo que quede en la arquilla... Este palacio es propiedad del Duque... Ya lo veis; el más pobre de vosotros saldrá de aquí más rico que la amiga del Príncipe. (Les tiende la mano que besan con ardor, uno después de otro.) Os comprendo, amigos míos... ¡Adiós, adiós para siempre! (Reprime sus sollozos.) Oigo ya rodar el coche. (Intenta irse. EL MARISCAL le intercepta el paso.) ¡Pobre hombre! ¡Siempre en tu sitio!

EL MARISCAL.- (Que durante la relación ha permanecido con los ojos fijos en la esquela, con ademán de lástima.) ¡Y esa esquela! Fuerza será que la deponga en las augustas manos de Su Alteza serenísima.

MILADY.- ¡Pobre hombre! Sí; en sus augustas manos, y dirás a sus augustos oídos que, puesto que no puedo ir descalza a Nuestra Señora de Loreto, pasaré diariamente el tiempo purgando la vergüenza de haberle gobernado. (Se va corriendo. Los demás se separan vivamente conmovidos.)

Acto V

Anochece.- Aposento del músico.

Escena primera

LUISA, sentada sin decir palabra en un rincón oscuro, reclinando la frente en la mano.- Tras largo y profundo silencio, MILLER se acerca trayendo una linterna, mira en torno suyo inquieto sin ver a LUISA, y luego deja el sombrero y la linterna encima de la mesa.

MILLER.- Tampoco está aquí... tampoco. He recorrido todas las calles, me avisté con todos mis amigos, a todas puertas llamé, y en ninguna parte han visto mi hija. (Pausa.) ¡Paciencia, desdichado padre!... Aguardemos hasta mañana; tal vez lleve el río el cadáver de mi única hija. ¡Oh Dios! Si mi corazón la amara con tal idolatría que... Duro es el castigo... Padre Omnipotente... harto duro. No quiero murmurar, pero el castigo es bien duro. (Se echa en una silla, traspasado de dolor.)

LUISA.- (Desde el rincón.) Haces bien, pobre anciano; aprende a sufrir todavía.

MILLER.- (Levantándose.) ¿Estás aquí, hija? ¿Estás aquí? ¿Por qué sola y a oscuras?

LUISA.- No estoy sola; entre tinieblas veo mejor lo que más me complace.

MILLER.- ¡Dios te libre de ello! Sólo el gusano roedor de la conciencia está en vela como el búho. Los culpables y los malos huyen de la luz.

LUISA.- También la eternidad, padre mío, habla a las almas desvalidas.

MILLER.- ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¿qué dices?

LUISA.- (Levantándose, se acerca.) Ya sabes, padre mío, qué penoso combate hube de sostener. Dios me concedió la fortaleza; el combate ha terminado. Suelen decir que nuestro sexo es débil, frágil; no lo creas, padre mío. Una araña nos asusta, y ahogamos en nuestros brazos, como por juego, el monstruo de la destrucción. Óyeme, padre; tu Luisa está contenta.

MILLER.- ¡Ay, hija de mi alma! Más quisiera que llorases.

LUISA.- ¡Cómo he de aventajarle en astucia, padre mío!... ¡cómo engañaré al tirano!... El amor es más listo que la maldad, y más osado también. ¡Oh! Esto no lo sabía el hombre ese, muy engalanado con su siniestra condecoración al pecho!... Mientras sólo tienen que ver con la cabeza, son muy hábiles; pero cuando tratan de prender al corazón, los malos se vuelven tontos. ¿Creyó rematar su maldad con un juramento? Un juramento ata a los vivos, pero la muerte rompe las cadenas de hierro. Fernando conocerá a su Luisa. ¿Quieres encargarte de ese billete, padre?... ¿serás tan bueno?...

MILLER.- ¿A quién va dirigido, hija mía?

LUISA.- ¡Vaya una pregunta! El recuerdo de él no cabe en el infinito, ni en mi corazón juntos... ¿A quién puedo escribir, sino a él?

MILLER.- (Inquieto.) Oye, Luisa; voy a abrir la carta.

LUISA.- Como quieras, padre mío, pero nada adelantas con ello. Estas líneas no tienen vida y sólo resucitan a los ojos del amor.

MILLER.- (Lee.) «Fernando, eres víctima de la traición. Una maldad sin ejemplo rompió el vínculo de nuestros corazones. Terrible juramento ata mi lengua, y tu padre apostó en todas partes espías... Pero Si te sobra el valor, amor mío... conozco un sitio, donde ningún juramento podrá detenernos, ni habrá espías que nos oigan.» (MILLER se detiene y la contempla con severa mirada.)

LUISA.- ¿Por qué me miras así? Prosigue, padre mío.

MILLER.- «Pero será necesario que tengas bastante valor, para entrar en una ruta sombría, donde sólo te alumbre Dios y tu Luisa. Para llegar allí, basta con que seas todo amor, y dejes a tu espalda tus esperanzas y tus impetuosos deseos. No necesitarás más que tu corazón. ¿Quieres? Ponte en camino cuando den las doce de la noche en el reloj de los Carmelitas... Si tienes miedo... cesa de llamar fuerte a tu sexo. Una doncella te habrá abochornado.» (MILLER deja la esquila, fija con dolor la mirada delante de él; luego se vuelve hacia ella y le dice con voz cascada y tierna.) ¿Qué sitio es ese, hija mía?

LUISA.- ¿No lo sabes, padre? ¿Realmente no lo sabes? Es raro. Harto bien descrito está para dar con él. Fernando le hallará.

MILLER.- ¡Hum! Habla más claro.

LUISA.- No sé cómo llamarle con un nombre grato... No te espantes, padre mío, porque le dé uno odioso... Ese lugar... ¡ah!... ¿por qué el amor no le dio nombre? El más bello le daría yo. Este lugar, padre mío... deja que lo diga todo... se llama la tumba.

MILLER.- (Echándose en una silla.) ¡Oh Dios mío!

LUISA.- (Corre a él y le sostiene.) No, padre mío; el nombre sólo es lo que causa terror. Sin él, conviértese la tumba en lecho nupcial, donde la aurora despliega sus doradas cortinas y esparce sus guirnaldas la primavera. Sólo a un pecador llorón pudo ocurrírsele representar la muerte con un esqueleto, cuando es tierno niño de sonrosado rostro como el dios del amor, y menos falaz que él; genio silencioso y compasivo que ofrece su brazo al fatigado peregrino, y le sube por las gradas del tiempo hasta el palacio de eterno esplendor, donde le hace un amistoso saludo y desaparece.

MILLER.- ¿Qué proyecto es el tuyo, hija mía? ¿Quieres atentar a tu vida?

LUISA.- No digas esto, padre. ¿Será pecado, por ventura, abandonar una sociedad que no me soporta, para volar al sitio, de donde no quiero vivir desterrada por más tiempo?

MILLER.- El suicidio, hija mía, es el pecado más espantoso que pueda cometerse; el único que no admite el arrepentimiento, porque la muerte y el crimen son obra de un solo instante.

LUISA.- (Con espantados ojos.) ¡Horrible cosa!... Mas no será tan pronto; me echaré al río, y mientras me vaya sumergiendo, invocaré la misericordia de Dios.

MILLER.- Es decir que te arrepentirás del robo, en cuanto lo hayas puesto en seguro. ¡Ay hija mía! Mira, no pretendas mofarte de Dios hoy que tanto necesitas de su auxilio... ¡Oh qué camino llevas andado ya!... Renunciaste a la oración, y Dios misericordioso te retira su apoyo...

LUISA.- ¿Pero es crimen amar, padre mío?

MILLER.- Si amas a Dios, nunca tu amor será un crimen... ¡Cómo me agobias de pena, hija mía! ¡Me matas!... Pero no quiero agravar el peso que te abrumba. Ha poco hablaba, porque me figuré que estaba solo... Tú me has oído... ¿por qué ocultártelo por más tiempo? Fuiste mi ídolo. Oye, Luisa; si aún te resta en tu corazón un lugar para el amor de tu padre... tú lo fuiste todo para mí. ¡Y ahora quieres aniquilar mi único bien! ¡Voy a perderlo todo contigo! ¿Ves? empiezo a encanecer; llega para mí el tiempo en que los padres recogen el interés del capital que depositaron en el corazón de sus hijos... ¿querrás tú hacer traición a mis esperanzas?... ¿querrás arrebatarme a tu padre todo porvenir y todo bien?

LUISA.- (Besándole la mano, con violenta emoción.) No, padre mío; dejo este mundo con una gran deuda, y he de pagarla en la eternidad con usura.

MILLER.- Mira no te engañes en tus cálculos, hija mía. (Grave y solemnemente.) ¿Nos hallaremos de nuevo allí?... ¿Ves cómo palideces?... Harto comprende mi Luisa, que no podré ir a buscarla al otro mundo, porque no he de lanzarme a él tan pronto, (Luisa cae en brazos de MILLER, sobrecogida de terror. La estrecha con ardor contra su seno, y continúa con voz suplicante.) ¡Oh hija mía!... ¡hija mía!... ¡tal vez caíste, estás perdida ya!... Medita mis palabras. Vigilarte continuamente, me es imposible. Si te salvo del puñal, te matarás con una aguja; si te preservó del veneno, puedes estrangularte con un collar... ¡Luisa! ¡Luisa!... yo no puedo hacer más que advertirte... ¿Cómo quieres arriesgarte a que tu engañosa ilusión se desvanezca a tus ojos, al llegar al terrible paso que une el tiempo con la eternidad? ¿Cómo te atreves a acudir a los pies de Aquel que todo lo sabe, y a mentirle diciendo, mientras buscas con los ojos a tu ídolo mortal: «Llego, Señor, por amor a Ti.» Y si el frágil ídolo de tu imaginación, pobre gusano como tú, acusa tu confianza de mentira, y somete tus esperanzas fallidas al mismo Dios, que apenas osa implorar para sí mismo; dime ¿qué pensarás entonces? (con mayor expresión)... ¿qué pensarás entonces, infortunada? (La abraza con fuerza, mirándola de hito en hito, y luego la deja súbitamente.) Ya no sé más. (Alzando la mano derecha.) Heme a tus plantas ¡justo Dios! nada puedo hacer por esta pobre alma. Ahora haz lo que quieras. Ofrece a tu amante tamaño sacrificio que ha de regocijar al infierno, y alejar de ti a los ángeles. Ve; carga con tus pecados, con el último, el más espantoso de todos, y si el peso es asaz ligero, mi maldición va a completarlo... Ahí tienes un cuchillo... pásate el corazón... y... (se aparta sollozando) el de tu padre.

LUISA.- (Se levanta y corre hacia él.) Detente, padre mío. ¡Será la ternura yugo más insoportable que la misma tiranía!... ¿Qué debo hacer?... no puedo... ¿qué debo hacer?

MILLER.- Morir, si los besos del Mayor son más ardientes que las lágrimas de tu padre.

LUISA.- (Tras violenta lucha.) ¡Padre, esta es mi mano!... Quiero... ¡Dios mío!... ¿qué hago yo?... ¿qué es lo que quiero? Padre... te juro... ¡desdichada de mí!... De cualquier lado que me vuelva, siempre culpable... Pues bien: padre, sea... ¡Fernando!... Dios me ve... Perezca así su último recuerdo. (Rasga la carta.)

MILLER.- (Ebrio de alegría, se echa en sus brazos.) Es mi hija!... Mira; pierdes un amante, pero haces feliz a un padre. (La abraza riendo y llorando a la vez.) ¡Ay hija mía!... No merecí ciertamente contar en mi vida un día como ese. Sólo Dios sabe por qué, un

canalla como yo, posee a este ángel... a mi Luisa... ¡mi paraíso! ¡Dios mío! Poco sé del amor, pero que sea un tormento renunciar a él... harto lo comprendo.

LUISA.- Pero dejemos este país, padre mío; dejemos esa ciudad, donde mis compañeras se mofan de mí, y perdí para siempre mi reputación... Vayámonos lejos, bien lejos de estos lugares que me hablan con mil recuerdos de mi felicidad perdida... Vayámonos tan lejos como sea posible.

MILLER.- A donde quieras, hija mía. En todas partes hay de qué comer, y gracias a Dios, oídos para mi violón. Sí; abandonémoslo todo. He de poner en música la historia de tu dolor, y cantaré las querellas de una hija que desgarró su corazón por hacer feliz a su padre. Con esa balada iremos mendigando de puerta en puerta; ya verás qué grata nos será la limosna de los que lloren oyéndonos.

Escena II

Dichos.- FERNANDO.

LUISA.- (Repara en él, y se echa en brazos de MILLER, lanzando un grito.) ¡Dios mío!... él aquí... ¡Estoy perdida!

MILLER.- ¿Dónde?... ¿Quién?

LUISA.- (Le muestra al MAYOR, volviendo el rostro, y se agarra con fuerza a su padre.) ¡Él! ¡Él mismo!... Alerta, padre; viene a matarme.

MILLER.- (Mirando al MAYOR y retrocediendo.) ¿Usted aquí, barón?

FERNANDO.- (Se acerca lentamente, se detiene delante de LUISA y fija en ella penetrante mirada. Después de una pausa.) ¡Vaya!... He sorprendido tu conciencia. Mil gracias. Tu confesión es terrible, pero pronta y segura... y me evita muchos tormentos. Buenas noches, Miller.

MILLER.- Pero, en nombre del cielo ¿qué quiere V., Barón? ¿Que le trae a V. aquí? ¿Por qué esta sorpresa?

FERNANDO.- Recuerdo que hubo un tiempo en que se contaban todos los segundos del día, y el deseo de verme suspendía el corazón al péndulo del reloj, y se espiaban sus latidos hasta que yo llegaba. ¿Cómo es que ahora mi visita sorprende de tal modo?

MILLER.- Vaya V. con Dios, Barón. Si queda aún en su pecho una chispa de caridad, y no quiere matar de pena a quien dice amar, salga V. inmediatamente. El día que puso V. el pie en esta casa, la abandonó para siempre la bendición, y trajo V. la desventura donde

reinaba el contento. ¿No está V. satisfecho todavía? ¿Quiere V. ahondar las heridas que hizo a mi hija la desgracia de conocer a V.?

FERNANDO.- ¡Oh padre admirable! Vengo precisamente a traer a tu hija una alegre noticia.

MILLER.- Nuevas esperanzas, sin duda, y con ellas nueva desesperación. Ve, ¡mensajero de desgracia! tu cara perjudica la mercancía.

FERNANDO.- Por fin logré cuanto deseaba. Lady Milford, que era el más terrible obstáculo a mi amor, acaba de abandonar ese país; mi padre por su parte aprueba mi elección. El destino cesa de perseguirnos, y brilla la estrella de ventura en el horizonte... Vengo, pues, a cumplir mi promesa y a conducir al altar a mi amada.

MILLER.- ¿Oyes, hija? ¿Oyes cómo se burla de tus esperanzas fallidas? ¡Oh! En verdad, Barón, que es bello espectáculo ese... ¡ver al seductor añadiendo al delito el sarcasmo!

FERNANDO.- Piensas que me chanco. Juro por mi honor, que es tan cierto lo que digo como el amor de mi Luisa, y estoy dispuesto a sostener mis palabras, del mismo modo que Luisa sus juramentos. No sé que haya algo más sagrado... ¿Dudáis todavía?... ¡Cómo el júbilo no colora las mejillas de mi linda esposa!... es raro. Sin duda aquí la mentira es moneda corriente, cuando se concede tan poco crédito a la verdad. Si desconfiáis de mis palabras, daréis fe al menos a este testimonio escrito. (Echa a LUISA la carta dirigida al MARISCAL. LUISA la abre, y cae al suelo pálida como la muerte.)

MILLER.- (Sin mirarla.) ¿Qué significa eso, Barón?... No le comprendo a V.

FERNANDO.- (Llevándole junto a LUISA.) Ella me ha comprendido mejor.

MILLER.- (Cayendo junto a ella.) ¡Oh Dios!... ¡hija mía!

FERNANDO.- Pálida como la muerte. Así me agrada como nunca tu hija. Jamás estuvo tan bella tu honrada y piadosa hija, como así... con esta figura de cadáver. El soplo del juicio final, que borra el barniz de toda mentira, le arrebató el afeitado con que engañara esta criatura artificiosa a los mismos ángeles... Muéstrase ahora en su mayor belleza, y tal como es... Déjeme V. que la bese. (Intenta acercarse a ella.)

MILLER.- ¡Atrás!... ¡sal de aquí!... No te atrevas con su padre. ¡Pobre hija mía! No pude preservarla de tus caricias, pero la defenderé de tus ofensas.

FERNANDO.- Anciano, ¿qué pretendes? Nada tengo que ver contigo. No te entrometas, pues, en un juego perdido a todas luces. Pero quizá estás más enterado de lo que supongo. Dime ¿prestaste a la niña la experiencia de tus setenta años para sus galanteos? ¿Has manchado tus canas con oficios de tercero?... ¡Oh!... si no fuere así, desdichado anciano, baja la frente y muere... es tiempo todavía. Duérmete en brazos de sueño delicioso, balbuceando: ¡Cuán feliz padre fui!... Más tarde, quizá arrojarías a su antro infernal a esta

ponzoñosa víbora, maldijeras el bien que te dio y el que le diste, y bajarías a la tumba blasfemando de Dios. (A LUISA.) Habla, desdichada. ¿Escribiste esta carta?

MILLER.- (A LUISA.) ¡Por el cielo!... ¡hija mía!... no olvides... no olvides...

LUISA.- ¡Aquella carta, padre mío!

FERNANDO.- ¿Por qué cayó en tan malas manos?... ¡Ah! bendita sea la casualidad, que acertó esta vez más que la razón, y fue más hábil que los mismos habilidosos... ¿Casualidad dije? ¡Oh! si no mueren los pájaros sin que Dios quiera, ¿por qué no intervendrá también en la obra de desenmascarar a un demonio? Habla, ¿escribiste esa carta?

MILLER.- (A LUISA, suplicante.) Firmeza, hija mía, firmeza. Un sí de tu boca, y todo habrá terminado.

FERNANDO.- ¡Caso más gracioso! ¡También engañado el padre, todos engañados!... ¡Miradla ahí, a la indigna! ¡Hasta su lengua se niega a pronunciar esta última mentira!... Jura por Dios, por la terrible verdad, ¿escribiste esa carta?

LUISA.- (Tras violenta lucha, mirándoles repetidamente, dice al fin con firmeza.) Yo la he escrito.

FERNANDO.- (Detiéndose con espanto.) ¡Luisa! no. Mientes, como hay Dios. ¡Cuántas veces la inocencia, en el potro, se confiesa culpable de crímenes que no ha cometido! ¡Hice mi pregunta con tal violencia!... ¿Verdad, Luisa, que has contestado porque mi pregunta te pareció violenta?

LUISA.- He confesado la verdad.

FERNANDO.- No; repito que no; tú no has escrito la carta. Esa no es tu letra, y aunque lo fuese, más fácil es contrahacer la letra que perder un corazón. Dime la verdad, Luisa, pero no... no lo hagas. Si dices que sí, estoy perdido. Miente, Luisa, miente. ¡Ah! ¡si pudieras, si pudieras mentir con esa cara angelical; persuadir a mis oídos y a mis ojos, más que debieras engañar indignamente mi corazón! ¡Oh Luisa! Ya podía entonces la verdad ser desterrada del mundo y bajar el derecho la altiva frente con mojigangas y piruetas de palaciego. (Con voz temblorosa.) ¿Escribiste esta carta?

LUISA.- Juro a Dios, y por la eterna verdad, que sí.

FERNANDO.- (Después de una pausa, con muestras de profundísimo dolor.) ¡Ah mujer!... ¡mujer!... El semblante que ahora me muestras... Promételes con él el cielo, y no has de hallar comprador ni aun entre los condenados. ¡Si supieras lo que fuiste para mí, Luisa!... ¡Imposible!... no... no has sabido nunca lo que eras para mí. Decir todo... ¡mezquina, débil palabra! pero la misma eternidad no basta a contestarla... abarca la creación entera. ¡Todo! ¡Y mofarse así criminalmente de esta palabra! ¡Oh! ¡es horrible!

LUISA.- Ya lo oyó V., señor de Walter; yo misma me condeno. Salga V. de esa casa, donde fue tan desgraciado.

FERNANDO.- Bien, bien; estoy tranquilo. También de una comarca, azotada de la peste, se dice que está tranquila. Estoy tranquilo. (Tras breve instante de reflexión.) Una súplica, Luisa, la última. Mi frente arde; necesito refrescar; ¿quieres servirme un vaso de limonada?

Escena III

FERNANDO y MILLER. Ambos se pasean a lo largo de la sala, sin decir palabra.

MILLER.- (Se detiene y contempla al MAYOR con tristeza.) ¡Ah, querido Barón! ¡Si pudiera servir a V. de algún consuelo, saber que le compadezco con toda mi alma!

FERNANDO.- Dejemos eso, Miller. (Da algunos pasos.) Apenas recuerdo cómo vine a esa casa, Miller... ¿con qué motivo?

MILLER.- ¿Cómo, señor Mayor?... Deseaba V. aprender la flauta ¿se acuerda V.?

FERNANDO.- Y vi a tu hija. (Pausa.) Amigo mío, no cumpliste tu palabra. Debías proporcionarme calma en mis horas de soledad, y me has engañado, vendiéndome escorpiones. (Observando el gesto de MILLER.) No; no te vayas, anciano. (Le abraza con emoción.) Tú no eres culpable.

MILLER.- (Enjugándose los ojos.) Dios, que nada ignora, lo sabe.

FERNANDO.- (Paseándose, sumido en lúgubres reflexiones.) Dios juega con nosotros de un modo raro, incomprensible. Cuelgan a veces de imperceptibles hilos las más terribles cargas. ¿Sabía por ventura el hombre, que había de hallar la muerte con tragarse la manzana?... Eh... ¿lo sabía? (Se pasea muy agitado, y le coge la mano a MILLER.) Caras me han salido tus lecciones. Tú por tu parte sales sin ganar nada, y perdiéndolo tal vez todo. (Se aparta de él.) ¡Maldita música! Así no se me hubiese ocurrido nunca tal idea!

MILLER.- (Intentando ocultar su emoción.) Mucho tarda esa limonada... Voy a ver... con el permiso de V.

FERNANDO.- No corre prisa, Miller. (Entre dientes.) Sobre todo para el padre... Aguarda... ¿Qué iba yo a pedirte?... Ah, sí. ¿Luisa es hija única? ¿No tienes otros hijos?

MILLER.- (Con calor.) No tengo otros, Barón, ni los deseo tampoco. Con mi hija me basta para sentir henchido mi corazón... La amo, con todo el amor que encierra mi pecho.

FERNANDO.- (Vivamente conmovido.) ¡Ah!... vea V. si está esa bebida, amigo Miller.
(MILLER se va.)

Escena IV

FERNANDO, solo.

Su única hija! ¿Comprendes, asesino? Su única hija, asesino, ¿oyes? Y este hombre nada posee en el mundo sino su violón y su única hija, ¡y tú quieres arrebatársela!
¡Arrebatársela! Robar a un mendigo su último dinero... romperle las muletas al infeliz paralítico... ¡Cómo! ¿Tendré también corazón para esto? Y cuando vuelva, sin que pueda sospechar siquiera que va a perder la dicha que le causa su hija, ha de hallar esta flor en el suelo, marchita, muerta, pisoteada, la última, la única, la suprema esperanza! ¡Ah! y él estará allí, delante de su hija, y la naturaleza entera no tendrá para él un solo soplo de vida, y atónito hundirá la mirada en el inmenso desierto... Buscará a Dios y no le hallará, y ha de volver sin haber descubierto nada. ¡Dios! ¡Dios! Pero también mi padre no tiene más que un hijo, uno solo... No es sin embargo su único bien. (Pausa.) ¿Y qué pierde con ello? ¿Hará feliz a su padre, por ventura, una mujer que juega con los más sagrados afectos del corazón? No; ni puede, ni ha de quererlo; ha de agradecerse, por el contrario, que aplaste la víbora antes que muerda a su propio padre.

Escena V

MILLER que vuelve.- FERNANDO.

MILLER.- Pronto estará V. servido, Barón. Allí tiene V. llorando a la pobre criatura, que parece que se muere. Lágrimas le dará a V. a beber con la limonada.

FERNANDO.- Mejor; así no hubiera más que lágrimas. A propósito... hemos hablado hace poco de música; Miller (saca una bolsa), le debo a V. todavía...

MILLER.- ¡Cómo! ¡cómo! Deje V., Barón, ¿qué se ha figurado V. de mí? Está en buenas manos... no me sonroje V. No ha de ser esta la última vez que nos veamos, si Dios quiere.

FERNANDO.- ¡Quién sabe! Tómala, para el caso de que vivamos o nos muramos.

MILLER.- (Sonriendo.) Cuanto a lo último, Barón, me parece que no hay por qué temer, tratándose de V.

FERNANDO.- Pero puede ser. ¿No has visto morir algunos, en la flor de su edad, jóvenes y niñas hijos de la esperanza, desvanecida ilusión de sus padres? Un rayo, a veces, acaba con la vida, cuando no pudieron ni el tiempo ni el dolor... Tu Luisa tampoco es inmortal.

MILLER.- ¡Dios me la dio!

FERNANDO.- Te repito que no es inmortal. Pues la quieres como a las niñas de tus ojos, con alma y vida, sé previsor, Miller. Sólo al jugador desesperado se le ocurre ponerlo todo a una carta, y el mundo moteja de imprudente al mercader que fía toda su fortuna a un solo navío. Óyeme; acuérdate de mi consejo. ¿Por qué no tomas ese dinero, vamos a ver?

MILLER.- ¡Cómo, caballero! ¡todo ese enorme bolsón!... ¿En qué está V. pensando?

FERNANDO.- ¡Pues!... en mi deuda. (Echa la bolsa encima de la mesa, y se esparraman las monedas.) No he de guardar eso eternamente.

MILLER.- (Estupefacto.) ¡Cómo! ¡Dios mío!... Eso no es plata. (Se acerca a la mesa, y exclama con espanto.) ¡Por el cielo, Barón!... ¿qué está V. haciendo?... ¿qué se propone V.? V. se equivoca, sin duda. (Junta las manos.) O estoy embrujado, o así Dios me condene, lo que tengo es oro, oro de ley. ¡Oh, no... no has de cogerme, Satanás.

FERNANDO.- ¡Estás bebido!

MILLER.- ¡Mil rayos!... ¿Pero no ve V. eso?... oro.

FERNANDO.- Y bien ¿qué?

MILLER.- ¡Pero con cien mil diablos!... Ruego a V. por Cristo que me diga... ¡oro!

FERNANDO.- ¡Realmente!... ¡Cosa inaudita!

MILLER.- (Después de una pausa, dirigiéndose a él conmovido.) Caballero, le prevengo a V. que soy un hombre honrado... un buen hombre; si intenta V. hacer de mí su cómplice para una mala acción... porque hartos sabe Dios que no se gana honradamente tanto dinero.

FERNANDO.- (Conmovido.) Tranquilízate, querido Miller; ganado tienes hace tiempo ese dinero. Dios me libre de querer comprar con él tu conciencia.

MILLER.- (Saltando como un loco.) ¡Entonces es mío! ¡Mío por la voluntad de Dios! (Corre hacia la puerta gritando.) ¡Mujercita mía! ¡hija mía! ¡Victoria!... venid acá. (Vuelve.) ¡Dios de bondad! Pero ¿cómo ha sido que posea de repente ese monstruoso tesoro? ¿cómo lo he merecido? ¿cómo lo he ganado?

FERNANDO.- No ciertamente con tus lecciones de música, Miller... Con ese oro te pago (se detiene sobrecogido de espanto), te pago... (con dolor) el desdichado ensueño que por espacio de tres meses debí a tu hija.

MILLER.- (Apretándole la mano.) Si fuera V. un pobre plebeyo como nosotros, y mi hija no le amara a V., le juro que la mataba. Mas ahora que yo lo poseo todo, y V. nada, menester será que yo le restituya tanta dicha... ¡Eh!

FERNANDO.- Déjate de esto, mi buen amigo; parto al instante; en el país donde cuento establecerme, no tiene curso esa moneda.

MILLER.- (Con la vista fija en el dinero, alborozado.) Entonces es mío... es mío. Pero siento que V. se vaya... Ya verá V. lo que voy hacer a ahora. ¡Cómo voy a ver colmados mis deseos! (Se quita el sombrero y lo echa al aire.) Váyanse a paseo mis lecciones de música; voy a fumar tabaco de los Tres Reyes n.º 5, y el diablo me lleve si en el teatro vuelvo a sentarme en el paraíso. (Hace que se va.)

FERNANDO.- Aguarde V. Cállese y métase los cuartos en el bolsillo. Nada diga V. esa noche, y hágame el favor de no dar más lecciones de música.

MILLER.- (Con entusiasmo creciente le tira de la levita, y le dice con alegría.) Caballero, ¡y mi hija! (Le suelta.) Verdad que no se adquiere con el dinero la honra; no, no se adquiere con dinero. Lo mismo da que coma patatas o que coma perdices; cuando estoy harto, hartos estoy, y ese redingote puede ir tirando mientras no tenga agujeros. A mí unos guñapos me bastan. Toda esa bendición de Dios debe recaer sobre mi hija, a qué quieres, boca.

FERNANDO.- ¡Oh!... calla, calla.

MILLER.- (Siempre entusiasmado.) Aprenderá el francés a la perfección, a cantar, a bailar el minué; pero de modo que se hablará de ella en los periódicos. Gastará gorro como la hija del consejero, y una falda con cola, como dicen, y ha de hablarse de la hija del músico en cuatro leguas a la redonda.

FERNANDO.- (Le coge la mano, vivamente agitado.) Cállate, cállate por Dios vivo; cállate por hoy siquiera. Es lo único que te pido en recompensa.

Escena VI

LUISA con la limonada.- Dichos.

LUISA.- (Con los ojos encendidos de llorar, y con voz temblorosa, ofrece al MAYOR el vaso de limonada en un plato.) V. dirá si le parece demasiado cargada.

FERNANDO.- (Toma el vaso, lo deja y se vuelve hacia MILLER.) ¡Ah!... Ya casi lo había olvidado. Perdone V., Miller, si me atrevo a pedirle una cosa. ¿Quiere V. hacerme un pequeño favor?

MILLER.- Mil que sean... ¿Qué quiere V.?

FERNANDO.- Me estarán aguardando para comer y por desgracia no me siento muy bien; me es imposible ver a nadie. ¿Quiere V. llegarse a casa de mi padre, y excusarme?

LUISA.- (Asustada, interrumpiéndole.) Puedo ir yo.

MILLER.- Será necesario ver al Presidente, ¿verdad?

FERNANDO.- A él en persona, no. Puede V. dar el recado a un ayuda de cámara. Ahí está mi reloj como en prueba de que va V. de mi parte... A la vuelta estaré todavía aquí... Aguarde V. la contestación.

LUISA.- (Con viva inquietud.) ¿Y no puedo encargarme yo de todo eso?

FERNANDO.- (A MILLER que se dispone a salir.) Oiga V. una palabra. Tome V. esa carta para mi padre que me dieron esta noche, cerrada como está... Negocios urgentes sin duda. Al mismo tiempo la entrega V.

MILLER.- Está bien, Barón.

LUISA.- (Se coge a él con la mayor ansiedad.) Pero, padre mío, si yo puedo encargarme de todo eso...

MILLER.- ¡Sola, hija mía, con una noche tan oscura! (Se va.)

FERNANDO.- Alumbra a tu padre. (Mientras LUISA acompaña a MILLER alumbrándole, se acerca él a la mesa y echa un veneno en la limonada.) Sí, fuerza es que muera; fuerza es. Hasta las celestes potestades parecen hacerme señas de que la mate. Lo quiere la venganza del cielo... Su ángel bueno la abandona.

Escena VII

FERNANDO y LUISA.

(LUISA vuelve con paso lento, deja la luz encima de la mesa, se sienta en extremo opuesto al MAYOR, cabizbaja, y mirándole de vez en cuando con cierta timidez. Él permanece en pie al otro lado, fija la vista en el aire. Larga pausa.)

LUISA.- ¿Quiere V. acompañarme, señor Walter?... voy a tocar un poco el piano. (Le abre. FERNANDO no contesta. Pausa.) Me debe V. una partida de desquite al ajedrez. ¿Quiere V. jugarla, señor Walter? (Nueva pausa.) ¿Sabe V., señor Walter, que he empezado

ya a bordar para V. la cartera que le prometí? ¿Quiere V. ver el dibujo? (Nueva pausa.)
¡Ah, qué desgraciada soy!

FERNANDO.- (Irónicamente.) Puede ser.

LUISA.- No es culpa mía, señor Walter, si sostengo tan mal la conversación.

FERNANDO.- (Aparte, con amarga sonrisa.) ¡Y qué puedes hacer ¡infeliz! con mi extremada reserva!

LUISA.- Ya sabía yo que no congeniaríamos más. Por eso me asusté, lo confieso, cuando hizo V. salir a padre. Me parece que ese momento ha de sernos insoportable a ambos, y si V. lo permite, iré a buscar algunos amigos míos...

FERNANDO.- Sí, hazlo. Yo iré también por algunas amigas.

LUISA.- (Mirándole confusa.) ¡Señor Walter!

FERNANDO.- (En tono sarcástico.) Por mi honor, que me parece esta la más ingeniosa salida que pueda ocurrírsele a nadie en semejante situación. Tomaremos a risa esa entrevista, y divertiremos las penas del amor con algunas galanterías.

LUISA.- Parece que está V. de buen humor, señor Walter.

FERNANDO.- ¡Y tanto!... Capaz soy de divertir hasta a los chicuelos de la calle. Dígame, Luisa, que tu ejemplo me sirve de lección. Has de ser mi institutriz. ¿Qué locos, verdad los que hablan de amor eterno?... ¡Pues digo!... La eterna uniformidad repugna. En el variar está el gusto. Daca esa mano, Luisa; soy de los tuyos. Eche cada cual por su lado, y corramos de aventura en aventura, rodando por el cieno. ¿Quién me dice que no recobre en algún burdel la tranquilidad perdida? Mira, quizá después de nuestras calaveradas, volveremos a vernos tan campantes. Estaremos hechos unos esqueletos, eso sí, pero hemos de reconocernos, como en las comedias, por el pelaje, que no puede negar ningún individuo de la caterva. Verás cómo vamos a averiguar entonces que de la infamia y el hastío resulta cierto bienestar, cierta armonía, que en vano intenta lograr la mayor ternura.

LUISA.- ¡Ah mancebo!... Te abrumba la desgracia, y ¿quieres ahora empeñarte en merecerla?

FERNANDO.- (Colérico, murmura entre dientes.) ¿Quién, te dijo que sea desgraciado? Porque lo que es tú, eres muy mala para sentir una emoción... ¿cómo puedes hablar de la ajena? ¿Desgraciado, dices? Esta sola palabra podría resucitar mi furor en la misma tumba. ¡Pues no sabía que había de ser desgraciado!... ¡Mil rayos! Lo sabía y me hace traición... Ves, serpiente... esto era lo único que podía salvarte... Tú misma pronuncias tu sentencia. Hasta ahora pudiste salir ilesa, atribuyendo tu crimen a la ignorancia; por mi desprecio, casi escapabas a mi venganza. (Coge el vaso con viveza.) Así, no fue tanta tu ligereza... no fuiste tan tonta... eres un demonio. (Bebe.) Esta limonada está sosa como tu alma. Pruébala.

LUISA.- ¡Oh cielos! No sin razón temía esta escena.

FERNANDO.- (En tono imperioso.) Pruébala. (LUISA coge el vaso con pesar y bebe. Apenas lo lleva a los labios, FERNANDO palidece y corre de súbito a refugiarse en el fondo del aposento.)

LUISA.- Pues está buena.

FERNANDO.- (Sin volverse y estremeciéndose.) Que aproveche.

LUISA.- (Deja el vaso encima de la mesa.) ¡Ah!... si supiera V., Walter, cuán cruelmente me insulta.

FERNANDO.- ¡Hum!

LUISA.- Tiempo vendrá, Walter...

FERNANDO.- (Acercándose.) ¡Oh! nada tenemos que hacer ya con el tiempo.

LUISA.- ...En que la noche de hoy pesará sobre su corazón.

FERNANDO.- (Empieza a pasearse a grandes pasos y con viva inquietud. Se quita la banda y la espada y las echa al suelo.) ¡Adiós, servicio de la corte!

LUISA.- ¡Dios mío!... ¿Se siente V. indispuerto?

FERNANDO.- Tengo calor... y una opresión... Quiero ponerme a mis anchas.

LUISA.- Beba V., beba V.; esa bebida le refrescará un poco.

FERNANDO.- Verdad... Y tiene buen corazón la perdida. Todas son así.

LUISA.- (Echándose en sus brazos con amor.) ¡Hablar así a tu Luisa, Fernando!

FERNANDO.- (Rechazándola.) Aparta, aparta; lejos de mí tus hechiceros ojos... Sucumbo... Ven revestida de tu monstruoso horror, ¡serpiente!... arrójate sobre mí... ¡reptil!... Despliega a mis ojos tus repugnantes anillos; yergue tu cabeza... Muéstrate tan horrible como fuiste al vomitarte el abismo... Que no te vea al menos convertida en ángel... en ángel... ¡Es tarde!... Ahora, fuerza será aplastarte como una víbora... o la desesperación... ¡Por piedad!

LUISA.- ¡Oh!... ¡Haber llegado a tal extremo!

FERNANDO.- (Mirándola de soslayo.) Que esta hermosa obra del Supremo Artista... ¡quién lo hubiera creído!... ¡quién debía creerlo!... (Le coge la mano, y la eleva al cielo.) ¡Oh Dios mío!... no quiero preguntarlo... pero ¿por qué tal veneno en tan bello vaso?... ¿Cómo puede mostrarse el vicio con esa dulzura celestial?... ¡Oh!... Es raro.

LUISA.- (Aparte.) ¡Oír eso, y verse forzada a callar!

FERNANDO.- ¡Y esta voz tan dulce y melodiosa!... ¡Cómo las rotas cuerdas producen tan puro sonido! (Contemplándola con amor.) Tan bella, tan proporcionada, tan divinamente perfecta!... ¡Obra de Dios, en un hora propicia!... Diríase que el mundo sólo había sido creado para que Dios acabara esa obra maestra. ¡Y sólo había de errar en el alma que le diera! ¿Podía dejar sin defecto esta maravilla? Quizá advertido de que el cincel había producido un ángel, se apresuró a darle un corazón tanto peor.

LUISA.- ¡Criminal obstinación! Antes que confesar su culpa, se atreve con el cielo.

FERNANDO.- (Echándose llorando en los brazos de LUISA.) Luisa, por última vez, por última vez, como el día de nuestro primer beso, cuando balbuceaste el nombre de Fernando, y tus labios encendidos dijéronme por vez primera:... tú... ¡oh, pareciome que aquel instante encerraba el germen de un gozo inefable, infinito, como el capullo, la flor. La eternidad se extendía sobre nuestras cabezas, cual hermoso día de mayo; como amantes esposos, millones de años, risueños dorados, se deslizaban a nuestra vista... Entonces ¡cuán feliz era! ¡Oh Luisa, Luisa, Luisa! ¿Por qué has obrado así conmigo?

LUISA.- No llore V., Walter, no llore V. Ese dolor sería más justo que el arrebato.

FERNANDO.- Te engañas. Estas no son lágrimas; no el cálido y delicioso rocío que fluye como un bálsamo sobre las heridas del alma, y renueva la sensibilidad... mis lágrimas, frías y solitarias, son el terrible, el eterno adiós a mi amor. (Con espantosa solemnidad y dejando caer la mano sobre la cabeza de LUISA.) ¡Llanto que vierto por tu alma, Luisa; por Dios mismo, cuya bondad infinita erró esta vez y pierde la más bella de sus obras! ¡Oh!... Parece como que la creación entera debiera cubrirse de duelo y turbarse con lo que pasa. Espectáculo común ver cómo sucumben los hombres y pierden su alma; mas cuando la peste diezma a los mismos ángeles del cielo, es fuerza que la naturaleza entera suelte un grito de consternación.

LUISA.- Walter, ¡por Dios, no extreme V. las cosas! Me siento con fuerzas como la que más, mas sólo para soportar una prueba humana... Dos palabras y separémonos. Horrible suerte introdujo cierta confusión en el lenguaje de V. Si pudiera hablar, Walter, podría decirte cosas... podría... Pero la suerte cruel ata mi lengua y mi amor, y me veo obligada a dejarme tratar por ti como una perdida.

FERNANDO.- ¿Te sientes bien, Luisa?

LUISA.- ¿A qué esa pregunta?

FERNANDO.- Porque sentiría por ti, que te fueras de ese mundo con la mentira en los labios.

LUISA.- Por Dios le ruego... Walter.

FERNANDO.- (Víctima de violenta agitación.) No, no; esta venganza sería demasiado satánica; no, Dios me libre de ello. No quiero extremar la venganza más allá de la tumba. Luisa, ¿has amado al Mariscal? Mira que no saldrás de esta sala.

LUISA.- Pregunte V. cuanto se le antoje; yo no he de contestar una palabra. (Se sienta.)

FERNANDO.- Piensa en tu alma, Luisa... ¿has amado al Mariscal? Mira que no saldrás de esta sala.

LUISA.- No diré una palabra.

FERNANDO.- (Se arroja a sus pies vivamente conmovido.) Luisa, ¿has amado al Mariscal?... Antes que se extinga esta luz, habrás comparecido ante Dios.

LUISA.- (Levantándose con espanto.) ¡Jesús mío!... ¿Qué es?... ¡Ah! ¡Qué mal me siento! (Cae sobre la silla.)

FERNANDO.- Ya... ¡Oh mujeres, eterno enigma! Vuestros frágiles miembros soportan el crimen que devora a la humanidad en sus raíces, y un miserable grano de arsénico os derriba al suelo.

LUISA.- ¡El veneno!... ¡el veneno!... ¡Dios mío!

FERNANDO.- Temo que sí. Tu vaso de limón fue sazonado en el infierno. Con beberlo, bebiste la muerte.

LUISA.- ¡La muerte! ¡la muerte!... ¡Dios de misericordia!... Estaba envenenado el vaso... la muerte... ¡Ten piedad de mi alma, Dios mío!

FERNANDO.- Eso es lo esencial. También yo se lo pido.

LUISA.- Y mi madre... mi padre... ¡Salvador del mundo!... Mi pobre padre perdido... ¿No hay salvación?... ¡Tan joven y no hay salvación, y será forzoso partir!

FERNANDO.- No hay salvación. Es forzoso partir. Pero tranquilízate, pues haremos el viaje juntos.

LUISA.- ¿Tú también, Fernando? ¿Te has envenenado, Fernando... por tu propia mano? ¡Oh Dios, perdónale... Dios de clemencia, libértale de ese pecado!

FERNANDO.- Cuida de arreglar tus cuentas con Dios... me temo que no se hallen en muy buen estado.

LUISA.- ¡Fernando!... ¡Fernando!... Ahora ya no puedo callarme... La muerte... la muerte rompe todo juramento... Fernando... No existe criatura más desgraciada que tú en el mundo... Muero inocente, Fernando.

FERNANDO.- (Con espanto.) ¿Qué dice?... En tan supremo instante no se miente.

LUISA.- Yo no miento nunca, no miento nunca. Sólo he mentido una vez en mi vida... ¡Ah! siento cundir por mis venas frío glacial... Cuando escribí la carta al señor...

FERNANDO.- ¡Ah! ¡la carta!... Dios sea alabado. Recobro toda mi firmeza.

LUISA.- (Se le entorpece la lengua, y se le envaran los dedos.) Esta carta... Prepárate a oír una abominable palabra... Escribió mi mano lo que reprobaba mi corazón... tu padre la dictó. (FERNANDO, inmóvil y como petrificado, tras breve pausa, cae de golpe como herido del rayo.) ¡Oh deplorable error!... Fernando... Violentaron mi voluntad... tu Luisa hubiera preferido la muerte... pero mi padre... el peligro... obraron con traición.

FERNANDO.- (Con acento terrible.) ¡Gracias, Dios mío!... No siento aún el efecto del veneno. (Tira de la espada.)

LUISA.- (Flaqueando cada vez más.) ¡Oh desdicha! ¿Qué pretendes hacer? Es tu padre.

FERNANDO.- (En un acceso de rabia.) ¡Asesino, y padre de un asesino! Es fuerza que sea de la partida, para que Dios castigue sólo al culpable. (Hace que se va.)

LUISA.- ¡Dios moribundo perdonó!... ¡Perdón por ti y por él! (Muere.)

FERNANDO.- (Se vuelve, repara en su último movimiento, y cae de rodillas delante de ella.) Detente, detente... ¡No me huyas, ángel del cielo! (Coge su mano y la deja caer.) ¡Fría, fría y húmeda!... Voló su alma. (Se levanta.) Dios de mi Luisa... perdón, perdón por el más insensato asesino... Esta fue su última plegaria. ¡Qué hermosa y hechicera! La muerte enternecida respetó su adorado rostro. ¡Ah!... No era una máscara su dulzura, pues subsiste después de muerta. (Pausa.) ¿Pero cómo?... ¿Por qué no siento nada? Tal vez me salve la fuerza de mi juventud. ¡Oh pena inútil!... No es esto lo que quiero. (Coge el vaso.)

Escena última

FERNANDO, EL PRESIDENTE, WURM y algunos criados se precipitan en la sala con espanto seguidos de MILLER, pueblo y alguaciles que se quedan en el fondo.

EL PRESIDENTE.- (Con la carta de FERNANDO en la mano.) ¿Qué significa esto, hijo mío?... Jamás creyera...

FERNANDO.- (Arrojando el vaso a sus pies.) Pues mira. ¡Asesino!

EL PRESIDENTE.- (Tambaleándose. Los demás, espantados. Terrible silencio.) ¡Hijo mío! ¿Por qué has hecho esto?

FERNANDO.- (Sin mirarle.) Sí; realmente. Debía preguntar antes al hombre de Estado, si el golpe se conformaba con sus designios. La cábala que había de romper los lazos de nuestros corazones, por medio de los celos, estaba admirablemente urdida, lo confieso. ¡Calculado por quien lo entiende! Lástima que el amor enfurecido no obedece a tales resortes, como un maniquí.

EL PRESIDENTE.- (Mirando a los que le rodean.) No habrá quien llore por un padre sin consuelo?

MILLER.- (Dentro.) ¡Dejadme entrar! ¡Por Dios!... ¡dejadme!

FERNANDO.- Esta muchacha es una santa... otro debe quejarse por ella. (Abre la puerta a MILLER, que entra con el pueblo y la policía.)

MILLER.- (Con horrible angustia.) ¡Hija mía! ¡hija mía! Envenenada... dicen... ¡Has sido arrebatada! Hija, ¿dónde estás?

FERNANDO.- (Le lleva entre el cadáver de LUISA y EL PRESIDENTE.) Yo soy inocente. Agradécelo a éste.

MILLER.- (Cayendo al suelo.) ¡Jesús!

FERNANDO.- Sólo te diré breves palabras, padre, que ya empiezan a valer algo para mí. Mi vida me ha sido pérfidamente robada, y robada por ti. ¿Cómo me presentaré ante el tribunal de Dios? Tiemblo de ello. Y sin embargo, yo no he sido nunca un miserable. Sea la que fuere mi sentencia, no recaiga, por Dios, sobre ella sola... Pero he cometido un asesinato, (con terrible acento) un asesinato, del que tú no querrás que responda yo solo ante el Juez Supremo. Echo solemnemente sobre ti la mayor y más espantosa parte de culpa. Cuida tú de justificarte a tu modo. (Llevándole junto a LUISA.) ¡Bárbaro!... goza del fruto de tu habilidad. La muerte ha escrito tu nombre sobre este rostro, y el ángel exterminador lo leerá en él. Así turbe tu sueño y tire las cortinas de tu alcoba, cuando duermas, visión parecida a esta mujer. Así se te aparezca cuando espire y disipe en tus labios tu última plegaria! ¡Así la veas junto a la tumba cuando resucites, y junto a Dios cuando vaya a juzgarte! (Se desmaya: los criados le sostienen.)

EL PRESIDENTE.- (Con violenta emoción elevando las manos al cielo.) ¡Oh Dios mío!... no me pidas cuentas de estas almas a mí, no... no a mí, sino a este hombre. (Señalando a WURM.)

WURM.- ¿A mí?

EL PRESIDENTE.- A ti, maldito, a ti, Satanás... Tú me diste este endiablado consejo... tú debes responder de él. Yo me lavo las manos.

WURM.- ¿Yo? (Con risa espantosa.) Pues está gracioso, está gracioso. Ahora averiguo cómo se agradecen los favores entre los condenados... ¿Yo?... ¡Imbécil!... ¡canalla!... ¿Era por ventura mi hijo? ¿Era yo tu amo?... ¿Yo debo responder? Por este cadáver que hiela la sangre, juro que acepto esta responsabilidad. Quiero perderme, pero te perderás conmigo. ¡Vamos allá! Ve gritando por las calles ¡al asesino! y despierta a la justicia. Aquí, alguaciles... Atadme y llevadme fuera; voy a denunciar secretos que erizarán los cabellos de quien los oiga. (Intenta irse.)

EL PRESIDENTE.- (Deteniéndole.) No lo harás ¡insensato!

WURM.- (Golpeándole la espalda.) ¡Vaya si lo haré!... camarada... ¡vaya si lo haré! Soy loco... es verdad... pero a ti lo debo... voy a obrar como loco. Vamos cogiditos del brazo al cadalso, al infierno. ¡Cuánto me lisonjea condenarme contigo! (Se lo llevan.)

MILLER.- (Que durante esta escena habrá permanecido con la cabeza apoyada en el seno de LUISA, absorto en su mudo dolor, se levanta rápidamente y arroja la bolsa a los pies del MAYOR.) ¡Envenenador!... Guarda tu dinero maldito: ¿querías así comprarme mi hija? (Se va precipitadamente.)

FERNANDO.- (Sollozando.) Seguidle; está desesperado; devolvedle ese dinero, precio de mi gratitud. ¡Luisa! ¡Luisa!... voy... ¡Adiós!... Déjame espirar en ese altar.

EL PRESIDENTE.- (Volviendo de su estupor.) ¡Hijo mío!... ¿No volverás tus ojos un instante a un padre desesperado? (El MAYOR estará junto a LUISA.)

FERNANDO.- Esta postrer mirada pertenece al Dios de misericordia.

EL PRESIDENTE.- (Cae a sus pies víctima de horrible tortura.) Dios y los hombres me abandonan; ¿no volverás a mí tus ojos para darme un postrer consuelo? (FERNANDO le tiende la mano, él se levanta.) ¡Me ha perdonado! (A los demás.) Ahora soy vuestro prisionero. (Se va seguido de la policía. Cae el telón.)

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.